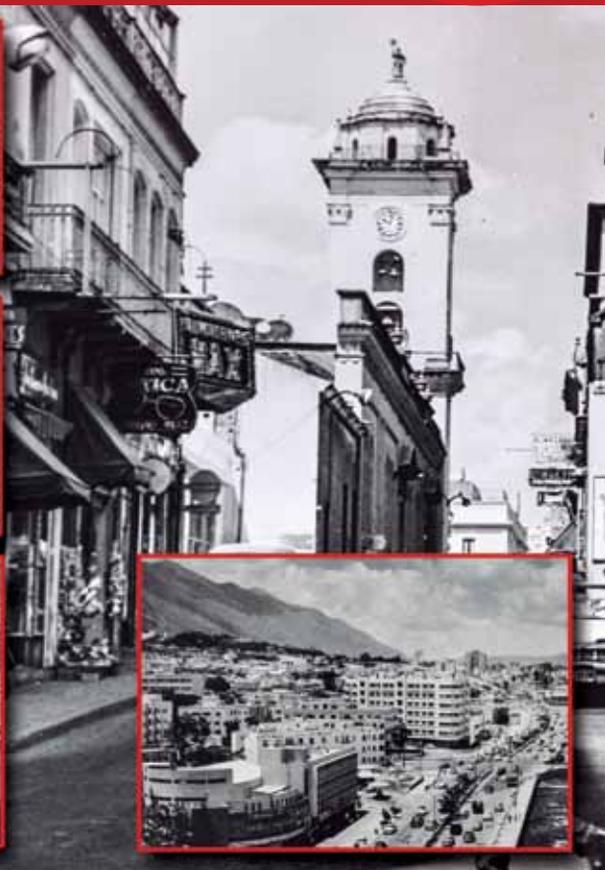
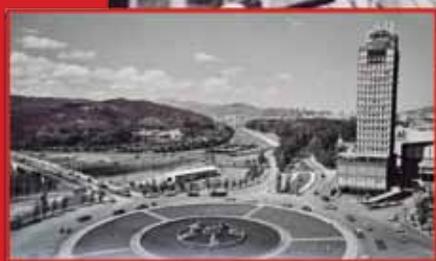


CARACAS: DE LA RESISTENCIA A LA INSURGENCIA



**Mario Sanoja - Iraida Vargas - José Gregorio Linares
Antonio González Antías - Abilio Rangel
Ailid García - Ninoska Arcila**

CARACAS: DE LA RESISTENCIA A LA INSURGENCIA

© Mario Sanoja - Iraida Vargas - José Gregorio Linares González Antías - Abilio Rangel-Ailid García Francia- Ninoska Arcila
Oficina del Cronista de Caracas

Carmen Meléndez

Alcaldesa de Caracas

Jeycelith Jiménez

Presidenta de Fundarte

Mercedes Chacín

Presidenta de la Fundación para la Comunicación Popular CCS

Francis Zambrano

Coordinación general

Carol Hernández

Coordinadora de edición

Clementina Cortés

Diseño y diagramación

Edison Morales

Corrección

ISBN: 978-980-7719-11-7

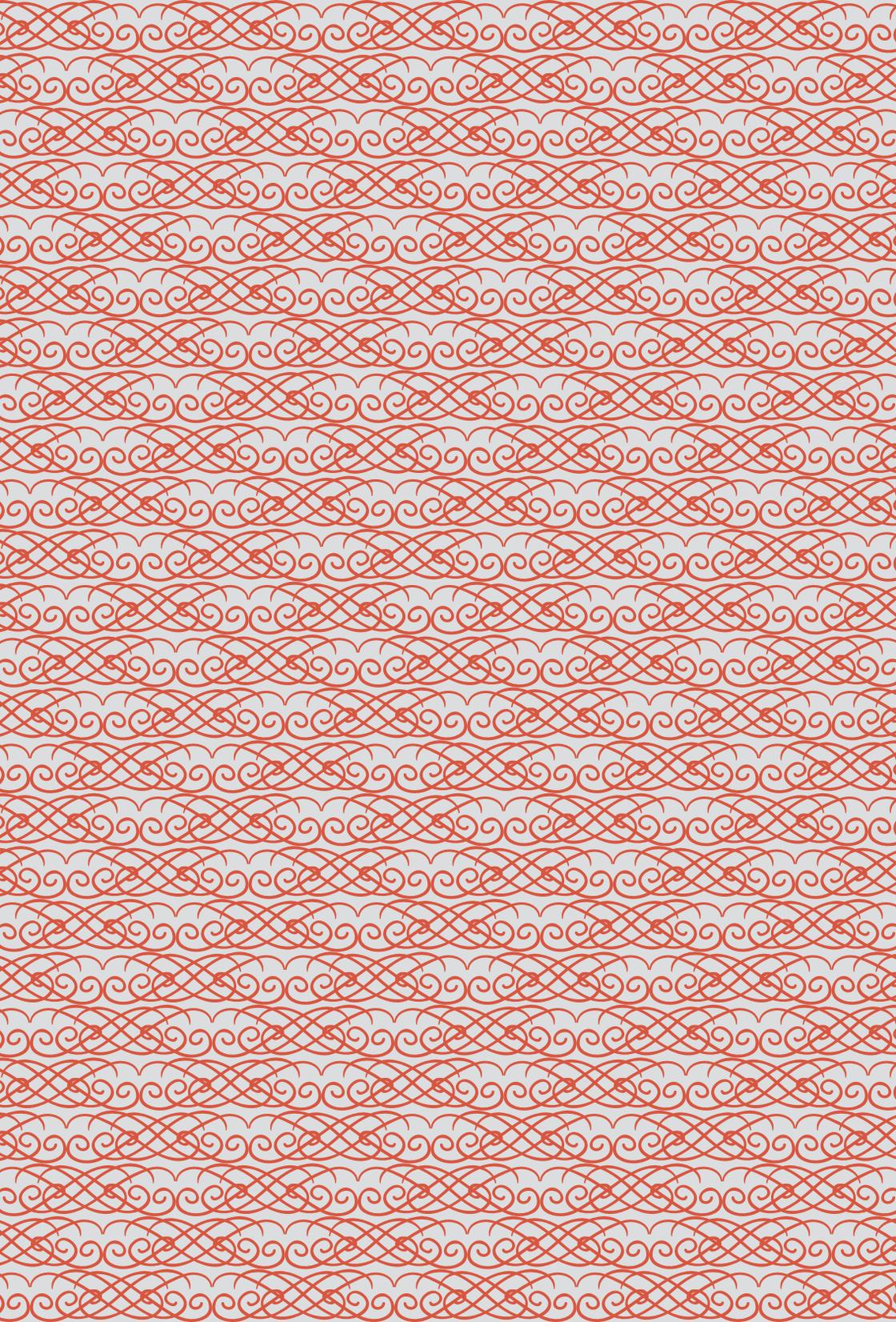
Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial del contenido de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía, el tratamiento digital o informático, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes.

Mario Sanoja - Iraida Vargas - José Gregorio Linares
Antonio González Antías - Abilio Rangel
Ailid García Francia- Ninoska Arcila



**CARACAS:
DE LA RESISTENCIA
A LA INSURGENCIA**

Caracas, Venezuela
Noviembre 2022



*Dedicado a Mario Sanoja Obediente,
Cronista eterno de la ciudad de Caracas.*

CONTENIDO

Prólogo

Antonio González Antías / **9**

Caracas 1948: las patinatas navideñas

Mario Sanoja, Iraida Vargas / **18**

Caracas: ciudades superpuestas (I)

Mario Sanoja, Iraida Vargas / **22**

Caracas: ciudades superpuestas (II)

Mario Sanoja, Iraida Vargas / **26**

El terremoto de 1812 y la ayuda humanitaria de EEUU

José Gregorio Linares / **33**

Caracas bella por siempre

Antonio González Antías / **37**

Alumbrado público de gas

Abilio Rangel / **42**

Los pósitos en Caracas

Ailid García Francia / **46**

Comestibles en Caracas: qué se comía y qué se vendía

Antonio González Antías / **50**

Caracas: una vista panorámica en 2022

Antonio González Antías / **54**

El café en Caracas
Ninoska Arcila / **58**

Crisis social en tiempos de cuarentena
Mario Sanoja, Iraida Vargas / **62**

A María Andrea, esclavizada, la castigaron con sevicia
Antonio González Antías / **70**

Carlos Gardel en Caracas
Antonio González Antías / **74**

El fiel ejecutor y el abastecimiento de Caracas
Ailid García Francia / **78**

Caracas y su ocupación territorial
Antonio González Antías / **82**

Caracas y las carreras de caballos
Antonio González Antías / **86**

**La neutralidad estadounidense
ante la Independencia de Venezuela**
José Gregorio Linares / **90**

Patrimonio y Revolución
Iraida Vargas / **95**

Venezuela: Carabobo hacia el futuro
Mario Sanoja, Iraida Vargas / **101**

Nueva alcaldesa para Caracas
Iraida Vargas, Mario Sanoja / **105**

Bolívar, Libertador
Antonio González Antías / **109**

Caracas como centro de poder de la República
Abilio Rangel Gil / **114**

Defensa de José Francisco Bermúdez, Libertador de Caracas
José Gregorio Linares / **118**

Francisco Fajardo: el malinche
José Gregorio Linares / **124**

ANEXO

**Los referentes simbólicos de la modernidad
del siglo XIX en Caracas**
Mario Sanoja, Iraida Vargas / **130**

PRÓLOGO

La historia de Caracas es muy interesante en sus variadas manifestaciones. Esta afirmación, sin ánimos de exagerar, representa a su vez, muchos aspectos o ámbitos que corresponden al tratamiento y conocimiento de la historia del país, en tanto y cuanto la capitalidad caraqueña, por ejemplo, así lo ha señalado, dada su significación como centro político-administrativo de Venezuela. Además, y particularmente cuando se trata de sucesos o personajes vinculados a la vida nacional, esta relación es bastante notoria. Así, por poner un caso emblemático, los sucesos y personajes representados en los hechos del 19 de abril de 1810 y del 5 de julio de 1811, que ocurrieron en Caracas, tuvieron resonancia a nivel nacional y en el ámbito geográfico de muchos países en América.

Este conjunto de cuadros históricos caraqueños que hoy presentamos a consideración del público lector, constituye parte de esa historia viva, dinámica, que fue jalonando el decurso de la ciudad y es parte del fundamento de siglos de existencia, conformada desde el mismísimo instante que nuestros pasados aborígenes asentaron sus plantas en este valle, hasta el día hoy. Es el recorrido temporal y espacial de un tiempo largo y de un quehacer plétórico en muchos aspectos, agradables o tristes, que son ingredientes de ser Caracas. Una historia que se hizo y que se hace cada día, que llena de orgullo a los habitantes de la urbe, al apreciar el sacrificio de hombres y mujeres que desprendidamente dieron hasta su vida, para alcanzar propósitos y sueños forjados en la búsqueda de una patria más digna, independiente y soberana.

Ciertamente, hombres y mujeres, instituciones, usos y costumbres, leyes, creencia y religión, son los elementos de una amalgama sólida que ha permitido la construcción de lo que hoy somos. Hitos y símbolos de una identidad de ciudad que ha luchado y permanecido en su venezolanidad, patente en sus reclamos obreros y estudiantiles, en sus expresiones cotidianas de protestas que siempre han luchado contra la inequidad. Una población que siempre se distinguió y se distingue por no dejarse pisotear por bota extranjera alguna, luchadora y vencedora contra imperios foráneos que han querido imponer modelos de vida no cónsonos con lo que somos y con lo que tenemos "...seguid el ejemplo que Caracas dio..."

Nuestra espiritualidad como pueblo se compone, pues, de esos elementos, y al luchar contra todas esas pretensiones que desean escamotearnos nuestra identidad, lo hacemos en la seguridad que defendernos, a un mismo tiempo, nuestra razón de ser venezolanos. Lo específico caraqueño no es nada vanidoso ni diferenciador, respecto de otras regiones o localidades de Venezuela. Más bien Caracas se fue formando de gente venida de muchas partes del país; y si bien el caraqueño existe por naturaleza, el progenitor puede ser un andino venido de lejanos páramos, un guaro barquisimetano o un alegre pescador de Juangriego.

Las pequeñas historias contadas en el presente texto solo lo son por su extensión en páginas, pues su contenido pese a lo resumido, representa en mucho el ayer y el hoy de un tránsito vital plasmado en la individualidad e integridad, que se torna colectividad. De modo que siempre existirá el cura de la parroquia, el bodeguero que en su local tiene aquel famoso letrerito "hoy no fío, mañana sí"... , la avenida atestada de vehículos en un tráfico insoportable, la célebre arepera ya casi inexistente, benefactora de estómagos noctívagos, el botiquín

o licorería del barrio, sitios de visita casi que obligada los viernes y sábados.

Colectividad que está cortada casi con la misma tijera en cada barrio, en cada bloque, en cada urbanización o calle, y que hoy asume su participación y protagonismo dentro del proceso revolucionario en marcha. Y lo asume con verdadero ímpetu y vigorosa decisión, pues sabe que el poder no es, en esencia, el de arriba, sino el de la comunidad, es decir, el poder actuar y el poder hacer. La historia de siempre, de lucha sostenida, la de un ayer que hoy resuena con contundencia en nuestro acontecer cotidiano, que nos ofrece el legado de Bolívar, pero que al mismo tiempo exige nuestro hacer solidario.

En lo específico, es la historia tuya, mía, de la ciudad toda convertida hoy en gran urbe, devenida de tantos acontecimientos naturales y humanos que la han llevado, si así se puede decir, a su adultez actual, entendida como experiencia acumulada del extenso trajinar de su existencia. Víctima de desastres naturales como el terremoto de 26 de marzo de 1812, o el más reciente ocasionado por el deslave en La Guaira en 1999, ha sabido encarar la desgracia con el trabajo y el deseo de superación ante cualquier contingencia. A pesar de esa especificidad, hacer un inventario de ese recorrido histórico no es posible en tan pocas páginas. Lo que sí es posible valorar, son las líneas gruesas de esa historia representadas en sus hechos y en sus personajes.

En ese sentido y en retrospectiva, la búsqueda nos lleva a los tiempos iniciales de creación, donde todo estaba por hacerse y la tenaz resistencia indígena se antepuso al arma invasora. Costó sangre que corrió por cerros y quebradas y, al final, el empuje del caballo y el arcabuz pudo más que las flechas y la bravura indígena. Empero, esa

misma sangre no se secó, no se perdió, sino que corre hoy día por las venas de los caraqueños, y es expresión de empeño y dedicación en la hechura de su ciudad. Fue precario el inicio, pero con el tiempo se fue amoldando el hogar. A las casas de paja y palos hincados, iban a suceder la mampostería, la teja y la madera. La traza urbana, la hechura de calles, caminos y edificaciones más perdurables harían posible una ciudad cónsona con el crecimiento demográfico, aunque en muchos momentos la anarquía marcó pauta en esa construcción, incluso hasta etapas más recientes.

La economía, siempre monoprodutora, tuvo una etapa agropecuaria de tiempo histórico largo, pues los productos de la tierra no siempre fluyeron por caminos expeditos, ni su comercio tampoco, habida cuenta de plagas que asolaban sembradíos, persistencia del contrabando por nuestras costas y la incidencia negativa de una guerra decimonónica prolongada. Llegaría el petróleo a los inicios del siglo XX, pero lejos de convertirse en una bendición económica, sirvió en mucho para generar una clase política y empresarial, que sabría muy bien aprovecharse de los beneficios derivados del llamado oro negro. Es una historia larga que todos conocemos. De modo que los “grandes cacacos” coloniales tuvieron descendencia en individuos que serían capaces no de hipotecar un país, sino de venderlo a pedazos al mejor postor.

Y Caracas fue testigo y protagonista de mucho de ello, pues por su condición de principal centro administrativo del país, se tomaban decisiones y definían políticas diversas en distintos ámbitos de la vida económica-social. Pero no siempre y no todo fueron situaciones adversas, de infortunio. Caracas ha parido grandes hombres y mujeres, ayer y hoy, que le han dado grandes satisfacciones en muchos campos de la vida, y con solo mencionar sus nombres es suficiente para

no decir cuáles fueron sus méritos: Simón Bolívar (prócer militar y político), Francisco de Miranda (prócer militar y político), Andrés Bello (literato), José Félix Ribas (prócer militar y político), Luisa Cáceres de Arismendi (heroína), Simón Rodríguez (pedagogo), Carlos Almenar Otero (cantante lírico), Oscar D´León (cantante tropical), Agustín Aveledo (pedagogo), Teresa de la Parra (escritora), Alfonso Carrasquel (beisbolista), Gustavo Ávila (jockey), Jacinto Convit (médico científico), Emilio Boggio (pintor), Carmen Clemente Travieso (periodista), Alejandro Colina (escultor), José Ignacio Cabrujas (dramaturgo), Armando Reverón (pintor), Aquiles Nazoa (humorista), Luis Britto García (escritor), Mario Sanoja Obediente (antropólogo, historiador), Juan Liscano (poeta), y un etcétera bastante largo que, como en toda lista, siempre faltará gente, pero la que se presenta es bastante ilustrativa de cómo estos personajes contribuyeron al engrandecimiento de la patria; cada uno en su espacio haciendo con pasión lo que debía hacer, ya en el campo de la cultura en general, de la ciencia, del deporte y del entretenimiento.

El trabajo que hoy se presenta es producto de la tarea que realizan los investigadores de la Dirección del Cronista de la Ciudad de Caracas, publicados en el diario *CiudadCCS*. Se debe hacer la excepción de que los textos suscritos por la doctora Iraida Vargas y por el doctor Mario Sanoja Obediente, son producto de sus investigaciones personales, hechas sobre fuentes documentales, algunas distintas a las contenidas en el Archivo Histórico Municipal de Caracas, y con un número de páginas en mayor cantidad que los textos del resto de las personas que aquí escriben; dichos temas se publicaron por lo menos en dos entregas del periódico. En todo caso, estas páginas en colectivo representan un homenaje de este equipo de trabajo para el doctor Mario Sanoja Obediente, recientemente fallecido, y quien hasta entonces ejercía el cargo de Cronista de la Ciudad de Caracas.

Hacemos extensivas nuestras palabras de solidaridad, aprecio y respeto a la doctora Iraida Vargas, que sabemos que mantendrá en alto la obra que su esposo y ella llevaron adelante, en pro de la historia y la cultura venezolana.

Estos trabajos de diversa temática, breves pero sustanciosos, abarcan aspectos, momentos y personajes que han formado parte de la historia caraqueña en su largo devenir de casi quinientos años. Es lectura ligera, sin el carácter de escritos muy eruditos, a veces tediosos, aceptables para la discusión en el medio académico, que no son adecuados para el comentario del común, para el recordar de la gente y para la promoción de un querer, un hacer y un proponer la difusión y la defensa de la pequeña historia, esa, la del barrio, la de la calle, la del abuelo y la abuela, la del Pablo Pueblo que una vez cantara Rubén Blades.

Son notas cortas, que pretenden generar en el lector un interés por ahondar en el conocimiento de la historia. Es un acicate para la promoción de la lectura de temas históricos, particularmente los que refieren sobre el interesante devenir caraqueño; y de este modo alimentar una conciencia que es cada vez más atacada por distintas vías informativas, en especial la televisión y las redes electrónicas, promotoras en muchos casos de una publicidad artera dirigida a socavar el conocimiento que sostiene la lucha de los pueblos por su independencia y soberanía, e intentar esa propaganda, cuando se dirige a la individualidad, imponer modelos de conducta a la persona, al someterla entre otras cosas a las pautas dispuestas por una propaganda que alienta el consumismo a todo evento. Esa Caracas expresada en su historia como cosa ocurrida, que se vincula y dialoga con la historia de la Caracas actual, que a fin de cuentas es una y la misma, con tiempos y personajes distintos, pero con similares

circunstancias de vida que debemos enfrentar y resolver todos los días; es la protagonista de estos cuadros de ese transcurrir que ahora presentamos. Hombres y mujeres del ayer y del hoy en una sola línea de continuidad en transferencia vital de abuelos a padres y de padres a hijos.

Un mosaico de expresiones, que han hecho y hacen cada día la historia del terruño. El ser Caracas, pues.

Hacia 1896, con el llanero Joaquín Crespo como presidente de la República, enamorado de los caballos, nació a su impulso en Las Delicias de Sabana Grande, hacia el Este de la ciudad, el hipismo caraqueño; y a 126 años de ese evento la gente disfruta hoy de las coloridas carreras de caballos en La Rinconada. Igual que se divirtieron nuestros abuelos con el juego de Jai Alai, cuya práctica dio origen a la esquina de La Pelota; o nuestras abuelas que entornaron sus ojos juveniles y les latió el corazón desaforadamente, cuando Carlos Gardel en 1935, en los estertores de la dictadura gomecista, enardeció a sus seguidores al cantar los tangos de siempre en el Teatro Principal, aún en funcionamiento en estos días.

Ese habitante de la ciudad, y sus autoridades, que siempre han sabido resolver el diario yantar. El antiguo mercado de la Plaza Mayor (hoy Plaza Bolívar), el de San Jacinto, las bodegas y abastos de los barrios, o las grandes cadenas de hipermercados actuales, han sido los puntos esenciales del expendio de los comestibles requeridos para atender la alimentación de la gente. En tiempos de hambruna o escasez, las autoridades municipales han intentado siempre resolver o atenuar este problema de abastecimiento: ayer fueron los pósitos (silos o graneros) hoy son las bolsas CLAP.

No tan específicas, pero sí de mayor entidad en el orden temático, son los textos en referencia al crecimiento urbano, sus características generales y la visión de cada quien en particular en determinado momento histórico. No fue lo mismo, la ciudad pensada si es que llegó a pensarse, en el recorrido del tiempo de la guerra de independencia, caótico por demás, donde toda la atención se centraba en el asunto bélico, en el sostenimiento de la guerra; que la que se quiso y tímidamente se hizo en tiempos de paz relativa. Antonio Guzmán Blanco, con su “París de un solo piso” pretendió adecuar a Caracas a una modernidad de cemento. Algunas de esas edificaciones, como el Palacio Federal Legislativo (sede de la Asamblea Nacional) o el Teatro Alfredo Sadel (en otro tiempo llamado Teatro Guzmán Blanco o Teatro Municipal) aún prestan servicios. Así, las notas que se recogen en este libro, respecto de las ciudades superpuestas, el terremoto de 1812 y la ocupación territorial del valle caraqueño, por ejemplo, sirven de fundamento para sostener algunas de estas ideas.

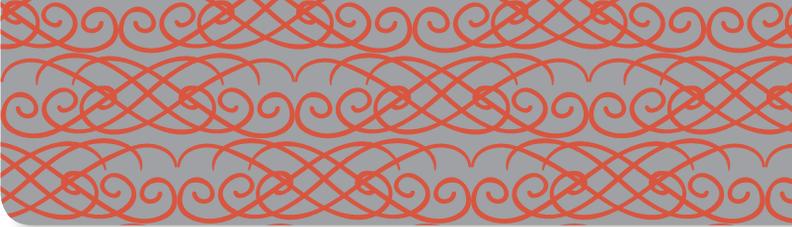
La vida social se expresaba mucho en el diario cotilleo de la Plaza Mayor, la de San Jacinto o la de San Pablo. Los poderosos de siempre seguían tomando su chocolate en cocos engastados en plata, y los pobres o esclavizados mantenían una vajilla hecha de totumas. Las noticias corrían de boca a oídos, como aquella que denunciaba los maltratos que sufrió María Andrea, esclavizada, de manos de su propietario, connotado individuo del medio social y político de entonces, quien la emprendió a palos y latigazos contra la indefensa mujer. Igualmente se chismeaba sobre amores furtivos, cuyos protagonistas esperaban alguna procesión religiosa para apenas rozarse las puntas de los dedos, o la misa mañanera para enviar miradas fugaces, cómplices de Cupido.

Vegetales, carnes (de res, cochino o pescado) menestras, velas de sebo, papelones, arroz, azúcar y una extensa dulcería adornaban los puestos de la Plaza Mayor. Las negras panaderas cargaban sus azafates llenos de pan, biscochos y galletas, sin la infaltable catalina o paledonia. Jaulas con gallos y gallinas, alguna carne en salazón y huesos al menudeo, iban a servir de componente para la sopa requerida. Era este, pues, un cuadro que hoy apreciamos en limpias refrigeradoras que guardan estos productos empaquetados en vinilo. La ocasión de la compra fue la excusa para transmitir noticias y chismes.

Hoy día las informaciones corren de manera vertiginosa. Se transmiten al instante escenas de bombardeos y de enfrentamientos en Europa del Este, África y Medio Oriente. Los grandes magnates muestran sus logros: con ropa supercara de afamados modistos, asisten a la botadura de su más reciente yate. Interín, la cara del hambre aparece dantesca en muchos países, y esto no parece importarle a muchos. Como tampoco les importa la destrucción del planeta, la elevación de gases perniciosos contra la naturaleza y, definitivamente, la muerte lenta pero segura de nuestra Tierra. Caracas vive, con intensidad, estos avatares, es al igual que otras ciudades en el mundo actual testigo y protagonista del quehacer mundial; y con más de cuatro siglos y medio de recorrido vital, ha sabido enfrentar la adversidad y disponer de una coraza contra el infortunio. ¡Siempre venceremos!

Antonio José González Antías

Caracas, octubre 2022



Publicado el 10/12/2021

Mario Sanoja, Iraida Vargas

Caracas 1948: las patinatas navideñas

El día de inicio de las misas de aguinaldos, era el 15 de diciembre, día cuando finalizaban las clases en las escuelas primarias y liceos.

En la Caracas de nuestra adolescencia, mediados del siglo XX, todavía se conservaba en buena parte la traza urbana de la ciudad decimonónica, así como también las costumbres y las tradiciones culturales de la sociedad caraqueña.

Una de ellas, muy esperada y practicada por las y los jóvenes eran las patinatas o “misas de aguinaldo” como se llamaban comúnmente. Cuando llegaba el primero de diciembre, las muchachas y muchachos de cada cuadra sacábamos a relucir nuestros patines, dos planchas metálicas, cada una con cuatro ruedas igualmente metálicas montadas en una estructura con amortiguadores de caucho, llamados “burros” que absorbían las vibraciones que se producían al rodar aquellas sobre el pavimento.

Cada patín constaba de dos partes, una trasera y una delantera, cuya longitud se podía graduar según la horma y el tamaño del zapato del o de la patinadora. Ambas partes terminaban en una punta aguzada que permitía que corrieran una dentro de la otra para



ajustar la longitud del patín mediante un tornillo con tuercas. En la parte posterior del patín había una especie de talón donde se fijaban unas correas de cuero que se ajustaban al pie del patinador o la patinadora. Para garantizar un buen desplazamiento, el patín debía estar sólidamente fijado al pie del patinador o de la patinadora durante el movimiento.

Calidad y marca

En ciertas marcas de patines de lujo, dicha correa estaba complementada con una almohadilla que protegía la piel del roce del cuero que producía el movimiento del pie al patinar. La sección delantera contaba con unos “ganchos” que permitían adaptar la plancha del patín al ancho del zapato. Los “ganchos” consistían en un par de uñas metálicas que corrían sobre un tornillo sinfín, el cual, mediante una llave, servía para ajustar el calzado mediante una llave que venía con cada par de patines. La calidad de los patines dependía de las marcas. Lo que permitía al patinador o patinadora desplazarse con mayor velocidad eran los de marca Unión, cuyas ruedas tenían mejores rolineras y eran, por supuesto, los más costosos. Luego estaban los

marca Winchester, los más utilizados, por su calidad y su precio y, finalmente, los Wellkaster, los más baratos.

El día de inicio de las misas de aguinaldos, de las patinatas, era el 15 de diciembre, día cuando finalizaban las clases en las escuelas primarias y liceos, y quedaban libres las y los jóvenes de la rutina cotidiana de la enseñanza. Se dedicaba tiempo para aceitar las rolineras de las ruedas de los patines y se ajustaba la extensión de las planchas. Se hacía la coordinación de la hora de partida del grupo, generalmente entre las 12:00 de la noche y la 1:00 de la madrugada. Cada quien marchaba a dormir todo vestido y calaba los zapatos en los patines para tener solamente que calzarse y salir a la calle listo para encontrarse con el grupo de patinadoras y patinadores.

Unos sitios preferidos

Los sitios de patinaje preferidos por nosotros para la época, eran la avenida La Paz, en El Paraíso; el entonces parque Los Caobos, la re-doma de El Calvario y la plaza Pagüita. Dado que La Pastora es una parroquia ubicada en la parte alta de la terraza del río Guaire, todas las calles que bajan hacia el sur tienen una pendiente a veces muy fuerte, por lo que para bajar en patines hacia el sur de la ciudad, el lector no puede quizás imaginar lo que debían hacer aquellos grupos de adolescentes. Aunque el tráfico automotor era casi nulo en la alta madrugada caraqueña, nos turnábamos en cada esquina al final de cada pendiente para prevenir accidentes.

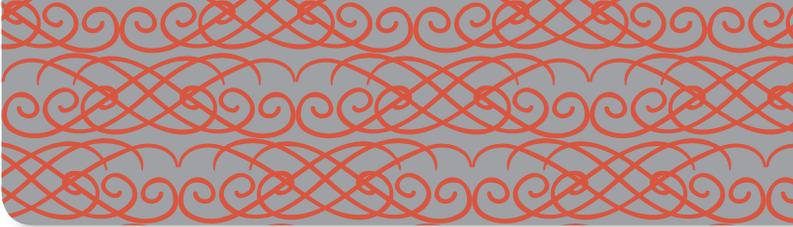
Así, bajábamos hasta El Silencio para tomar la avenida San Martín hasta llegar a la plaza Artigas y, desde allí, bajar raudos hacia la avenida La Paz.

Para ir a Los Caobos bajábamos hacia el centro de la ciudad y tomábamos las calles, hoy reemplazadas por la avenida Bolívar, que nos llevaban directamente hacia las avenidas del antiguo bosque. Una vez llegados a la parte alta de la avenida La Paz, las patinadoras

y patinadores nos formábamos en grupos de 20 o 30 jóvenes que, tomados por la cintura, formábamos una fila que llamábamos “el tren”. En ocasiones, al descender, aquel que iba en el primer lugar de la cadena humana hacía un giro lateral que convertía la cadena humana en lo que llamábamos “el látigo”, movimiento que estrellaba la cadena contra la masa de patinadoras y patinadores, provocando heridos y peleas entre grupos.

Una de las atracciones de las patinatas, eran la arepitas dulces, cuya masa era endulzada con papelón. Cada tantos metros en la avenida donde nos reuníamos las patinadoras y los patinadores, había generalmente una pareja de gente popular con un anafé o cocina de carbón, sobre la cual se colocaba un recipiente con aceite hirviendo para cocinar las arepitas. En general, la mujer era quien las amasaba, las torteaba y vendía el café que las acompañaba; el hombre se ocupaba de atender la fritura y la venta de las arepitas al público. En ocasiones se complementaban las famosas arepitas con naranjas que se vendían ya peladas.

En las urbanizaciones del Este de la ciudad existía la costumbre de tener un repartidor que en la madrugada de cada día dejaba en la puerta de las casas un litro de leche, una bolsa de pan y el periódico. Las patinadoras y los patinadores, usualmente vecinos de la urbanización, se robaban el pan y la leche para desayunar.



Publicado el 28/01/2022

Mario Sanoja, Iraida Vargas

Caracas: Ciudades superpuestas (I)

La información sobre el lugar de este valle, donde se fundó inicialmente la ciudad de Caracas, la manera como se registró el acta de inicio de esta urbe capital, han estado subsumidas en el relato histórico que comienza con las crónicas castellanas, siempre dispuestas muchas veces a magnificar y a rodear de una teatralidad desmesurada todo lo que tiene que ver con la historia de los conquistadores iberos en América.

La fundación que hizo Diego de Losada en la parte central del valle de Caracas culminó, a diferencia de la de Francisco Fajardo, en el oeste del mismo, en un asentamiento estable, el cual, a la luz de las informaciones arqueológicas que hoy poseemos, se ajustaba a las ordenanzas relativas a la planificación espacial de las ciudades, formalizadas por Felipe II en 1573:

“...la iglesia estará separada de cualquier otro edificio cercano o edificios vecinos, y debe poder ser vista desde todos los lados de manera que se pueda decorar mejor, adquiriendo pues mayor autoridad; se deben hacer los esfuerzos para que esté algo levantada del piso de manera que se pueda acceder por escalones, y cerca de ella, cerca de la plaza mayor, serán construidos el consejo real y el cabil-

do y los comercios. Serán construidos de una manera que no molesten el templo sino que contribuyan a su prestigio” (Crouch, Garr y Mundigo 1982:15).

Primeras construcciones religiosas

La primera estructura religiosa construida en Caracas, posiblemente alrededor de 1570, parece haber sido un bohío levantado con horcones de madera y techo pajizo, de manera similar a como ocurrió en Caracas y muchas de las primeras villas fundadas por los españoles, a inicios del siglo XVI, en el Caribe oriental, la península de la Florida y México. La secuencia constructiva tradicional de las iglesias comenzaba con la erección de una estructura de planta rectangular y techo de paja, sostenida por horcones de madera, que servía como un lugar sagrado *interim* para celebrar la misa, mientras se construía la iglesia formal. Esta especie de capilla abierta servía también como medio para indoctrinar a los indios, enseñarles el idioma castellano y reafirmar la posición de la Iglesia Católica en la promoción del cambio cultural que implicaba para los nativos y los europeos la colonización de América Latina.

Esta primera ermita, nombrada de San Sebastián en honor al santo muerto a flechazos por los soldados del emperador Dioclesiano, pensamos que estuvo localizada en un promontorio o pequeña colina que dominaba la pendiente que bajaba desde las faldas del Ávila, mirando hacia el Este, ubicación que corresponde con la parte posterior de la Escuela de Música José Ángel Lamas, unos 20 metros al Sur de la actual esquina de Santa Capilla. Los análisis geomorfológicos preliminares muestran que el área estuvo quizás recubierta por una espesa capa de humus, existiendo también en ella una pequeña charca o ciénaga. Ello permitió muy posiblemente la presencia de una arboleda, dentro de la cual se hallaba la vivienda indígena que pudo haber servido primero de campamento a los castellanos y luego de



asiento de la ermita de San Sebastián. En los alrededores del bohío se han conseguido objetos prehispánicos tales como hachas líticas, pendientes de jadeíta y pintaderas de arcilla cocida. La presencia de otros fragmentos de tradición aborigen tienden a corroborar la existencia de una ocupación temprana del sitio: fragmentos de una loza común fabricada en el sur de España entre 1460 y 1560, denominada Columbia Plain, fragmentos de gres Cologne Stone Ware, cuya fecha de manufactura es de 1530-1580, y loza con decoración tipo Pisano cuya fecha de manufactura se sitúa en c.a. 1600.

Más de este valle

Diez metros al este del bohío o ermita existe una excavación de forma cónica, de unos 30 centímetros de diámetro en su parte inferior y que alcanza una profundidad de un metro, la cual por su forma indica el lugar donde pudo haber sido colocada una cruz o el “rollo” o picota que marcaba la fundación de la ciudad. Desde el punto donde se ubicaba la ermita y el posible campamento de los pobladores hispanos, se dominaba la pendiente del valle que bajaba hasta el río Guaire, posiblemente recubierta de vegetación xerofítica: cactus,

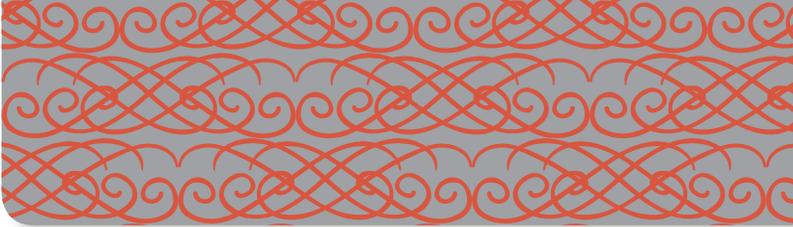
cujies, etc., así como la fila de colinas al Sur de dicho río donde se hallan los barrios populares hoy conocidos como La Charneca, El Guarataro y Marín.

Cien metros más abajo de la ermita se habría comenzado, en tiempos posteriores, a terracear la pendiente del valle, a objeto de facilitar la erección tanto de las viviendas privadas como de los edificios públicos y la Plaza Mayor, tal como se mandaba en las ordenanzas de 1570, así fuesen éstas también bohíos de bahareque.

Tierra fértil de origen

La ubicación de la villa en esta localización facilitaba también el acceso a los campos de caza y pesca que seguramente constituían las selvas de galería que contorneaban los cauces de los ríos Caroata y Anaucó, así como las vegas fértiles de la ribera izquierda del Guaire que habrían de convertirse, luego, en campos de cultivo de hortalizas, caña de azúcar, maíz, yuca, etc., y de pastoreo de vacunos. De igual manera, estaba estratégicamente distanciada de las áreas fácilmente accesibles a los grupos indígenas hostiles que, al parecer, todavía habitaban o merodeaban a lo largo del río Guaire y sus afluentes, tal como lo demuestra la ubicación de los sitios arqueológicos prehispánicos conocidos hasta ahora en Caracas: El Pinar, Parque Central, La Vega, Prados del Este, Fila de Mariches, etc.

Entre las primeras obras defensivas de la ciudad figuraría el palenque construido en la esquina de Reducto, antigua aldea de San Pablo, posiblemente alrededor de 1590, que servía para controlar el paso del río Caroata así como el acceso Sur de la ciudad de Caracas, área que fue escenario de violentos combates entre castellanos y aborígenes. Todas estas condiciones necesarias tuvieron que ser cumplidas para que la villa de Santiago de León de Caracas pudiese, como efectivamente ocurrió, estabilizarse.



Publicado el 11/02/2022

Mario Sanoja, Iraida Vargas

Caracas: Ciudades superpuestas (II)

Alrededor de 1630, la ermita de San Sebastián parece haber sido erigida de nuevo con materiales permanentes, fecha por los análisis de C-14. A tal fin se construyó en el mismo sitio una estructura de planta cuadrada de 5 metros por lado, con paredes de tapia, abiertas hacia el Este. Uno de los ladrillos utilizados para la verdugada de la tapia, cuyas medidas son de 28 x 11 x 5 cms., tiene las características reseñadas por Deagan (1987:125) para los utilizados en La Isabela (República Dominicana) entre 1490 y 1500 d.C. Se rellenó el espacio definido por el basamento de piedra utilizando tierra negra que contiene restos de ganado vacuno y otros mamíferos y pescados, así como de alfarería criolla. Ello testimonia la existencia de un espacio habitado, previo a la construcción de la segunda ermita, que ahora pasará a llamarse de San Mauricio.

Esta ermita tenía un piso empedrado con guijarros de río. En el área que correspondería con el sagrario se observa que hay un espacio sagrado, empedrado con guijarros más pequeños, así como el hueco dejado por un poste, quizás una cruz que presidía el altar. La ermita tenía, posiblemente, un pequeño cuarto anexo sobre la pared norte que fungió como oficina cural y contrafuertes en el ángulo de la fachada



Este. Al igual que otras ermitas o iglesias similares construidas en el Caribe a comienzos del siglo XVI, podría haber tenido también un pequeño campanario en la parte Oeste, como parecen testimoniar las evidencias arqueológicas: un posible vano sobre la pared de tapia y un piso de argamasa que se extiende hacia el Oeste. Al interior de la ermita, ahora levantada unos 60 cms. sobre el nivel del piso, se accedía mediante una grada empedrada.

Frente a la grada existía una especie de atrio o piso de tierra negra, también empedrada y muy compactada, cubierto al parecer con una especie de enramada. Al interior de la ermita oían misa los vecinos pudientes y al exterior sobre el piso empedrado, lo hacían los indios, negros, mestizos y blancos de orilla. Entre las piedras del piso interior de la ermita se hallaron fragmentos de una loza o mayólica sevillana (azul/azul) que puede datar entre 1630 y 1660, así como restos de una daga con mango de hueso y otros objetos de uso diario.

Catedral de Caracas

La ermita de San Mauricio comenzó a perder mucha de su importancia para la vida de la ciudad con la erección de la Catedral de Caracas, comenzada en 1674 y terminada a comienzos del siglo XVIII, resultando quizás destruida por uno de los fuertes terremotos que asolaron a Caracas en esos primeros siglos de su fundación, como parece indicar la distorsión del eje de los ladrillos de la pared Oeste. La ermita fue posiblemente erigida de nuevo utilizando una estructura más simple de horcones de madera con piso de argamasa.

Al Norte de la parcela ocupada por la ermita se construyó, hacia 1750, una vivienda doméstica. Es probable que dicha vivienda y la construcción provisional de la ermita compartiesen una especie de patio interior con salida hacia el sur, hacia la Plaza Mayor de Caracas. Posiblemente hacia 1780, como consecuencia de la remodelación de Caracas ordenada por Carlos III, el espacio ocupado por la ermita fue definitivamente obliterado y recubierto por el empedrado de un callejón o “martillo”, el cual venía de la calle principal que bajaba hacia la Plaza Mayor. Dicha vía tenía un ancho aproximado de tres metros, con cunetas laterales para la escorrentía de las aguas de lluvia. Una nueva ermita o iglesia de San Mauricio fue construida, para la época, en el solar aledaño, el mismo que hoy ocupa la Santa Capilla.

Extrapolando a partir de la información del obispo Martí, con base en los datos arqueológicos, esta iglesia pudo haber tenido una fachada hacia el este que tenía unos 16 metros de largo, con tres entradas y un corredor techado con arcadas, orientado en sentido Norte-Sur, que recorría todo el frontis de la misma hasta conectarse con la vivienda doméstica que ya existía al Norte de la parcela. Según el obispo Martí, era una iglesia de tres naves, muy amplia...

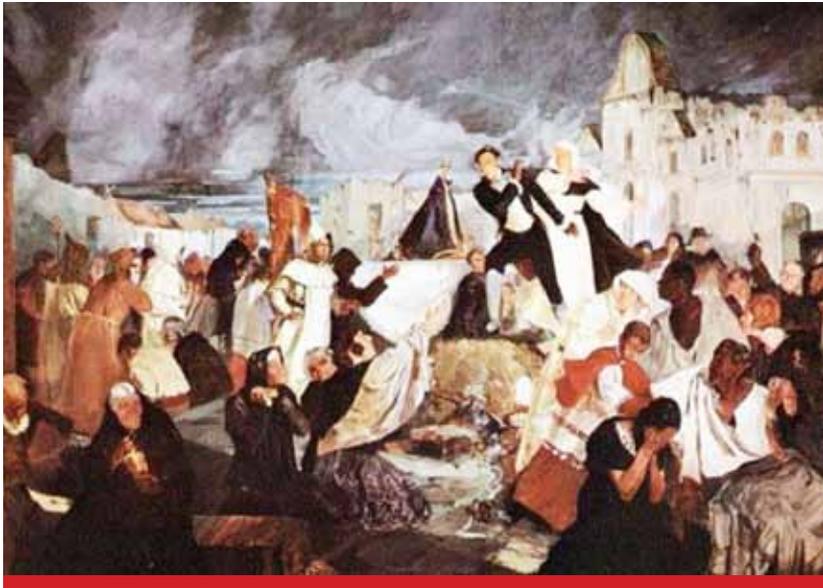
Frente al atrio o el espacio antiguamente ocupado por la ermita de San Mauricio, al Sur de la parcela, se habría construido a finales

del siglo XVIII una pequeña casa, posiblemente de dos pisos. Una rampa con piso de argamasa bajaba del patio interior y comunicaba con la nueva vivienda, para cuya construcción se había rellenado con tierra, escombros y basura de siglos anteriores, el espacio que anteriormente correspondía a la especie de atrio que tenía la ermita de San Sebastián, luego de San Mauricio. Esta casa tenía una planta rectangular. En la planta baja existía un espacio empedrado que al parecer comunicaba el solar de comunes que llegaba hasta la Plaza Mayor mediante una arcada. Una segunda habitación, al Oeste, comunicaba quizás con el piso superior mediante una escalinata. Las tres estructuras formaban, al parecer, parte de un mismo conjunto que habría sido propiedad de la congregación religiosa que gerenciaba la ermita y sus propiedades.

Terremoto de 1812

El terremoto de 1812 afectó todo el conjunto, al igual que al resto de la ciudad de Caracas. Los muros del recinto Sur, construidos en 1780, parecen haber sido afectados seriamente y es probable que el segundo piso hubiese colapsado enteramente. La estructura fue reconstruida posiblemente entre 1817 y 1824, modificándose su distribución. La planta baja fue convertida en un solo espacio dividido en dos mediante una arcada, en tanto que se abrieron dos arcadas en la fachada sur. Para apuntalar la estructura se le adosó un contrafuerte en la pared Sur, área donde el terreno tenía tal vez una fuerte pendiente hacia la Plaza Mayor. El piso interior fue rellenado de nuevo con tierra y escombros y recubierto con baldosas de alfarería.

Las viviendas domésticas que se hallan en el solar parecen haber pertenecido a la familia de Luisa Mercedes Cáceres de Arismendi; fragmentos de su vajilla personal con el monograma LMC fueron hallados en la excavación arqueológica de la casa antes descrita. Alrede-



En 1860 el conjunto fue vendido al Gobierno Nacional para crear la Escuela de Arte de Caracas.

Durante el gobierno de Guzmán Blanco se hizo una remodelación del trazado urbano de la ciudad de Caracas, que se hallaba prácticamente en ruinas desde el terremoto de 1812. Ya que los medios de movilización y de transporte no permitían, como en la actualidad, desplazar los escombros a sitios lejanos del casco urbano, los cascotes y restos de las edificaciones destruidas parecen haber sido utilizados para rellenar y terracear las pendientes del valle en diversas áreas de la ciudad. Como resultado de ello, el nivel de la ciudad en el área de la actual Santa Capilla subió unos 2,20 a 2,60 mts. sobre el del siglo XVIII, nivel que aún se conserva. De esta manera, la antigua casa de los Arismendi y la vieja ermita de San Mauricio, prácticamente, quedaron sumergidas en el nuevo relleno.

Los ingenieros guzmancistas decidieron tapiar los vanos de estas construcciones anteriores y construir en 1873, apoyándose en sus



viejos muros, los pisos y paredes de lo que hoy son la Escuela de Música José Ángel Lamas y la Santa Capilla. Resultado de esto es la forma particular que tiene la planta de la Escuela de Música: el auditorio, colocado en el centro del edificio, corresponde al espacio que ocupaba el patio de la vieja casa colonial. El área de las oficinas y aulas está construida sobre las bases de las habitaciones que rodean dicho espacio.

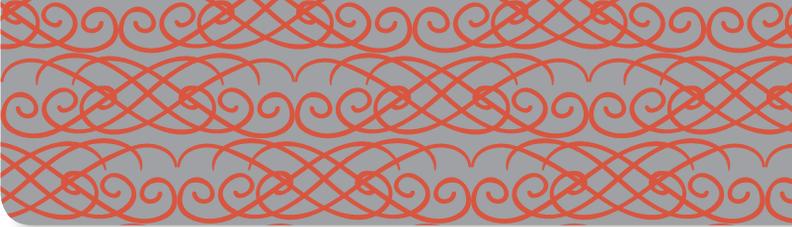
Santa Capilla

Para unificar en una sola las diversas construcciones que se hallaban en la parcela, ahora ubicadas en niveles diferentes, se construyó un patio aporticado y una edificación de dos pisos. Las bases de las columnas de este “claustro”, considerado por los historiadores de la arquitectura venezolana como “colonial”, fueron excavadas cortando una serie de pisos de argamasa que corresponden a las estructuras realmente coloniales de los siglos XVI, XVII, XVIII y del

XIX temprano, indicando que se trata, al parecer, de una estructura republicana, con “look” colonial para conservar la unidad de estilo del conjunto.

La Santa Capilla, originalmente de una sola nave, fue levantada sobre los muros de la antigua San Mauricio. Los muros y pisos de la casa original de los Cáceres Arismendi y de San Mauricio, así como quizás otros restos culturales importantes, aún existen enterrados bajo cientos de metros cúbicos de grava, arena y escombros. ¿Podremos recuperarlos para la historia presente de la ciudad de Caracas?

Las excavaciones de la Escuela de Música José Ángel Lamas han producido decenas de miles de fragmentos de objetos que ilustran claramente la evolución de la vida cotidiana de los caraqueños en los últimos cinco siglos: una forma de vida cotidiana autosuficiente caracteriza la ciudad desde 1570 hasta 1840, año en el cual el auge del capitalismo provocado por la segunda Revolución Industrial enriquece la cantidad y la calidad de los bienes consumidos: botellas de vino francés, cerveza inglesa u holandesa, peines, peinetas y adornos de vulcanita, porcelana francesa, monedas francesas y estadounidenses, alimentos enlatados, utilización de una ferretería compleja, juegos de dominó y dados, cubiertos de mesa, productos farmacéuticos y de belleza importados de Francia e Inglaterra, cristalería, cepillos de dientes fabricados en marfil, hermosos botones de vestidos o blusas de hombre, mancuernas y botones de frac, etc.; todo ello nos indica el inicio de la Venezuela consumista postcolonial y el desarrollo de un oneroso comercio de importación de bienes suntuarios que nos recuerda, en escala, el consumismo saudita que se inicia con CAP I y finaliza con CAP II, pasando por Luis Herrera I y Lusinchi I. La historia no se repite igual, pero sus ciclos y determinaciones históricas, desgraciadamente, como que sí se mantienen.



Publicado el 25/02/2022

José Gregorio Linares

El terremoto de 1812 y la ayuda humanitaria de EEUU

Un hecho inesperado contribuye a la caída de la Primera República: el terremoto del 26 de marzo de 1812. El agente comercial estadounidense Robert K. Lowry, en comunicación dirigida al secretario de Estado estadounidense James Monroe, da cuenta de “la espantosa convulsión de la naturaleza que lo puso todo en confusión y espanto. Tan completamente destruida estaba La Guaira por el terremoto que solo quedó una casa, siendo igualmente Caracas un montón de ruinas” (16 de noviembre de 1812).

La ayuda humanitaria

Ante tal calamidad el representante de Venezuela en Estados Unidos, Rafael Orea, solicita a James Monroe que levante el embargo que impedía el comercio con Venezuela para que así los estadounidenses puedan participar en una misión humanitaria consistente en enviar comestibles a los desventurados venezolanos “que ven su existencia amenazada de mil modos”. Tras intenso debate en el Congreso, Estados Unidos decide enviar “ayuda humanitaria” a Venezuela. En efecto, el presidente James Madison (1751-1836), cuarto presidente de EEUU (1809-1817), a través de una ley aprobada por el Congreso el 8 de mayo

de 1812, envía cincuenta mil dólares en provisiones a los puertos venezolanos. Rafael Orea, aunque agradece la ayuda, se lamenta de que ante una calamidad de tales proporciones se haya entregado “al más laudable objeto suma tan pequeña” (14 de mayo de 1812).

En junio arribaron a La Guaira 400 barriles de harina procedente del puerto de Baltimore como parte del donativo aprobado. Al frente de la misión llega el comisionado Alexander Scott, quien estuvo en el país desde el 9 de junio de 1812 hasta el 1 de enero de 1813. Pero no solo es la solidaridad lo que impulsa al gobierno de Estados Unidos a enviar un delegado especial para auxiliar al pueblo venezolano. En medio de la desgracia que se cierne sobre el país, se le ordena al funcionario estadounidense ejecutar el espionaje. En tal sentido, James Monroe le ordena a Alexander Scott: “Será su obligación familiarizarse con el estado de la opinión pública en las Provincias de Venezuela y en todas las Provincias adyacentes, pertenecientes a España; con su competencia para tener un Gobierno autónomo; con el estado de la situación política; con las relaciones de las Provincias entre sí; con el espíritu que prevalece generalmente entre ellas en cuanto se refiere a la Independencia; con su disposición para con los Estados Unidos” (Carta de Monroe del 14 de mayo de 1812).

El objetivo de EEUU es hacer una radiografía política del país. Violando los protocolos de seguridad y sin autorización oficial de parte de Venezuela, Scott visitó el cuartel del general Miranda en La Victoria, una zona de importancia crítica, sin informarles a los venezolanos sobre su propósito, lo cual creó incomodidad entre las autoridades venezolanas.

Entretanto, en La Guaira se comenzó a distribuir el donativo entre la población y el Ejército; pero llegaron los realistas al mando de Domingo Monteverde, tomaron el puerto de La Guaira y se incautaron de la mercancía.



Más bien parecen preparados para la esclavitud que para la libertad

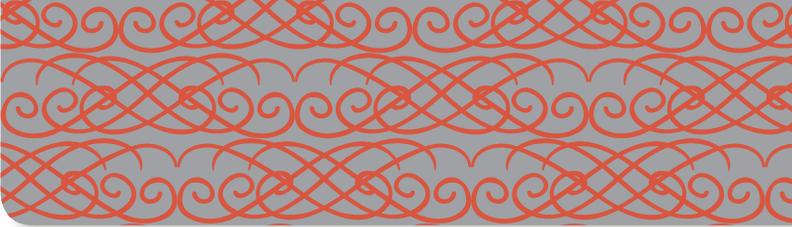
Llama la atención cómo Scott reproduce en varias de sus cartas una serie de prejuicios y descalificaciones contra el pueblo venezolano. En comunicación oficial del 16 de noviembre de 1812 dirigida a James Monroe, le expresa que los venezolanos “son tímidos, indolentes, ignorantes, supersticiosos e incapaces de empresa o de esfuerzo. Por los actuales hábitos morales e intelectuales de todas las clases, temo que no hayan llegado a ese punto de dignidad humana que faculta al hombre para el goce de un gobierno libre y racional. Faltan ciertos principios de honor, de virtud y de moralidad. No existe ese espíritu que anima a un pueblo insultado a romper sus cadenas y a vengarse de sus opresores. Más bien parecen preparados para la esclavitud que para la libertad”. En otra carta asegura: “Este pueblo está necesitado, es rapaz y está desprovisto de todo principio de vergüenza, justicia y humanidad” (1 de diciembre de 1812). En otra señala: “En mi opinión, hacia los patriotas de la América del Sur, nuestro Gobierno no puede observar una conducta demasiado amistosa” (1 de enero de 1813).

Alexander Scott esperaba sacar provecho económico de la ayuda humanitaria brindada por Estados Unidos. Se queja ante Monroe de que “la conducta de Miranda y del actual Gobierno para con las personas y propiedades americanas no ha correspondido en modo alguno a la generosidad y a la benevolencia desplegadas por los Estados Unidos” (16 de noviembre de 1812).

Este comisionado inaugura lo que será una conducta recurrente a lo largo de la historia por parte de los representantes estadounidenses con respecto a los mandatarios venezolanos o suramericanos que no son de su gusto: la descalificación y la injuria. Después de la caída de la Primera República afirma que “con una vergonzosa y traidora capitulación, Miranda entregó las libertades de su país. El hecho de que fuera un agente del Gobierno británico, como ahora declara, o que su conducta proviniera de un corazón vil y cobarde, es asunto que no puedo decidir. Por cuanto a mí, un ligero conocimiento de él me convenció de que no solo era un tirano brutal y caprichoso, sino que está desprovisto de valor, de honor y de capacidad” (16 de noviembre de 1812).

En esto consistió la ayuda humanitaria que nos ofreció Estados Unidos en ocasión del terremoto de 1812: en la entrega en víveres de “suma tan pequeña”; en el espionaje que vulnera la soberanía, y en la descalificación de nuestros dirigentes y del pueblo venezolano.

La última vez que con las mismas intenciones pretendieron proporcionarnos más ayuda humanitaria; ni siquiera despacharon alimentos, enviaron armas de guerra para acabar, según ellos, con el Gobierno de “un tirano brutal y caprichoso”. Entonces los venezolanos “desprovistos de todo principio de vergüenza, justicia y humanidad”, según ellos, dimos la Batalla de los Puentes y les impedimos seguir poniendo en práctica “una conducta demasiado amistosa”.



Publicado el 25/03/2022

Antonio González Antías

Caracas bella por siempre

Por una ciudad limpia

Para propios y extraños, no hay nada más reconfortante que transitar por una ciudad limpia, libre de contaminación ambiental y llena de sitios atrayentes, para el solaz esparcimiento de vecinos y visitantes. Sin embargo, no siempre fue, ni ha sido así, pues las autoridades municipales caraqueñas tuvieron que lidiar, y aún lo hacen, al enfrentar situaciones que conforman actitudes no cónsonas con el buen vivir. Y en ello corresponde al ciudadano participar activamente en el cuidado del ambiente, al asumir una posición consciente para mantener la limpieza y belleza de la ciudad, lo que tampoco fue, ni ha sido así; por lo cual se hace necesaria una política educativa, de información, que acreciente en el caraqueño su amor por la ciudad.

Un poco de historia

Desde tiempos tempranos, la preocupación por el aseo de la ciudad mantuvo en alerta a las autoridades de todo nivel: el 14 de enero de 1793, el síndico procurador general de Caracas, Cayetano Montenegro, denunciaba este mal y, entre otras cosas, decía que desde algunas casas... “salen albañales a las calles públicas y por ellos aguas hediondas,

que molestan a otros vecinos y a los transeúntes, y son nocivas a la salud”... Adicionaba a esta denuncia el daño que causaban los cerdos, pues aparte de la inmundicia que dejan por donde pasan, ocasionan el despidre de las calles; así también el juego de novillos –decía Montenegro– que en más de una ocasión atropellaron a las personas. No escapó a este cuadro negativo la presencia de perros callejeros, que aparte del desaseo que causaban con sus deposiciones, en muchos casos eran animales portadores de mal de rabia. Trece años después, en 1806, el gobernador Manuel de Guevara y Vasconcelos suscribe el Bando de Buen Gobierno de ese año, pues la alteración de la convivencia entre los caraqueños parecía continuar igual. Constituido por cincuenta y cinco artículos, se normaba la lectura de libros prohibidos, la guarda de la religión, porte de armas, uso de vestimenta, alumbrado público y mantenimiento de la ciudad. Este último punto, a través de varios artículos, tenía que ver con la limpieza y barrido de las calles (Art. 15); presencia de cerdos y perros en las calles (Arts. 16, 17 y 46); bote indebido de basura (Art. 27) y, cuidado de la caja de agua, pila y acequias (Arts. 28, 39 y 40).

Una vez concluida la Guerra de Independencia, con el trastoque propio que ello significó a todo nivel, los pueblos y ciudades retornaron a una cotidianidad relativa; pues ello se daba dentro de un clima de desatadas pasiones políticas, además con la presencia de grupos y facciones que pretendían alterar el orden. El 24 de febrero de 1824 se creó el Bando de Policía de la Municipalidad de Caracas, que en su articulado exponía las normas para un mejor coexistir ciudadano y, entre otras, señalaba: que no se podían bañar bestias (mulas, caballos, burros) en las fuentes públicas; así como tampoco estaba permitido correr caballos y mulas por las calles (Art. 13)... “Los gatos, perros, cualquier animal muerto u otra inmundicia que se encuentren en las calles, serán arrojadas al campo por el habitante de la casa en cuyo frente se halle”...(Art. 15). No estaba permitido dejar escombros en



la vía (madera, piedra), pues ocasiona molestias a los transeúntes (Art. 16). Solo en las plazas públicas, y no fuera de ellas, se podían vender dulces, frutas, conservas u otra cosa con la debida utilización de aparadores, mesas o estantes para su expendio (Art. 17).

¿Y después?

Sin duda que el propio proceso histórico que se desarrolló a lo largo del siglo XIX hace precisión en que el caudillismo, la inestabilidad política, economía en crisis y la anarquía constituyeron las características más resaltantes del período que inicia en 1830 hasta final de siglo, sin que ello signifique la resolución de los problemas que aquejaron al país en ese tiempo histórico. Igualmente es bueno destacar que la preocupación por la limpieza y ornato de la ciudad fuera asunto de primer orden que inquietara a las autoridades para



resolverlas. El acento más bien se ponía en la búsqueda de soluciones para solventar la crisis económica, para enfrentar el bandolerismo que infestaba los campos y para evitar la guerra y sus consecuencias; que todo ello pareció hallar solución en el conflicto de la Guerra Federal (1858-1863), lo cual no dejó de ser una vana ilusión, pues la persistencia del caudillismo y la inestabilidad política, entre otras cosas, no permitieron un cambio de situación.

Puede pensarse que con los gobiernos de Antonio Guzmán Blanco (quien gobernó por sí y por interpuestas personas entre 1870 y 1888) se pudo lograr un embellecimiento de la ciudad de Caracas. Y, en efecto, se debe reconocer que se hicieron construcciones públicas como la del Palacio Federal Legislativo, el Paseo Independencia (El Calvario, llamado hoy Ezequiel Zamora), el Panteón Nacional (en lo que fue la iglesia de la Santísima Trinidad), y se erigió la estatua ecuestre del Libertador Simón Bolívar, en lo que había sido la Plaza

Mayor. Pero el problema de la limpieza de la ciudad persistía. Las quejas fueron muchas a este respecto, y en las Actas de Cabildo de Caracas se refleja esta problemática con intermitencia.

Al día de hoy, la situación de la recolección de desechos sólidos, la limpieza de las calles, el asfaltado de las mismas, la pintura de fachadas, mantenimiento de parques y jardines, y otras tantas acciones, si bien se han atendido por las autoridades a las cuales le compete, es bueno insistir en la creación de una conciencia ciudadana que vaya emparentada con los propósitos de la Revolución Bolivariana, en los términos de la creación de que una nueva cultura de vida pasa, necesariamente, por el mantenimiento y preservación del hábitat del hombre.

Abilio Rangel

Alumbrado público de gas: Alternativa para ciudad en tinieblas

A comienzos del siglo XIX el alumbrado público en la ciudad de Caracas aún no era una realidad, dada la situación de conflicto que se estaba desarrollando entre la sociedad caraqueña y el imperio español. Gran parte de las calles de la Provincia de Caracas estaban sujetas a la oscuridad de la noche, solo se conocía del alumbrado público en aquellas calles empedradas y cuarteles cuando había noticias de sublevación o de un acto de celebración del imperio español.

Velas de sebo, grasa y gas hidrogenado

Para el período republicano, el Ayuntamiento como principal representante del gobierno local, se preocupó por promover a través de decretos y ordenanzas el establecimiento del alumbrado público. Esto con el fin de contribuir con el alumbrado de las calles y la defensa de la provincia. Una serie de argucias como la utilización de velas de sebo, grasa animal y vegetal, se convirtieron en la forma de iluminación pública que representó para el momento una estrategia de defensa frente a los innumerables alzamientos que ocurrían constantemente en la Provincia de Caracas.

Tales formas de iluminación perduraron hasta comienzos de 1850, ya que se empezaron a adoptar nuevos sistemas de iluminación establecidos en algunos países del mundo, como los Estados Unidos. Es entonces cuando la municipalidad como principal regulador de los servicios básicos de la ciudad decidió, por medio de sus concejales, instalar un alumbrado público estable que acabara definitivamente con el tradicional alumbrado de vela de sebo y grasa animal en las calles de Caracas. Fue así como a través de diferentes llamados a concursos para el establecimiento del alumbrado público apareció la propuesta de un sistema de iluminación por gas “hidrogenado”, el cual simbolizaba un modelo innovador en Caracas.

Este nuevo sistema de iluminación tuvo en sus comienzos grandes dificultades. Una parte de los utensilios empleados eran fabricados en el exterior y representaban presupuestariamente un incremento en los costos en comparación con las técnicas de alumbrado antiguamente utilizadas. Esto ocasiona que gran parte de las personas encargadas de establecer el alumbrado público de gas incumplieran con los contratos, lo que traería como consecuencia que el innovador sistema de alumbrado de gas quedara provisionalmente rezagado tan solo como un proyecto.

Los quinqués y las lámparas de kerosene

Es para comienzos de 1856 cuando se empieza a introducir un nuevo sistema de iluminación a través de la utilización de los quinqués y las lámparas de kerosene, enseres que al igual que el gas también se importaban desde Norteamérica. Es así como los quinqués y las lámparas pronto empezaron a alumbrar las principales esquinas y cuadras de Caracas.

Con el transcurrir del tiempo, y finalmente para mediados de 1859, el gas como proyecto se restituye a través de discusiones que



se entablaron en el Ayuntamiento de Caracas. Se presentaron diversas razones para que nuevamente el sistema de iluminación a gas fuera considerado como un modelo confiable que ofrecería mayor luminosidad, a diferencia del kerosene, sistema que garantizaría a los habitantes de Caracas el resguardo de su salud. Esta clase de alumbrado vio su instalación definitiva en 1864 y propició la innovación y crecimiento dentro de determinados aspectos sociales de la población caraqueña.

Se instalaron, al fin, los primeros faroles a través del sistema de gas que simultáneamente con las lámparas de kerosene iluminaban las calles caraqueñas, no obstante nuevamente este sistema sufriría una recaída por los innumerables incumplimientos de las partes involucradas.

Gas, pilas de arco y fuerza motriz hidráulica

Para comienzos de 1880, consciente de las grandes necesidades de alumbrado público, el Gobierno Nacional, representado por el Ilustre Americano, general Antonio Guzmán Blanco, empezó a implantar una serie de medidas para el establecimiento de este sistema. Es por tal razón que a través del Ministerio de Obras Públicas se comenzaron a recibir los proyectos sobre el establecimiento del alumbrado en las calles. Muchas fueron las empresas que presentaron diferentes sistemas de iluminación pero no lograron llenar los requisitos ante el Gobierno Nacional, por lo cual este conjuntamente con empresarios de larga trayectoria en Venezuela lograron establecer una empresa con capital sólido capaz de implantar, en gran parte de la ciudad de Caracas, el alumbrado público de gas.

La Compañía de Gas lograría rápidamente instaurarse sin ningún tipo de dificultades en las parroquias de Caracas, rebasando en número el sistema de iluminación por kerosene. Sin embargo, para finales del siglo XIX surgirían nuevos avances dentro del tema de iluminación, por lo cual el sistema de iluminación por gas fue decayendo progresivamente en sus servicios. Esta circunstancia condujo al Gobierno del Distrito Federal a establecer un nuevo contrato de iluminación eléctrica a través de pilas de Arco para la ciudad de Caracas. Asimismo, y paralelamente con la introducción de este contrato, se innovaban formas de iluminación a través de la fuerza motriz hidráulica, que unidas con las carencias y deficiencias que padecía la Compañía de Gas, terminaron por sustituir progresivamente el alumbrado público de gas por la luz eléctrica.

Ailid García Francia

Los pósitos en Caracas

Los primeros momentos

Los pósitos se conocen como aquellos espacios en los cuales se almacenan cereales recolectados durante la temporada de cosecha, con varios fines: en dependencia de las necesidades propias de las poblaciones, bien sea para disponer de ellos en tiempos de escasez o para ser otorgados en condición de préstamos.

En los reinos de España, a mediados del siglo XVI, los pósitos estaban institucionalizados por la municipalidad, es decir, los establecían y administraban los Cabildos Municipales. Al momento en que el reino de Castilla invade y coloniza lo que luego será llamada la Provincia de Caracas, los establece en el territorio. Esta acción debió ser imprescindible para garantizar la alimentación de los nuevos pobladores.

Como consta en las Actas del Cabildo de Caracas, se entiende que no tenían una infraestructura destinada exclusivamente para este fin, sino que los establecían en casas de funcionarios del Cabildo. La ubicación del pósito en Caracas para finales del siglo XVI y principios del siglo XVII era circunstancial, podía cambiar de un



lugar a otro, dependiendo de las posibilidades que tuviese la justicia y regimiento.¹

Así como en Europa, los pósitos en Caracas fueron utilizados para realizar préstamos a los labradores y encomenderos. En ambos casos, los granos eran repartidos de manos del mayordomo designado por el Cabildo. La institución exigía un nivel de producción para que con ello se pudiese atender la demanda en la ciudad y, a su vez, le fuese restaurado el préstamo otorgado.

En estos primeros momentos de la ciudad se vivía en una economía de subsistencia. Eran diversos los factores que amenazaban la producción y comercialización de los principales cereales que servían de consumo para la población, como lo eran el del trigo y el maíz: conflictos con los indígenas, el ataque de plagas, enfermedades que afectan a indígenas encomendados, otros rubros eran más competitivos que los mismos cultivos, por ejemplo, la venta y extracción de cueros.

Escasez de trigo y maíz

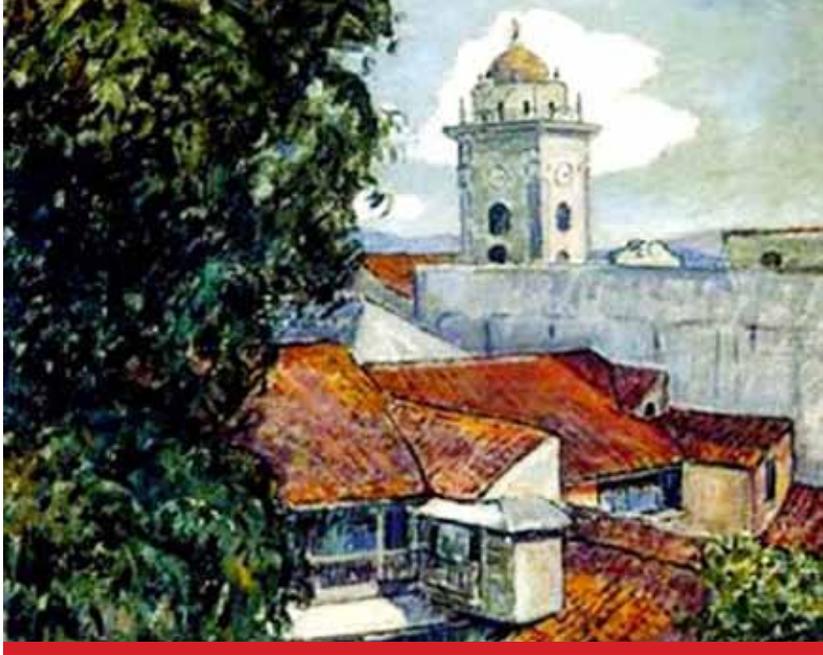
En diversas ocasiones las labranzas no fueron tan productivas como se esperaba y las deudas obtenidas por algunos labradores no pudieron ser saldadas, en consecuencia el Cabildo ejecutaba los arrestos por dichas deudas. Sin embargo, esta forma de atender el problema solo desalentaba el trabajo de la tierra, causando la escasez de agricultores en la ciudad. Es por ello que el Cabildo se ve en la obligación de prohibir los arrestos por deudas a labradores de maíz y trigo el 16 de octubre de 1626.² En la misma se hace referencia a que previo a esa fecha había en Caracas 39 labradores y para el momento había menos de 12 o 10, y se argumentó que el Cabildo no había guardado los privilegios que por leyes reales habían sido concedidos para ayudar en dicha labor productiva.

De esto último no podemos ofrecer una respuesta definitiva sobre la veracidad del incumplimiento de ciertos privilegios por parte del Ayuntamiento, lo que sí parece pertinente es considerar el hecho de que se tuviese que haber prohibido los arrestos por deudas a través de una real cédula, en un momento en el cual la producción y extracción de cereales ya manifestaba una caída importante.

Pan para los pobres y negras panaderas

Otro propósito que cumplió el pósito fue el de proporcionar los cereales para la elaboración de pan destinado a los más pobres.³ Podemos mencionar el siguiente ejemplo:

“Decretóse por este Cabildo, a petición del dicho procurador general, que se reparta entre negras, panaderas, todos los días, una fanega de maíz del pósito, para que se haga pan; que se saque a la plaza de esta dicha ciudad, a la esquina de las casas capitulares, para que, el que saliere de cada almud, se venda a los pobres, dando tres libras por un real. Y que todo se haga con asistencia del diputado del mes y

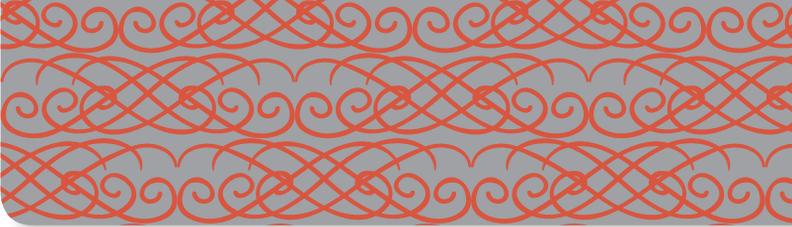


del fiel ejecutor. Y que este decreto se haga saber al mayordomo del pósito, el cual entregue, con cuenta y razón, el dicho maíz a las dichas negras panaderas”.⁴

Así, el establecimiento del pósito pasó a cumplir actividades destinadas al socorro de los más necesitados de la ciudad, colocando el producto a precios más bajos a como se acostumbraba a vender al resto de la población.

Podemos inferir que estos pósitos del siglo XVI y XVII son de las primeras referencias relacionadas a préstamos destinados para la producción agrícola en la historia de Caracas. Por lo tanto, debió tener un papel importante para garantizar la subsistencia en la creación y desarrollo de la ciudad.

¹ Actas del Cabildo de Caracas, T. I, pp. 160 – 161; Actas del Cabildo de Caracas, T. VI. Años 1625 – 1629, pp. 272 – 273; T. VIII. Años 1650- 1654, pp. 237 – 239. ² Actas del Cabildo de Caracas. T. VI. Años 1625- 1629, pp. 141 – 149. ³ Actas del Cabildo de Caracas. T. XI. Años 1660 – 1663, pp. 147 - 150. ⁴ Transcripción efectuada con las normas del castellano actual. Sesión del Cabildo del 20 de junio de 1661. En: Actas del Cabildo de Caracas. T. XI. Años 1660 - 1663, p. 82



Publicado el 22/04/2022

Antonio González Antías

Comestibles en Caracas: qué se comía y qué se vendía

El necesario consumo de alimentos

Desde tiempo inmemorial la alimentación del hombre es consustancial con su propia sobrevivencia. Esto, que pareciera muy obvio, no lo es tanto cuando se aprecia cómo a lo largo de la historia la desigualdad social también se ha manifestado, con mucho énfasis, en la consecución y consumo de los alimentos, de lo cual se deduce que no todos tenemos las mismas oportunidades, y lo más demostrativo de ello, ayer y hoy, es el padecimiento de hambrunas por conglomerados humanos.

Este padecimiento producido por las guerras, casi siempre, es también generado por la aplicación de medidas económicas groseras, inhumanas, dispuestas por grandes grupos de poder que han hecho sufrir a buena parte de la población mundial.

Precios, pesas y medidas: todo bajo control

¿Comía el caraqueño de hace trescientos o cuatrocientos años lo mismo que hoy? Ciertamente no, aunque algunos productos como el pan de trigo, la arepa, plátanos, casabe, caraotas, frijoles, hortalizas

diversas y carne de res, entre otros, de amplio consumo en ese ayer, aún permanecen en la mesa. Con probabilidad, se puede afirmar que la preparación y tipos de platos fueron cambiando con el tiempo y, por ejemplo, ya la dulcería criolla casi que no se ve, y los gofios, templones, majarettes, besitos de coco, melcochas y otros deleites hay que buscarlos con lupa. Los cambios en los hábitos de consumo se asocian a la adopción cultural, culinaria en todo caso, que opera como producto de lo aportado por el indígena, por el español y por el africano en nuestro decurso histórico; y posteriormente por los patrones gastronómicos estadounidenses, donde reina la comida chatarra.

Igualmente opera, como ha de suponerse, una ingesta alimentaria regida por lo representativo del nivel social: el mantuano tomaba su chocolate en cocos engastados en plata, en tanto el menesteroso lo hacía en una totuma, ¿era el mismo chocolate, con el mismo sabor?

De una lista de cincuenta y un productos que localizamos en las Actas de Cabildo^[1], dispuestos en el arancel aprobado por el Concejo Municipal el 12 de enero de 1660, mencionaremos algunos que refieren el consumo alimenticio de aquella época, y aún después: en cuanto a vinos, se anotaban los de España (un cuartillo por dos reales y medio)^[2], de Canarias (un cuartillo por dos reales), aguardiente (un cuartillo, seis reales), miel de abejas (un cuartillo, cuatro reales), pan de trigo (una libra por un real), casabe (tres libras por un real), pan de maíz (cuatro libras un real), tocino fresco (libra y media por un real), morcillas (libra y media por un real) costillas y espinazo de cochino (dos libras por un real), plátanos (treinta por un real). Se anotaban además: azúcar blanca, azúcar prieta, frijoles, arroz, maíz, queso seco, queso fresco, leche, cacao, bizcochuelos, membrillos, ajos, repollos, carbón, velas de sebo, madera, tabaco y hortalizas. Muchos de estos productos eran expendidos en los puestos existentes a lo interno de la Plaza Mayor (hoy Plaza Bolívar) como también se podían



conseguir en las pulperías, o por vía de la venta que hacían los regatones (buhoneros) que en muchas ocasiones fueron perseguidos por las autoridades, al vender sus productos de manera irregular, ya que no contaban con licencia para ello ... “ninguna persona negra, mulata, mestiza o de otro cualquier estado, calidad o condición que sea, venda cosa alguna si no fuere en la plaza pública de esta ciudad”...

La carne, uno de los principales rubros de la dieta, provenía en buena cantidad de hatos cercanos a Caracas, así como de los llanos, un tanto más lejanos. La autoridad municipal remataba este oficio, y en general se daban licencias a los ganaderos para beneficiar carne los días martes y sábados, ganado que entraba a Caracas en horas adecuadas a objeto de no fastidiar el tránsito de los caraqueños, y luego trasladado a las carnicerías localizadas en la quebrada de Carroata para el beneficio de reses, y con posterioridad llevados a los bancos de carne de la Plaza Mayor. Este expendio –según las Actas de Cabildo– comprendía también el suministro del producto al puerto de La Guaira.

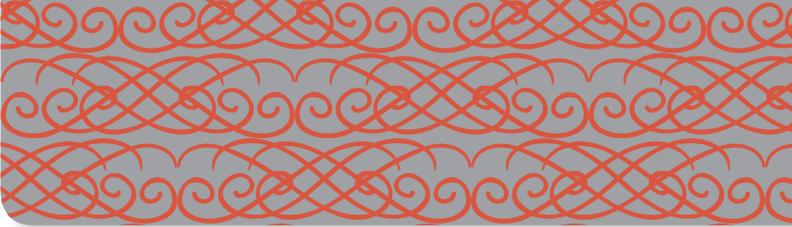
Se hacía el despostaje en Carroata, pues las aguas de la quebrada se llevaban los restos no consumibles del ganado, así como la sangre

generada por la matanza. De resto, quedaba el cuero, producto de subida importancia para el sostenimiento de la economía y el sebo para ser utilizado como combustible o como remedio casero. Como se aprecia, se daba todo un engranaje comercial que sin duda favoreció a muchos. Al igual que hoy, las carnes se vendían por categorías según su calidad, y se expendía desde el lomito hasta las entrañas y los huesos, sin dejar de mencionar la carne seca o tasajo.

Un hábito de consumo de larga data

Aun y con todo el torrente contracultural que se ha pretendido aplicar siempre a la realidad venezolana, lo cierto es que hemos sabido resistir en muchos aspectos; y permanecen con arraigo en nuestro yantar diario platos como el mondongo, la arepa, el pabellón criollo, el hervido de gallina o de res, las caraotas con arroz, la chicharronada, los plátanos horneados con queso, y otras tantas expresiones culinarias propias del venezolano. Es una forma de mantener lo que somos y sin ánimos de expresar un chovinismo a ultranza, bien hemos sabido enfrentar el perro caliente y a la hamburguesa, la Coca-Cola y toda la gama de papitas fritas, helados y dulces foráneos expuestos con persistencia comercial por las grandes cadenas de comida rápida. También en la culinaria se expresa la resistencia contra lo exótico dañino y se concreta en positivo el sentido de identidad nacional.

[1] Archivo Histórico Municipal de Caracas, Actas del Cabildo, 1660-1663, folios 332 y siguientes. [2] Existía como moneda corriente el peso de plata, que valía ocho reales. https://http2.mlstatic.com/D_NQ_NP_783843-MLV27937253572_082018-O.jpg <https://s3.amazonaws.com/s3.timetoast.com/public/uploads/photo/9494260/image/f782ac07d56f24fd7c56f0895a580d97> https://portafolio.co/files/article_content/uploads/2019/04/25/5cc1b1cdda8c5.jpeg https://0.academia-photos.com/attachment_thumbnails/58919268/mini_magick20190416-11303-1r1pgux.png?1555430261



Publicado el 29/04/2022

Antonio González Antías

Caracas: una vista panorámica en 2022

Lo que un día fue...

Caracas se enrumba a sus cinco siglos de vida histórica, llena de sucesos y con un dinamismo permanente, demostrado a lo largo del tiempo. Presenciamos actualmente una urbe moderna, que ha trascendido sus límites jurisdiccionales de inicio, y hoy constituye un Área Metropolitana (creada en 1950) que incluye a La Guaira, Los Teques, Guatire y Guarenas, entre otros espacios. Dejó de ser la Caracas semirrural, que aun en las décadas de 1930 y 1940 conservaba grandes espacios verdes, ríos y quebradas que fundamentaban el trabajo agrícola, que se llevaba adelante en las haciendas de la periferia, cuyos nombres permanecen en la toponimia caraqueña: Las Mercedes, La Carlota, La Yerbera, El Rosal, La Floresta y otras tantas. También dejó de ser la ciudad de los techos rojos, a la cual la pluma de muchos poetas dedicaron páginas de afecto al terruño; así como ha quedado solo en fotografías para la remembranza el frontón de Jai-Alai, el Hotel Majestic (en la antigua plaza de San Pablo) y los clubes nocturnos como el Roof Garden (localizado en la terraza del Hotel Madrid, esquina de La Torre, y donde Billo Frómata debutó con su orquesta en 1937) y el

Pasapoga (fundado en 1955 a la altura de la avenida Urdaneta) que la gente de manera humorística llamó el Pasa y Paga.

El cemento y la cabilla hacen presencia

Después de lo llevado adelante por Antonio Guzmán Blanco en sus sucesivos gobiernos (1870-1888) en materia de construcciones públicas, muy poco se había hecho en Caracas. La larga dictadura gomecista (1908-1935) solo se había ocupado de abrir carreteras a fuerza de sudor de presos, políticos y comunes, para poder ejercer con mayor efectividad su dominio. A partir de 1936, en la denominada “apertura democrática”, siendo presidente Eleazar López Contreras (1935-1940) y aún después con las administraciones de Isaías Medina Angarita (1941-1945) y de Rómulo Gallegos (apenas gobernó de febrero a noviembre de 1948) las obras públicas que se realizaron trataron de atender las demandas de viviendas, la salud y la educación, sin dejar de lado algunas obras de vialidad. Es así como se erige la urbanización El Silencio (1942), la Ciudad Universitaria que inicia Medina Angarita y concluye Marcos Pérez Jiménez y la avenida Bolívar, a la cual se da inicio en 1946.

Claro es que en toda esta acción, en nombre del progreso, no se tomara muy en cuenta la reserva de edificaciones históricas-arquitectónicas que aún quedaban en pie. Por lo contrario, la arremetida fue mayor con la política de concreto armado adelantada por el gobierno de Marcos Pérez Jiménez (1952-1958), que si bien atendía a la solución de los problemas particularmente en el área de la educación, la salud y la vialidad, derrumbaron, sin compasión y sin el menor respeto por el patrimonio, algunas casas, edificios y puentes representativos de la caraqueñidad (el Hotel Majestic y el puente de Los Suspiros, por ejemplo).

En cualquier caso, son representativas de esa época las avenidas



Fuerzas Armadas y la Urdaneta, el Centro Simón Bolívar con sus dos torres gemelas, la autopista Caracas-La Guaira, el Hipódromo La Rinconada, las escuelas bolivarianas: Bolivia y Ecuador, el teleférico Caracas-Macuto y un conjunto de viviendas multifamiliares como las urbanizaciones del 23 de Enero, Simón Rodríguez, Diego de Losada, Hijos de Dios y otras más.

Caracas hoy

Por supuesto que la población de Caracas ha crecido bastante en los últimos tiempos, crecimiento que tuvo sus inicios con el *boom* petrolero que produjo una tremenda migración campo-ciudad. En la actualidad, el Área Metropolitana de Caracas contiene aproximadamente 3,5 millones de habitantes, de los cuales casi 70% corresponde al Municipio Bolivariano Libertador.

Esta realidad demográfica genera, sin duda, la necesidad de dar respuesta a la demanda de la problemática social en sus distintas vertientes. Las autoridades municipales y nacionales se han responsabilizado en buscar alivio a un conjunto de situaciones presentes en el campo de la salud, vivienda, educación y seguridad principalmente, aun en tiempos de crisis económica, pandemia e imposición de medidas coercitivas por los imperios, tanto del Norte como de Europa.

Caracas cumple años en medio de grandes expectativas. Desde hace tiempo se ha ensanchado hacia el Este, el Oeste y Sur, conservando el Waraira Repano su actitud vigilante de este valle. Muchas de sus calles y avenidas han sido recuperadas, así como plazas, parques e iglesias, bajo la premisa de Caracas Bonita. Además, la construcción masiva de viviendas trata de atenuar esta carencia, al seno de los más necesitados. Siempre ha sido escenario de eventos que se han convertido en hechos históricos que han trascendido lo local, para impactar lo nacional y aun lo regional latinoamericano: desde los años 1810 y 1811, hasta llegar a las jornadas de pueblo protagonista del levantamiento popular de 1989, Caracas ha empujado el hecho revolucionario como punta de lanza para la consecución del verdadero hecho democrático efectivo, que hoy se construye con mucha tenacidad, participación y protagonismo. ¡Felicitaciones, Caracas!

Ninoska Arcila

El café en Caracas

La introducción del café en Caracas

Desde el siglo XVIII en nuestro país, el fruto del cafeto hace presencia en Venezuela. Los misioneros iniciaron este cultivo hacia 1730-1732, en Guayana, y en el caso de Caracas hacia 1783-1784 se vieron inundadas las laderas de Chacao con la siembra de este arbusto, siendo célebre su siembra en las estancias de Blandín (hoy Country Club) y en La Floresta. A partir de entonces, esta bebida tuvo éxito en el gusto de la población, y sin lugar a duda llegó para quedarse.

El café se expande en la economía

El café, desde su aparición, resultó ser un rubro agrícola económicamente apetecible para la metrópoli española, debido a su fácil plantación: se puede sembrar en laderas u otros terrenos, la simplicidad en el riego, bajos costos para su cosecha, razones por las cuales llegó a alcanzar en ganancias –en lo que respecta a la producción con fines de exportación– al algodón, cacao, añil, tabaco y cuero, entre otros productos. Es por esto que se adoptan rigurosas medidas para monopolizar el cultivo, la producción y comercialización, por tanto



había que atacar el comercio foráneo –se gastaba en importación de rubros que se podían cultivar en las llamadas posesiones americanas de la Corona y así ahorrar costos– y el comercio clandestino, el que se daba por personas independientes y que tampoco era bien visto. En 1789 se autorizaba la exportación de café sin pagar derechos, se permitió la importación de molinos de café, entre otras resoluciones que permitían flexibilizar las restricciones para fomentar su cultivo en la región.

Dado el auge en la producción, los hacendados –que compran fincas con plantaciones de café, así lo hizo Don Juan Miguel de Echezuría en 1799 con la llamada Anauco Arriba– y comerciantes se interesan en las ganancias que pueden percibir, es así como crece el interés por el grano oscuro. La centralización en el manejo del café la llevaría a cabo la Compañía Guipuzcoana (1728-1785), empresa comercial constituida por la Corona para manejar la mercantilización

de los productos a la cual se le otorgan los derechos de exportación del grano, por tal motivo hacendados y comerciantes ven amenazadas sus ganancias.

La compañía se encargó de la exportación del rubro en cuestión, ya que se había convertido en generador de altos ingresos y había que mantenerlo protegido. Las autoridades españolas propiciaron el cultivo del café en la región, flexibilizando las condiciones para que la producción se acrecentara y a su vez encargarse de administrarla para su beneficio absoluto.

Es importante señalar que las cifras en aumento, tanto en la producción como en la exportación, que tuvo el café en las postrimerías del siglo XVIII, coinciden con el declive y desarticulación de la Compañía Guipuzcoana.

Con sus altos y bajos

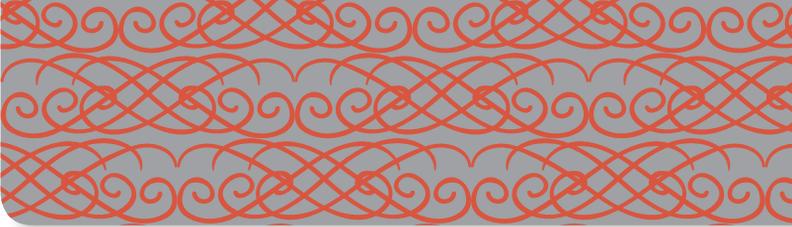
Desde su establecimiento como producto de exportación, el café se ha mantenido presente en la economía nacional con todo y los conflictos bélicos nacionales como internacionales, llegando a estar en primer lugar como producto comercial con respecto al cacao, estando en ocasiones a la par o por encima de éste, sin querer decir con esto que fue desplazado. Con el establecimiento de las Casas Comerciales extranjeras –sin olvidar las criollas– de la segunda mitad del siglo XIX, encargadas de la comercialización de los principales productos agrícolas exportables del país, el café tuvo su papel preponderante.

La inserción de los estados andinos aproximadamente en la segunda mitad del siglo XIX fue de gran impacto económico, ya que aumentó el promedio de exportación debido a las condiciones aptas en cuanto a tierras para su cultivo, así como también un clima propicio y numerosa mano de obra.

Café por siempre

Sea cual sea su lugar como producto de exportación, el café seguirá siendo un producto por excelencia en el gusto de la población, ya sea por su característico aroma o por su exquisito sabor, su presencia en cualquier ocasión no pasa por alto en el deguste caraqueño. Para el venezolano en general, la mañana comienza con una buena taza de café, y luego ameniza sus conversaciones ocasionales, o de descanso en la oficina con un vasito de esta exquisita bebida.





Publicado el 07/01/2022

Mario Sanoja, Irida Vargas

Crisis social en tiempos de cuarentena

Las caraqueñas y caraqueños estamos viviendo un momento sobrevenido que ha alterado profundamente nuestras rutinas de existencia. Saber con certeza cuando terminará la pandemia del covid-19 es, por ahora, un imposible. Es probable que al igual que las virosis ocurridas antes de ahora, esta termine conviviendo con nosotros una vez que pierda su carácter letal, cosa que parece estar ocurriendo con la nueva variante denominada Omicron. Pero es muy posible que las rutinas de la vida cotidiana cambien hacia nuevas formas de compartir con los otros y otras. La pandemia está afectando particularmente la existencia de las y los trabajadores y en general de los grupos sociales menos favorecidos que constituyen la fuerza que mueve al capitalismo.

Efectos del capitalismo

El capitalismo neoliberal ha exacerbado la capacidad de unos pocos (el 1 % de la humanidad) para enriquecerse hasta el hartazgo, condenando a la inmensa mayoría de la población a una vida signada por la explotación desenfrenada. No obstante, esta pandemia ha puesto de relieve que además de la profunda crisis que afecta a la economía



capitalista –hecho que ya había comenzado antes de la aparición de la enfermedad– el sistema ha demostrado reiteradamente que es totalmente incapaz de enfrentar fenómenos que afecten a toda la humanidad como sucede con el covid-19. La respuesta que han dado países como Rusia, China, Cuba y Venezuela nos señala que el socialismo donde prima la solidaridad como su valor central, podría dar paso a una suerte de nueva internacional socialista, única vía posible para salvar no solo a la humanidad sino también el ambiente de una debacle anunciada. Los avances que está haciendo en esa dirección la Revolución Bolivariana, inspirada en el ejemplo del Comandante Hugo Chávez, han permitido al presidente Maduro dar la batalla a la pandemia con éxito, profundizando al mismo tiempo en nuestro pueblo la disciplina y la conciencia social para el logro de metas colectivas.

El Plan de la Patria

La estrategia bolivariana para combatir la pandemia se fundamenta en la data contenida en el Plan de la Patria. Este plan ha permitido censar las características generales de la población venezolana: educativas, laborales, de salud, etcétera, tanto a nivel regional como personal. Es por ello que Venezuela cuenta con una data muy extensa que permite a las misiones médicas que luchan contra el coronavirus conocer la distribución territorial de aquellos sectores sociales más vulnerables a la pandemia y elaborar con mayor precisión los planes para combatirla.

El impacto sociocultural de la pandemia

Como hemos escrito en notas anteriores, esta pandemia tiene un fuerte impacto sobre la vida cotidiana y sobre la estabilidad emocional de las poblaciones humanas. Para comenzar, la incertidumbre sobre si la persona estará o no a salvo del contagio, le genera una fuerte dosis de angustia. Contagiarse implica contraer una enfermedad respiratoria que no puede ser controlada, por ahora, con calmantes o pastillas antigripales fácilmente accesibles en las farmacias. Las vacunas que podrían proteger a las personas del contagio, así como los fármacos que se podrían utilizar para curar la enfermedad son todavía administrados por las autoridades sanitarias.

Todo lo anterior implica una situación de salud donde la persona tiene que hacer frente a una serie de problemas para los cuales carece de los medios para controlar su vida cotidiana inmediata, confrontada a su vez con la posibilidad de sufrir, si contrae el covid-19, complicaciones de salud que pueden acarrearle la muerte. Una gran cantidad de personas ya sufre de tensión arterial alta, de sobrepeso, de algún grado de diabetes, de padecimientos digestivos crónicos, y otros factores que podrían conformar un cuadro negativo en caso de contagio.



La cuarentena

Enfrentados a la situación anterior, la única alternativa controlable por la persona es el aislamiento, evitar al máximo el contacto con otras personas fuera del ámbito familiar. Ello equivale, prácticamente, a adoptar la soledad como una manera de vivir. Esta alternativa se torna peor en el caso de los adultos mayores que viven solos, quienes necesitan apoyo para cumplir con tareas tan rutinarias como básicas para sobrevivir, como es ir al supermercado a comprar alimentos, a la farmacia para comprar medicinas, o a la consulta médica, etc.

Los servicios de “delivery”

La dinámica de la sociedad capitalista caraqueña ha creado un servicio denominado *delivery* el cual permite a los adultos mayores, particularmente los de cierta clase media, ordenar telefónicamente sus compras que son entregadas a domicilio. En ciertos urbanismos, jóvenes estudiantes sin clases a causa de la pandemia se dedican a esta nueva actividad a cambio de un estipendio.

La soledad

Una de las consecuencias más graves de la cuarentena obligada por la pandemia es la soledad. Es posible comunicarnos vía *Zoom* con otras personas amigas, si se tiene computadora y acceso a internet, pero la imagen vista en la pantalla del computador es fría, carece de presencia cálida. Es posible también concentrarnos en la pantalla de tv, contratar Netflix o cableras para ver películas y matar el tiempo.

Otra manera muy intelectual de pasar la soledad de los días, es dedicar tiempo a reflexionar, a escribir nuestras cavilaciones, a leer... Pero no todos somos intelectuales de profesión. Es por ello que una gran mayoría de los caraqueños y caraqueñas se refugia en las “rumbas” donde el baile y el licor acompañados del calor de otras personas, facilitan el paso del tiempo, hacen revivir el carácter social de la vida de relación, no obstante que aquellas pueden propiciar la extensión de los contagios.

Esta soledad tiene un efecto mayor en los niños y adolescentes cuya vida de juegos se ha visto interrumpida bruscamente por una virosis cuyos alcances no logran discernir a cabalidad. Los adolescentes de clase media encuentran refugio en los celulares y en las computadoras para mantener el contacto con los amigos y amigas utilizando, particularmente, las horas de la madrugada cuando los adultos dormimos. Ello trae como consecuencia una nueva rutina de vida familiar, una alteración del patrón de sueño que les hace dormir de día y estar activos de madrugada. En países como México, el Estado ha creado servicios telefónicos de atención psicológica a los adolescentes para orientar su estrés producto de la soledad.

La crisis económica y laboral

A nivel mundial, la pandemia ha profundizado la crisis económica, particularmente en el sector de servicios, lo cual ha llegado a afectar un 40% de la población que labora. Esta aceleración de la crisis afecta

particularmente la estabilidad de la fuerza laboral. Ello se hace patente sobre todo en aquellos países que tienen un bajo desarrollo de las fuerzas productivas y en los cuales predomina la ideología burguesa neoliberal. En países como la vecina Colombia, o Brasil, donde dicho sistema político ha sido, hasta ahora, incapaz de dar una respuesta efectiva al problema social creado por la pandemia, se generan movimientos sociales centrífugos como es el caso de los hijos e hijas de familias colombianas nacidos en Venezuela que emigraron a Colombia y son perseguidos y asesinados por tal razón. Muchas de esas familias han regresado buscando auxilio, huyendo del horror neoliberal y xenófobo impulsado por una oligarquía gobernante que no les perdona el haber nacido en este país bolivariano.

¿Existe una solución?

La creación de una vacuna contra el covid-19, hecha en Rusia y las hechas en China y en Cuba, augura una salida solidaria en el corto y mediano plazos. Es posible que ambas estén disponibles a bajo costo para la mayoría de la gente de nuestros países. El presidente de México ha comunicado la decisión de su gobierno de, por una parte, financiar la compra de la vacuna rusa la cual sería aplicada gratis a toda la población mexicana. Asimismo, ha informado sobre la creación en laboratorios mexicanos de un sistema de envasado de la vacuna rusa. El presidente de Argentina ha anunciado el inicio de la fabricación en su país de la vacuna rusa y –de la misma manera– nuestro presidente Maduro ha anunciado el inicio de la fabricación en Venezuela de la vacuna cubana Abdala. El Gobierno de la República Popular China ha anunciado la concesión de un crédito mil millonario a los países de América Latina para financiar la compra de la vacuna. Pero el capitalismo y las poderosas transnacionales farmacéuticas no están dispuestas a perder un negocio tan lucrativo como es el de la venta a nivel mundial de la vacuna contra el covid-19. Como anunciara el



entonces presidente Trump, su gobierno estaba dispuesto a asumir el control global de la producción y la venta de la vacuna, para lo cual EEUU comenzó una campaña a nivel mundial de desprestigio contra la vacuna rusa, la china y la cubana como si se tratara solamente de luchar por apoderarse de un mercado económico y no por el futuro de la humanidad. De igual manera, tanto los gobiernos de Estados Unidos como de Canadá han acaparado inmensas cantidades de vacunas que superan las necesarias para inocular la totalidad de sus poblaciones, posiblemente para emplearlas como un arma política que sirva para chantajear a otros pueblos con menos recursos y someterlos a sus designios imperiales.

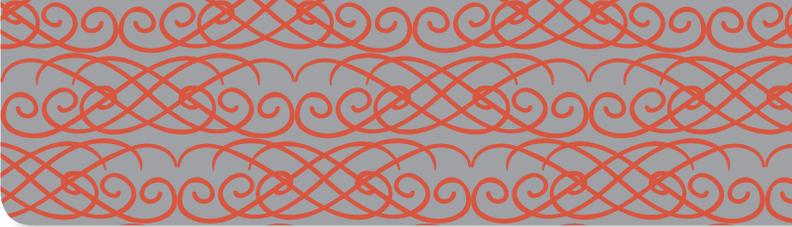
Solidaridad entre los pueblos

En estos momentos críticos debe predominar, por el contrario, una cadena de solidaridad entre los pueblos que solo puede apoyarse en los valores de una ética socialista y humanista. Países como China, Rusia, Cuba, México, Argentina, Nicaragua y Venezuela, han iniciado esta cadena de solidaridad en la lucha contra la pandemia que ahora quiere



ser utilizada por el imperio y sus transnacionales farmacéuticas como un arma política contra la soberanía de los pueblos del mundo.

Las y los venezolanos, y las y los caraqueños en particular, debemos aceptar la cuarentena y las medidas preventivas de bioseguridad como nuestras únicas armas colectivas contra la pandemia, con el auxilio de los fármacos y las vacunas fabricadas por los países amigos, Rusia, China y Cuba. Debemos reconocer los esfuerzos que ha hecho el Gobierno Revolucionario bajo el mando del presidente Maduro, para contener y dominar los embates de la pandemia. Debemos igualmente reconocer que gracias a los profundos cambios culturales operados en la sociedad venezolana expresados en las misiones sociales iniciadas por el Comandante Hugo Chávez, han sido posibles las transformaciones que han hecho de la mayoría de las y los venezolanos un pueblo más disciplinado y consciente de sus deberes sociales. Sin ello, la batalla librada hasta ahora contra la pandemia habría sido imposible. Las tragedias que viven los pueblos de Brasil y Colombia con altísimos índices de contagios y decesos son ejemplos cercanos de lo que nos habría sobrevenido de no haber sido Venezuela un país bolivariano y revolucionario, lo cual logramos gracias a la obra del Comandante Chávez.



Publicado el 17/07/2022

Antonio González Antías

A María Andrea, esclavizada, la castigaron con sevicia

Los esclavizados en Venezuela, ¿vida o tragedia?

En lo concreto, la vida del africano arrancado de su tierra y traído a Venezuela en condiciones infrahumanas, no difiere mucho en sus características generales de la del que fue llevado a Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico, México, Granada y demás lugares de América. En nuestro caso, esas condiciones paupérrimas, de dolor y de tristeza han sido recogidas en páginas escritas por Miguel Acosta Saignes, Federico Brito Figueroa, Marco Andrade Jaramillo, José Marcial Ramos Guédez, Jesús Chucho García y demás especialistas en el tema, en las cuales resaltan los cuadros de una vida cotidiana donde el escarnio y el trabajo por demás compulsivo fue la nota preponderante. La historia es larga, de casi cuatrocientos años hasta la abolición de la esclavitud en 1854. En rochelas y cumbes, con bailes de tambores, el esclavizado trató de mitigar ese existir. La fuga fue la opción de siempre para alcanzar la ansiada libertad, y el líder José Leonardo Chirino (1754-1796), desde la serranía de Coro, se convirtió en insignia de esa posibilidad. Cepos, palos, bofetadas y latigazos no pudieron, al final, contra esa búsqueda incesante de ser libre.



Una esclavizada pide justicia

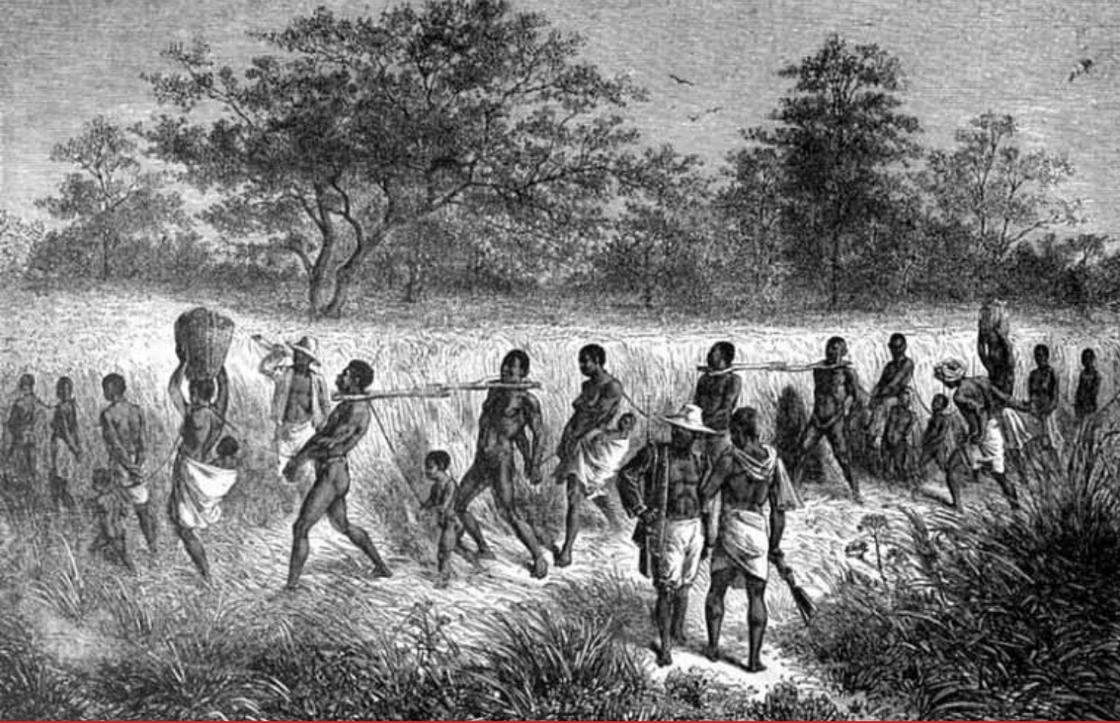
Parecerá extraño que dentro de un sistema de vida oprobioso y excluyente como el colonial, una mujer proveniente del sector esclavo de la población haya acudido, y le fue aceptada, la queja que puso ante el tribunal por los maltratos que sufría, pero que al final el tribunal fallara a favor del agresor. María Andrea, el 30 de agosto de 1788, denunció ante las autoridades los maltratos físicos que sufría a manos de su amo, el Regidor José Hilario Mora, de cuya evidencia dejó constancia el informe médico levantado, del cual extraemos que María Andrea había sufrido: ... “dos latigazos a la parte superior del pescuezo [...] de color purino morado, y tres sobre la espalda izquierda [...] y otros varios látigos antiguos en toda la surja de la espalda ya curados [...] varios látigos sobre las nalgas recientemente hechos”... Según el parecer del médico Juan Lacombe, cirujano mayor del Hospital de Caracas, tales heridas no eran mortales, por lo cual el tribunal decidió entregar a María Andrea a su amo, reconviniendo a éste que “en sus castigos con las criadas no usase de tiranía”... pero como cosa común

y corriente aceptada en ese medio social, en estas relaciones amo-esclavo, los palos y demás malos tratamientos no faltaban, de allí que ese dictamen previo del tribunal veía el castigo corporal como cosa habitual, y se podía admitir siempre y cuando no fuese exagerado.

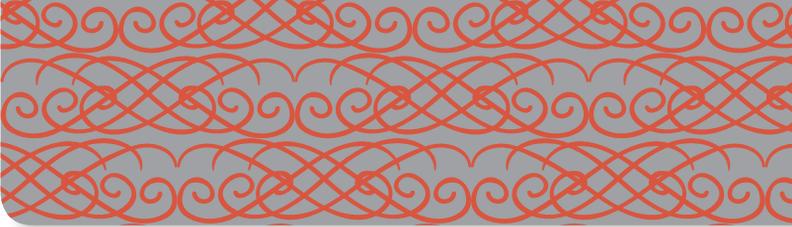
Pero la cosa no quedó ahí, sino que el Regidor José Hilario Mora arremetió nuevamente contra María Andrea, y llegó a conocimiento del tribunal que esta se encontraba mal de salud, por lo cual se procedió a un nuevo examen médico pero ... “no encontraron en ella cosa de peligro”... Sin embargo, las desgracias de María Andrea no acabaron ahí, pues por el mismo examen médico se llegó a saber que “estaba encadenada y arrastraba a sus pies un madero grueso”... Ante esto, se solicitó a María Andrea que usase de sus derechos por escrito, y para ello se le nombró como defensor al doctor Juan Rodríguez Camejo.

El Regidor José Hilario Mora, en una extensa réplica presentada ante el tribunal de la causa, justificaba su actitud de castigar a sus esclavos, porque –según él– tenía derecho de contenerlos y reprimirlos. A ese efecto señaló que María Andrea acostumbraba huirse, pues en más de una vez lo había hecho, por lo cual era necesario mantenerla asegurada, que no era otra cosa que tenerla prisionera. En el colmo del descaro agregaba José Hilario Mora, para justificar su sevicia, que el castigo infligido a María Andrea era por demás moderado ... “que no pasó de veinticinco azotes”...

Señaló también José Hilario Mora, en su alegato, que los esclavos carecían “de acción y de persona para parecer en juicio y representar contra su señor” por lo cual no se debía aceptar esta posibilidad de presentarse ante un juez a María Andrea, pues ello solo serviría para que otros esclavos siguieran su ejemplo, y tomaran ese camino, que les iba a permitir que ... “se pongan en pie de altanería para sacudir el yugo de servidumbre y la sujeción de sus amos”...



Nada de extrañar lo afirmado en esta suplica de José Hilario Mora, pues es bien sabido en que consistió el cuadro de vida de la gente esclavizada, y particularmente las mujeres, que en muchas ocasiones transcurrieron esa vida azarosa sin tan siquiera al lado de un compañero de vida, pues era costumbre incluso desde su desarraigo de la lejana África, que las familias fuesen desmembradas, ya por razones de trabajo, ya por fugas, ya por fallecimiento. Estos argumentos de José Hilario Mora fueron tomados en cuenta por el tribunal, con todo y que María Andrea había mal parido, y –según el tribunal– en la provocación de este incidente no tuvo nada que ver el continuo castigo que recibió esta mujer. Al final, el tribunal desestimó la queja de la esclava, y la justicia aquí de verdad que se presentó bastante ciega y con una balanza muy maltrecha.



Publicado el 27/07/2022

Antonio González Antías

Carlos Gardel en Caracas

Teatro Principal en la Plaza Bolívar de Caracas, donde se presentó El Rey del Tango. Caracas en el año 1935 Dos hechos históricos de indudable trascendencia ocurrirán en el año de 1935. Ya casi en la cuarta década del siglo XX, Caracas era una ciudad que aún conservaba resabios de la ciudad decimonónica en su arquitectura, y tenía un contorno que se patentizaba en grandes extensiones de tierras en despoblado, con quebradas y ríos de agua limpia y con mucha vegetación. Los límites de la urbe, en cuanto a construcciones, eran estrechos, y llegaban por el Este hasta Quebrada Honda. Por el Sur, la urbanización El Paraíso, donde las familias pudientes de la época construyeron sus quintas espaciosas, y de jardines frondosos. Los habitantes de Caracas alcanzaban los 400.000, de los 3.500.000 con que contaba Venezuela para entonces. El primer hecho histórico al cual debemos hacer mención fue el fallecimiento del general Juan Vicente Gómez (24-7-1857/17-12-1835), presidente de la República por su propia voluntad, quien sujetó al país a una férrea dictadura de 27 años. Huelga decir que fue un largo tiempo de persecución, destierros, cárceles y torturas sufridas por dirigentes políticos, estudiantes, obreros y gente del común que pagaron con este sufrimiento

su oposición a la tiranía gomecista. Bastante se ha escrito al respecto. A partir de esta muerte, la esperanza renació en los venezolanos por transitar por verdaderos caminos de paz y democracia, pero ya vimos cómo le escamotearon al país, en lo sucesivo, el alcance de estos logros.

“El zorzal criollo” en Caracas

Así llamaron a Carlos Gardel (1891-1935) como también lo apodaron “El morocho del abasto”, en una clara demostración de afecto hacia quien se había ganado de manera contundente el aprecio del público. Gardel llegó a La Guaira el 25 de abril de 1935, en continuación de una gira que lo llevaría a varios países latinoamericanos, donde entonaría sus canciones reconocidas y cantadas por la muchedumbre. Estuvo descansando un rato en el reconocido Hotel Miramar, en Macuto, donde deliró un buen grupo de personas que lo fue a ver a ese lugar, donde también el cantante ofreció una entrevista a la prensa. Todo un acontecimiento esta visita, que se va a dar en momentos que nuestro país vivía los embates de una feroz dictadura, por lo cual se debe considerar que ello fue un bálsamo, un aliciente, dentro del marco del atropello gomecista. Muchos caraqueños van a recordar por años lo que representó esta visita del cantante argentino, que produjo la creación de grupos y peñas que le iban a idolatrar aún hasta hoy. El tango no muere. Es esencia latinocaribeña, y en cada punto de nuestra Patria Grande se le escucha con pasión. Dos horas tardaba el trayecto en ferrocarril desde La Guaira hasta la Estación de Caño Amarillo, en Caracas. Seguramente Gardel y sus acompañantes se deleitarían con el paisaje imponente de los cerros por los cuales serpenteaba la máquina, así como debieron apreciar el cuadro del valle caraqueño que se presentaba ante sus ojos, con su imponente guardián el Waraira Repano. La apoteosis fue total



cuando el tren se detuvo en su punto de llegada, y un grande número de personas pujaban entre sí por acercarse a ver el cantante. La prensa de la época recogió estos momentos históricos, y la avalancha de gente apenas si dejaba mover el vehículo en el cual se transportaba Gardel. No hubo otra alternativa sino bajarse del automóvil, y hacer el trayecto a pie hasta su lugar de destino. A lo largo del recorrido se sumaban más y más personas, y se confundían hombres, mujeres, niños y ancianos en aquella bienvenida. Carlos Gardel, El morocho del abasto. Llegó al Hotel Majestic, una joya arquitectónica inaugurada en 1930 y derrumbada en 1949, localizada frente al Teatro Municipal (este espacio del hotel corresponde a lo que es hoy la Torre Sur del Centro Simón Bolívar) y se alojó en el segundo piso, de los cinco de que contaba esta edificación. Como nota anecdótica, cabe mencionar que el poeta Aquiles Nazoa trabajó de botones en el emblemático hotel. Gardel se presentó en el Cine Principal (aún hoy en servicio) donde deleitó al público asistente durante nueve días, y también estuvo en el Cine Rialto (hoy Teatro Bolívar, frente a la plaza del mismo

nombre) donde cantó en dos oportunidades. El costo de las entradas al espectáculo no estaba al alcance de muchos, por lo cual el cantante en un gesto solidario y de desprendimiento, solicitó a los empresarios se rebajase el precio, para que así pudiesen asistir las personas de bajos recursos económicos. Sus interpretaciones de *Caminito*, *El día que me quieras*, *Por una cabeza*, *Mi Buenos Aires querido*, *Volver*, del grupo de novecientas canciones que logró grabar, entusiasmaron a los concurrentes a aquellos actos inolvidables. Continuaría su gira por La Guaira, Valencia, Cabimas, Maracaibo y Maracay, ciudad esta última donde cantó en la residencia del mismísimo Juan Vicente Gómez (hay quienes afirman que cantó en el Hotel Jardín). Seguramente hubo alguna conversación del artista argentino con Juan Vicente Gómez. Lo importante a destacar es que esta gira artística marcó un hito importante en la cultura de nuestro país, al punto de que la admiración por Carlos Gardel, ayer y hoy, deviene tanto por sus dotes excepcionales de cantante, como por la calidad humana que siempre demostró, y quienes le admiraron y admiran hoy, lo hacen sin distinción de condición social. Diríamos que falleció de manera prematura, a los 44 años de edad, en un accidente aéreo el 24 de junio de 1935 (dos meses después de haber estado en Venezuela) en la ciudad de Medellín, Colombia. América Latina siente con orgullo la presencia histórica de Carlos Gardel, como uno de los grandes del canto, que se une a la galería de otros grandes como Jesús Soto (pintor) y Fernando Botero (escultor colombiano de fama) y a Pelé y Diego Armando Maradona, íconos del deporte mundial.

Ailid García Francia

Fiel ejecutor y provisión de Caracas

El fiel ejecutor era una autoridad que formaba parte de los cabildos o ayuntamientos. Esta figura se encontraba prevista dentro de la Recopilación de las Leyes de Indias, pero fue incorporada al Cabildo caraqueño a través de la ordenanza aprobada en sesión del 22 de septiembre de 1589. Su designación estaba a cargo de las autoridades del Ayuntamiento, de forma consensuada o por elección. Era un cargo que debía ser otorgado anualmente, la persona que lo detentase tenía la posibilidad de ser reelecta si el Cabildo consideraba que era lo conveniente. Por las funciones de gran importancia que debía cumplir estaba obligado a informar de todas sus actividades al gobernador de la Provincia.

En la Ordenanza del Fiel Ejecutor de 1589 se explican detalladamente las funciones que esta autoridad debía cumplir para promover el buen abasto de la ciudad en diversos géneros, así como inspeccionar la calidad de las mismas y los precios a los que eran despachados, por tanto, era el autorizado para visitar las tiendas –acompañado del diputado del mes– para inspeccionar el estado de las mercancías, acordar sus precios, siempre con la idea de garantizar que fuesen accesibles para la población.



Igualmente, debía verificar la existencia y buen uso de las pesas y medidas en tiendas y mercados cada año o en los casos que considerase necesario. En caso de incumplimiento el fiel ejecutor tenía la libertad de establecer las sanciones. Para dar constancia de que la mercancía había sido inspeccionada se le asignó un sello que tenía moldeado las armas de la ciudad. En casos de exceso de precio, tenía la facultad de cerrar la tienda, o de tomar cualquier otra medida que fuera considerada pertinente, incluyendo la aprehensión de los dueños.

La mercancía adquirida por cualquier comerciante debía ser declarada al fiel ejecutor, para ello había que informar a tiempo la respectiva llegada de la misma al Puerto de La Guaira, si los comerciantes no cumplían con este requisito al llegar la mercancía sería tomada por perdida.

Así también, estaba contemplado en la ordenanza la inspección de los oficios: zapateros, sastres, entre otros, con la finalidad de verificar que los productos u obras que fabricasen tuviesen precios moderados, y que fuesen trabajos de buena calidad.

Política intervencionista del Cabildo en el comercio

Como el fiel ejecutor tenía la potestad de colocar los precios de cada rubro que sería vendido en Caracas a partir de las disposiciones de la institución, estaba totalmente prohibido que los comerciantes establecieran por su cuenta los precios de las mercancías, de allí que fueron establecidas las sanciones en caso de que alguno lo hiciera. Igualmente, quedó previsto el margen de ganancia que los comerciantes podían obtener, en caso de que la mercancía fuese comprada en el Puerto de La Guaira la ganancia sería del 25%, exceptuando aquellas que resultan de riesgo como: vinagre, aceite o aceitunas, productos por los cuales podían ganar el 33%. Si los productos eran adquiridos en la ciudad para su reventa el margen estaría en 20%. A esta medida se sumaba la obligación que tenían los diferentes comercios de colocar en carteles a la vista pública la mercancía que vendían con la información referente al precio que el comerciante o mercader la adquirió y también el precio final de venta. Todo con la intención que los mismos habitantes pudieran estar informados y verificasen la justeza o no de los precios.

Un tercio de la mercancía para venderla al costo

El Cabildo de Caracas trataba de hacer llegar productos como la ropa al precio del costo, para ello quedó señalado en la Ordenanza de Fiel Ejecutor que al llegar la ropa al Puerto de La Guaira las personas que venderían dicho producto en la ciudad debían destinar un tercio de la mercancía para su venta al mismo precio que al comerciante le había costado:

“ y que la tal persona que así comprare las dichas mercaderías sea obligado a dar a los vecinos de esta ciudad, dentro de nueve días que corran desde el día que hiciere la dicha manifestación, la

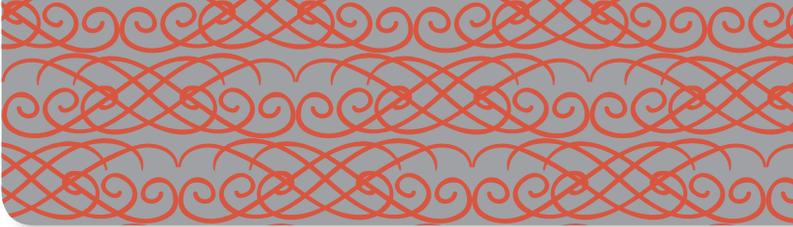
tercia parte de lo que así comprare, por lo tanto y por el precio que le costó, de cualquier género de la dicha ropa, sin rehusar ni excusarse diciendo que lo han de tomar la tercia parte; y para ello le pueda apremiar el dicho fiel ejecutor o otra cualquiera justicia de esta ciudad”.

El abastecimiento de alimento, entre las prioridades del Cabildo

Durante las primeras décadas de la ciudad resultaba de primordial importancia la atención del abastecimiento de alimentos, puesto que se comienzan a echar las bases de una sociedad que debía garantizar su sobrevivencia. Por tanto, estaba dentro de las obligaciones del fiel ejecutor vigilar la existencia de productos alimenticios en cantidades suficientes que pudiesen cubrir los requerimientos de los habitantes de Caracas.

A su vez, debía garantizar la repartición del pescado durante la cuaresma, priorizando a los más pobres, al gobernador y al obispo. Si bien la aprobación de licencias para extraer productos de la Provincia hacia otros dominios de España era competencia del Gobernador, era el Ayuntamiento quien sugería los productos que se podían comercializar hacia afuera previa inspección del fiel ejecutor sobre la existencia de estos para cubrir la demanda de la ciudad.

Ahora, cabe destacar que la magnitud de las competencias asignadas a una sola autoridad no era eficiente, puesto que eran muy diversas las actividades que el fiel ejecutor debía desarrollar, de allí que el Cabildo con cierta frecuencia se vio obligado en asumir parte de esas ocupaciones con otras autoridades de la institución y en dependencia de la gravedad de los casos llegaron a asistir casi todos los funcionarios del Cabildo para inspeccionar, especialmente en materia de abastecimiento de alimentos.



Publicado el 10/06/2022

Antonio González Antías

Caracas y su ocupación territorial

El esplendoroso valle de los toromaymas

Quien observe hoy el valle de Caracas, tendrá la visión de un espacio apretujado, con soluciones habitacionales y comerciales, que con el correr del tiempo han visto multiplicarse; generando el malestar consecuente en la prestación de servicios, particularmente agua y electricidad. Sin embargo, Caracas mantiene su belleza propia, su vegetación natural y la imponente vigilancia del Guaraira Repano.

Desde los lejanos tiempos de sus inicios fundacionales, pasando por los siglos XVII y XVIII, de lenta y precaria formación institucional y humana, y transitar el turbulento siglo XIX signado por la guerra, ruina económica e inestabilidad política, Caracas vio cómo se repartían las feraces tierras que constituyeron el bello valle surcado Oeste-Este por el río Guaire, otrora navegable y de límpidas aguas, en cuyas playas refrescaron sus cuerpos las caraqueñas y los caraqueños de antaño, pero eso sí, separados.

Terrofagia y latifundio

El latifundio fue el signo preponderante que sostuvo el hecho económico

colonial. Vastas extensiones de tierras fueron entregadas, por vía de mercedes y composiciones, a los que ya eran propietarios, integrantes del mantuanaje criollo de apellidos encumbrados, y de esa manera ampliaban sus posesiones preexistentes. El valle de Caracas, en la fase inicial de la conquista-colonización española, no escapó a esta realidad y grandes porciones de terrenos, de los mejores, se repartieron a los que luego Herrera Luque llamaría los Amos del Valle.

El apetito voraz del invasor español por el oro, movió todas sus empresas de conquista. Diego de Losada, venido desde El Tocuyo en enero de 1567, comandando una hueste depredadora, de muerte y de rapiña, estuvo atraído hacia el valle de Caracas por un oro que nunca consiguió, pero sí consiguieron a muchos indios que matar, con todo y la enconada resistencia que estos presentaron a las armas invasoras. Además de tierras, Losada repartió indios en encomienda a sus capitanes y soldados, y así se aseguraba una mano de obra indígena compeliada a un trabajo de sol a sol sin descanso. En la traza o dibujo de un plano que acompañaba la Relación del Gobernador Juan de Pimentel en 1578, se observan las primeras veinticuatro manzanas de la planta inicial caraqueña. Allí se establecieron, particularmente en las más céntricas parcelas, los acompañantes de Losada, que además recibieron tierras para el cultivo y cuidado de animales en los espacios inmediatos. Para los menesterosos, los más pobres, solo quedaron terrenos en declive, hacia las orillas de las quebradas y ríos.

Lo que continuó en el tiempo...

En el Archivo Histórico Municipal de Caracas, quedaron registradas las distintas entregas de lotes de terrenos particularmente para la construcción de viviendas. Una cuadra, un solar o un cuarto de solar, medidas en varas (una vara equivale a 80 centímetros actuales) fueron entregadas, con el compromiso del pago de una pensión anual al

Concejo Municipal, así a los más poderosos como a la gente pobre, necesitada, que no tenía donde vivir.

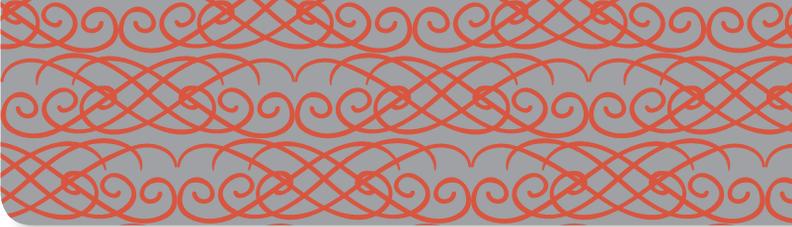
Entre 1664 y 1668, por ejemplo, se cursaron 43 solicitudes ante el Ayuntamiento, y en algunos casos se trataba de despojo que alguien pretendía hacer de un solar ajeno. Así, el 21 de enero de 1664 José García reclamaba como suyo un solar ...”en el barrio de Caruata”... del cual pretendió despojarlo José Romero. Para el 20 de octubre de ese mismo año, Beatriz de Requena, viuda, había recibido medio solar como herencia, pero siendo su condición de ...”pobre de solemnidad”... acudió a la instancia municipal para que no se le cobrase la pensión correspondiente, solicitud a la cual no respondió positivamente el Ayuntamiento.

Ejemplos como los anteriores fueron muchos en el tiempo, y así vemos como 150 años después, en 1806, Pedro de Vega pide un solar ...”situado en esta ciudad y que servía de juego de pelota, en la calle de este nombre”... lo que hoy se denomina esquina de La Pelota. En otra solicitud, Juan García de Miranda pidió un solar de 18 varas de frente por 75 de fondo en El Calvario ...”valorizado en sesenta y tres pesos”... Poco a poco se fue ocupando el espacio de Caracas, y se fueron consolidando las grandes propiedades por distintas vías: compra-venta, herencia o entrega por vía institucional. Hacia el Este de la ciudad, hasta Chacao y más allá, se formaron grandes estancias como Blandín (hoy Country Club) Hacienda Ibarra (hoy U.C.V.) El Rosal, La Carlota y Las Mercedes. Otro tanto ocurrió hacia el Sur de Caracas, pero ya a inicios del siglo XX, cuando las familias poderosas (Zuloaga, Boulton, Phelps) construyeron grandes quintas en El Paraíso. Luego debido al crecimiento urbano, migraron hacia el Este, remontando cerros a los cuales dieron los nombres de terrazas o lomas, y levantaron grandes urbanizaciones.

El menesteroso que no tenía donde vivir, o el campesino que se

vino a la ciudad deslumbrado por un mejor vivir, también fueron a los cerros, a los cuales no cambiaron de nombre, a resguardar su humanidad con endeble viviendas de zinc y cartón piedra. Esto, que representó un crecimiento demográfico desmesurado, también puso de bulto la incapacidad de gobiernos que no supieron dar respuestas contundentes a esta problemática.

La Revolución Bolivariana si dio respuestas oportunas a esta situación, y a través de la entrega de certificados de tierras urbanas en conjunto con la Gran Misión Vivienda Venezuela, ha tratado de adecuar esta crítica situación, que poco a poco ha dotado a las comunidades de sus títulos de propiedad de tierras, así como ha invertido mucho en la solución de la crisis habitacional.



Publicado el 10/06/2022

Antonio González Antías

Caracas y las carreras de caballos El hipismo de antaño y sus inicios

El caballo como actor

El caballo ha sido siempre protagonista de primer orden en la historia del hombre. Le puede disputar al perro esa cercanía sentimental con el ser humano. Sirvió el caballo en las guerras, también como medio de carga y como transporte, y para deleite de la gente fue y es actor principal en los hipódromos del mundo. De modo que la humanidad ha corrido pareja en los cascos de los equinos, y se ha ganado un sitio en el sentimiento del hombre. Tanto así, que el emperador Calígula llegó a nombrar a su caballo Incitatus, cónsul de Roma. También se debe resaltar el aprecio que tuvo el Libertador hacia su caballo Palomo, quien le acompañó en sus batallas liberadoras.

Los comienzos del hipismo en Caracas

En la actualidad, el hipismo experimenta una recuperación de primer orden. Esta diversión arraigada en el sentir de muchos venezolanos, se ve impulsada hacia mejores logros, y las instalaciones del hipódromo La Rinconada en su recuperación física, y el propio espectáculo de las carreras, han recibido el decidido apoyo de las autoridades.

Hasta 1959, cuando fue inaugurado el hipódromo de La Rinconada,



Caracas vivió por más de seis décadas el llamado hipismo romántico, que dio inicio con la inauguración del hipódromo de Sabana Grande, en 1896. Fueron otros tiempos donde la inestabilidad política y el inalcanzable logro de la paz interna, aunado a una dictadura gomecista de veintisiete años (1908-1935) no fueron obstáculo para el disfrute del llamado deporte rey. Así, en terrenos de Las Delicias, en Sabana Grande, se corrió la primera carrera el 1 de marzo de 1896 ganada por el caballo Contest con la monta de un jinete del cual solo se conoce su apellido: Washburn. Fueron 1.000 metros de recorrido y con premio al vencedor de Bs. 1.200. Como dato curioso, en ese mismo programa inaugural corrió ¡dos veces! la yegua Calixta, que llegó a convertirse en ídolo de los aficionados, que hasta un poema le ofrendaron.

Luego de esta experiencia con el hipódromo de Sabana Grande, fue su sucesor el hipódromo de El Paraíso, inaugurado el 9 de febrero de 1908, luego de incesantes diligencias llevadas a efecto por el Jockey Club de Venezuela. Estaba localizado en los terrenos que hoy ocupan el Parque Naciones Unidas, el Liceo Edoardo Crema y el

Colegio de Abogados de Caracas, y aún resisten como testimonio de su antigua arquitectura la llamada entrada al Pabellón del hipódromo y unas taquillas cercanas, que todavía recuerdan aquel hipismo (están en el frente del Liceo Edoardo Crema).

Se trasladó desde Sabana Grande la tribuna de metal y madera para su utilización en El Paraíso. La pista tenía 1.200 metros de largo y ocho de ancho, según lo estipulado en el contrato entre el Concejo Municipal y los impulsores del espectáculo. La prensa de la época reseñó aquel evento y señaló la asistencia de ...“una concurrencia numerosa y brillante, y mucho entusiasmo [...] Esta culta diversión tiene entre nosotros muchos aficionados”... Así lo sería por siempre, y en la medida del transcurrir del tiempo las carreras de caballos constituirán para los venezolanos una diversión ineludible de fines de semanas, ¿quién no llegó a sellar su cuadrito del 5 y 6, buscando en las patas de los caballos algún dinero para resolver problemas y mitigar las penas?

Algunos datos

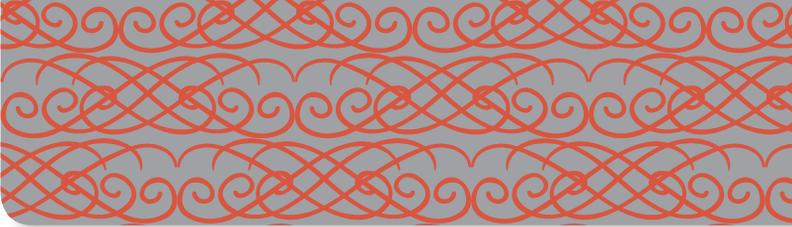
El primer caballo en ganar en el hipódromo de El Paraíso fue Ursus, un tordillo propiedad de Eduardo Montaubán, dueño que a su vez formaba parte de una familia emprendedora que tuvieron la emblemática panadería de Las Gradillas, en la caraqueñísima esquina de ese nombre; y el último que fue vencedor en esa misma pista fue el ejemplar Lido, en el cierre definitivo del hipódromo El Paraíso, el 28 de junio de 1959. Otra curiosidad: Borinquen fue un caballo de amplio récord, al extremo que llegó a ganar 32 carreras ¡de manera consecutiva! fue su jockey habitual Harry Cadenas. También destacaron en esa arena los caballos Caimán y Petare, que con sus triunfos hicieron vibrar el corazón de los hípicos de entonces.

Entre los jinetes más reconocidos están los nombres de Manuel



Camacaro (que ganó el último clásico Simón Bolívar corrido en El Paraíso), Rogelio Cortéz, León Padilla, Rafael Méndez, Héctor Revello, Juan Araya, Laffit Pinca, Cecilio García, Félix Sabino Pérez, Guillermo Zapata y Gustavo Ávila, apodado este último como El Monstruo por la forma como conducía y ganaba sobre los lomos de los equinos. De los entrenadores, cabe recordar a Carlos Quezada Barrera y a Santiago Ledwith, quienes a otros colegas suyos tuvieron a bien la preparación de los nobles equinos.

La historia hípica continuaría, y en la arena de La Rinconada hasta hoy, se iban a llevar adelante jornadas memorables donde ejemplares como Klick, Prenupcial, Chateaubriand, Rompemar, Victoriado, Indra, junto a yeguas como Lavandera, Stillwater y Bambera, conducidos por jinetes de la talla de Juan Eduardo Cruz, Balsamino Moreira, Milton Barra, Gustavo Ávila, Juan Vicente Tovar, Douglas Valiente, Emisael Jaramillo, Ángel Parra y un buen número de hábiles conductores de purasangres; a los que hay que agregar en justicia a entrenadores como Domingo Noguera Mora, Millard Ziadie, Juan Arias, Daniel Pérez, César Cachazo y otros tantos, que han hecho del hipismo una pasión del caraqueño, y del venezolano por extensión.



Publicado el 15/07/2022

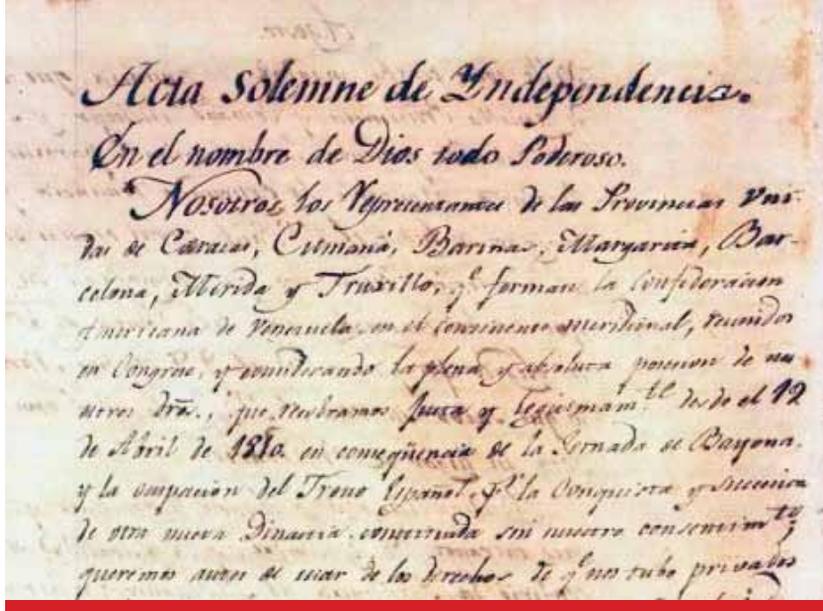
José Gregorio Linares

La neutralidad estadounidense ante la Independencia de Venezuela

En 1811 Venezuela declara solemnemente la Independencia absoluta del imperio español. El hecho ocurre en la capilla Santa Rosa de Lima, donde sesionaba el Congreso Nacional, actual sede del Concejo Municipal de Caracas. De inmediato solicita su reconocimiento ante otras naciones, entre ellas Estados Unidos. Este se niega a apoyarnos bajo el pretexto de que es una nación neutral y no debe involucrarse en el conflicto entre los patriotas suramericanos y la monarquía española. Tras esta postura “neutral” la República del Norte esconde sus verdaderas intenciones.

Las intenciones de EEUU

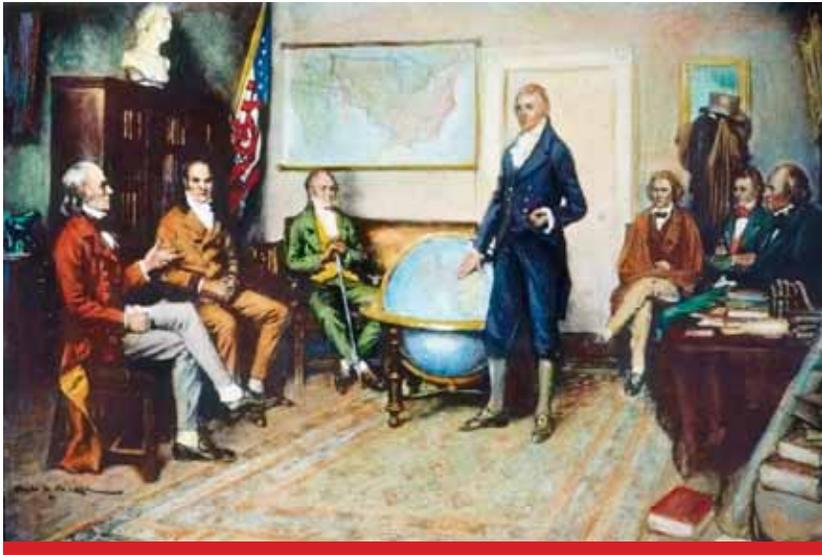
En 1786, solo tres años después de que Gran Bretaña y España reconocieran la independencia de Estados Unidos, Thomas Jefferson (1743-1826), que para entonces era embajador en Francia, expresa su oposición de apoyar los movimientos independentistas suramericanos. En carta confidencial expresa: “Tengamos buen cuidado, por el interés de este gran continente, de no expulsar demasiado pronto a los españoles, pues aquellos países no pueden estar en mejores manos.



Mi temor es que España sea demasiado débil para mantener su dominación sobre ellos hasta que nuestra población haya avanzado lo suficiente para arrancárselos palmo a palmo”.

Esta es la verdadera intención de Norteamérica: adueñarse de Suramérica en cuanto tuviera fuerzas para hacerlo. Pero esto no podía decirse abiertamente; por tanto debía justificarse con doctrina. Así, recurrieron a la idea de la “neutralidad” para esconder su rechazo a apoyar la independencia de las naciones suramericanas. En tal sentido, Jefferson precisa: “Paz, comercio y amistad honrosa con todas las naciones, alianzas comprometedoras con ninguna”.

Pretende olvidar que cuando Estados Unidos luchaba por independizarse de Gran Bretaña recurrió a la ayuda externa y recibió el respaldo de otras naciones: de Francia salieron tres expediciones (1778, 1780 y 1781), para secundar militarmente la independencia de los Estados Unidos. España también envió toda clase de refuerzos y de ayuda militar. De sus oficiales mandó, entre otros, a Francisco de Miranda, quien combatió en la estratégica Batalla de Pensacola (1781).



EEUU: Inmóviles espectadores

Pero Estados Unidos no quiere recordar nada de eso. No apoya a los patriotas suramericanos ni practica la solidaridad. Viola así un principio fundamental del Derecho Internacional resumido posteriormente por Andrés Bello: “Desde que un nuevo Estado que se forma por una guerra civil, o de otro modo, ejerce actos de soberano, tiene un derecho perfecto a que las naciones con quienes no está en guerra no estorben de manera alguna el ejercicio de su independencia”.

Pero EEUU mantiene su “neutralidad”. En la Carta de Jamaica (1815) Bolívar se queja de que “nuestros hermanos del norte se han mantenido inmóviles espectadores de esta contienda, que por su esencia es la más justa y por sus resultados la más bella e importante de cuantas se han suscitado en los siglos antiguos y modernos”.

Lamentablemente, la república del norte se ampara en su supuesta neutralidad y no solo no ayudó sino que boicoteó las independencias suramericanas. James Monroe, en su mensaje presidencial al Congreso del 2 de diciembre de 1817, al aludir a la guerra de independencia

suramericana, declara que esta era “una guerra civil entre partidos o bandos cuyas fuerzas están equilibradas y que son miradas sin preferencia”.

EEUU no se conformó con el rol de “inmóviles espectadores”, sino que en los hechos se parcializa abiertamente a favor de los realistas. El 3 de marzo de 1817 es aprobada una nueva “ley de neutralidad”, la cual establece que toda persona que transporte armas hacia un Estado de América del Sur en favor de los patriotas, sería castigada con 10 años de cárcel o 10.000 dólares de multa. De igual manera, en abril de 1818, el Congreso estadounidense aprobó una legislación para multar y encarcelar a cualquier ciudadano –o extranjero residente en Estados Unidos– que ayudara en el abastecimiento de expediciones que auxiliaran a los patriotas.

La República del Norte se había liberado recientemente de la corona británica, pero su pragmatismo geopolítico no la impulsa a convertirse en promotora de las independencias de las naciones suramericanas. Tenía otros planes: someterlas y explotarlas.

Reconocimiento de la independencia

Finalmente, el 19 de junio de 1822, ante el avasallante triunfo de los patriotas en el Sur, el gobierno de Estados Unidos presidido por James Monroe reconoció nuestra Independencia, ¡Once años después de la Declaración de Independencia! Sin embargo, aclaran que al reconocer la independencia “no tenemos en contemplación hacer el más ligero cambio en nuestras relaciones amistosas con ninguno de los dos partidos, observando en todos los respetos, como hasta ahora, la más perfecta neutralidad, si la guerra continuase entre ellos”.

De modo que seguían siendo neutrales. La historia nos enseña que EEUU apoya o adversa la independencia de una nación, guiado exclusivamente por sus intereses geopolíticos. Por ejemplo, la República



de Texas instigada por norteamericanos se independizó de México el 2 de marzo de 1836 y fue reconocida pocos meses después. El filibustero estadounidense William Walker desembarcó en Nicaragua y se hizo presidente en julio de 1855, y su gobierno fue reconocido por EEUU el 10 de noviembre del mismo año, con intercambio de ministros y todo. Panamá se independizó de Colombia el 3 de noviembre de 1903 y fue reconocida ¡tres días después!

En la actualidad, el Libro de Acta de la Independencia de Venezuela se encuentra en un arca especial del Salón Elíptico del Palacio Legislativo y la llave la tiene el Presidente de la República Bolivariana de Venezuela en ejercicio... No el Presidente de los Estados Unidos.

Iraida Vargas

Patrimonio y Revolución

Vivimos tiempos confusos para las culturas nacionales, producto de las poderosas influencias de las industrias culturales imperiales, y la intensa dinámica geopolítica mundial, la agudización de los enfrentamientos entre bloques de poder dentro de los estados nacionales mismos. Para tratar de contribuir al esclarecimiento de esa confusión y para poder generar planes y acciones a seguir es necesario responder a varias interrogantes que nos asedian, que sin lugar a dudas son pertinentes para el momento actual de la Revolución Bolivariana: ¿Es acaso el patrimonio cultural solo un conjunto estático de objetos, de tradiciones, de comportamientos, de formas de relaciones, de saberes históricos que hemos recibido como legado que necesita ser validado continuamente? Si ello es así, *¿quién debe validarlo hoy día y para qué, con cuáles fines?*

¿Debemos seguir apelando solo a las élites socioeconómicas y sociopolíticas imperiales para legitimar y exaltar nuestro patrimonio mostrando así una abyecta relación de sumisión en relación con el imperio?

¿Seguiremos practicando una sumisión del conocimiento que no concibe el patrimonio como uno de los ejes centrales para la descolonización de la conciencia, sino como objeto para lograr que las



organizaciones imperiales lo aprueben y con ello, en consecuencia sea los que legitimen su valor cultural?

Para nosotras, el patrimonio está conformado por saberes y creaciones culturales colectivos y concretos, producidos desde la dimensión práctica de la actividad del trabajo y del conjunto de relaciones sociales que determinan el lugar que ocupan en la sociedad, patrimonio que es común, abierto y que debe cumplir con la función de ser co-creador del proceso revolucionario.

Consideramos que el tipo de prácticas que busca la legitimación imperial forma parte de un entretejido mucho mayor, con objetivos no siempre confesos, incluso a veces muy oscuros. Asumimos –y sobre todo esperamos– que estos comportamientos que se están dando en Venezuela en la actualidad estén dictados por la buena fe y la buena voluntad de los agentes y que son inocentes políticamente; sin embargo se conforman, tal vez sin desearlo dichos agentes, a la estrategia geopolítica del imperio para mantener a raya cualquier

amenaza cultural a su hegemonía en la primera línea de su periferia. Esa estrategia tiene larga data, aunque a lo largo del tiempo ha adoptado diversas caretas. El imperio concibe esas amenazas como la existencia y su expresión de una fuerte conciencia nacional a lo cual reacciona propiciando la entrega, la condena y la anulación de esa conciencia en tanto que debe ser mantenida dentro de cánones que estipulen no solo quiénes y en cuáles términos se benefician de los bienes que conforman a las llamadas culturas nacionales sino que solo pueden ser resaltados de una manera que no sea lesiva de sus intereses.

Se ha dado recientemente en Venezuela una escogencia de determinados y aislados bienes culturales que no traduce con fidelidad –ni mucho menos– la totalidad de los fenómenos culturales de una sociedad como la nuestra en búsqueda de su emancipación, tanto los bienes que están ocurriendo como los que ocurrieron en el pasado. Todos los bienes culturales elegidos hasta ahora caen dentro de lo que se conoce como *folklore*, que aglutina “*expresiones culturales consideradas como de segundo orden*”, al decir de Gramsci, no equiparables a las consideradas como las “*verdaderas manifestaciones culturales*” (las artísticas de las Bellas Artes); tal vez esa escogencia venezolana obedezca a la búsqueda de un efecto compensatorio dado el excesivo interés que ha mostrado nuestra sociedad en las Bellas Artes y no tan frecuente en las creaciones populares.

No obstante, creemos, las manifestaciones culturales se ven transformadas así en un mero instrumento que demanda el reconocimiento imperial por su “exotismo” o “arcaísmo”, lo que, a su vez propicia que la manifestación o el bien se desgaje del mundo social, de los sueños, de la (s) comunidad (es), de sus problemas, de sus luchas y, con ello se niega a las fuerzas que hacen posible su existencia. Esa elección, tal vez sin saberlo, se orienta a borrar la imagen de conjunto

y concatenada de los procesos de creación popular. Las tales manifestaciones están destinadas no a reforzar la identidad cultural comunitaria –ya regional, ya nacional– responde no a la comunidad o comunidades donde se practica la manifestación cultural o, en todo caso, a la sociedad venezolana como un todo, sino a una institución creada por el imperio *para lograr el control cultural del mundo*. De esa manera se propicia una pérdida de la identidad cultural que ocurre cuando la creación debe apegarse a los preceptos, conceptos y conductas que la globalización neoliberal le endosa de modo apabullante a través de la Unesco, organización que ha impuesto al mundo ideas y paradigmas que, en muchas partes, se han vuelto dogmas de fe.

La Unesco es la principal agencia educativa, científica y cultural imperial en todo el mundo; se inserta en todos los países para garantizar la hegemonía cultural capitalista con todo lo que ello supone; responde en verdad a los intereses transnacionales. La Unesco, entonces sigue siendo el conquistador, ahora modernizado, el que sirve para definirle a todo el mundo sus pautas y conductas culturales.

Nosotras creemos que se hace necesario situar tales bienes culturales en su época de origen en tanto se destaque la aceptación, basada en la significación que le otorgue la comunidad en la cual se originan, en la cual pueden ser susceptibles de resemantización para ser coherentes con el proyecto político chavista bolivariano. Esa resemantización debe implicar, necesariamente, una reflexión sobre su papel en la construcción de una nueva hegemonía cultural. No hacerlo supone asumir una posición esencialista: Creer que porque el bien cultural es auténtico su sola expresión formal sirve para reafirmar posiciones contestatarias y todos y todas sabemos que el esencialismo es reaccionario, contrario a una práctica revolucionaria dado que es rígido y ahistórico. En tal sentido, es bueno aclarar que para nosotras un bien cultural además de ser auténtico debe ser cuestionador; o se

le debe presentar –gracias a la reflexión crítica– como cuestionador de las prácticas de opresión vinculándolo directamente al sistema de valores y principios socialistas. Nunca debe ser reducido como ha sucedido hasta ahora a un mero espectáculo folclórico.

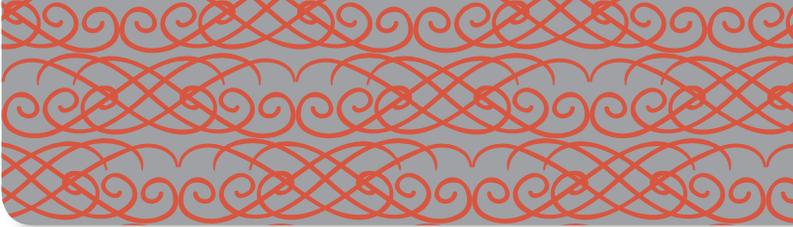
Tomando en consideración estas ideas pensamos que es conveniente entonces que los entes gubernamentales encargados de velar por el patrimonio cultural venezolano luchan contra lo que Rosa Luxemburgo denominaba “*la adulación corrosiva del demagogo*”, que exalta en –nuestro caso dentro del patrimonio– esas creaciones como producto de la masa en sí, haciendo olvidar a la masa, o sea, al pueblo venezolano que es una masa para sí que durante su producción estuvieron esclavizados miles de indígenas, de negros/as, de blancos de orilla, así como miles de mujeres, de criollos pobres, y que es solo extirpando hasta la última raíz los hábitos de obediencia y servilismo, como el pueblo venezolano podrá asumirse como el sujeto social del cambio revolucionario, podrá esclarecer el sentido de su autonomía y su responsabilidad, el sentido de la necesaria autodisciplina y desarrollar de manera plena el sentido de autodeterminación: será entonces un sujeto pueblo descolonizado.

Sin la descolonización de la conciencia es difícil, diríamos imposible contar con una voluntad revolucionaria popular para construir un proyecto socialista como superación efectiva del orden de cosas vigente. Ello es particularmente impracticable cuando está comprometida la dimensión cultural de la vida, en donde residen aquellos elementos que definen el sentido de la vida que al ser reacios al cambio tienden a conformar un escudo que protege contra la interferencia cultural, campo donde existen las concepciones sobre el mundo, los sistemas de valores, la concepción del sistema político, las tradiciones culturales, la afectividad y varias más. La ideología imperial colonial penetró ese escudo desde 1830 lo que ha servido para generar una suerte de “*obediencia cultural nacional característica*”,

aparentemente menos visible y más débil, pero que sin embargo ha sido ejercida a través de todos los medios al alcance del imperio para garantizar poblaciones dóciles: gestiones desde el poder, medios masivos de comunicación, sistemas educativos, diversos medios de expresión cultural, gestores de políticas culturales incluyendo los ministerios de cultura, en suma el ejercicio del ventajismo de los poderosos, sin olvidar el papel que juega la sumisión del oprimido quien, en vez de buscar liberarse y fortalecerse, ha tendido gracias a la internalización de una ideología neocolonial a empeñarse a parecerse al dominador, lo cual es claro en la alienación de muchas y muchos creadores y que resulta en una conducta que deviene política en sus consecuencias y resulta éticamente empobrecedora.

Por todo lo anterior, la cultura nacional, en tanto impulse la emancipación seguirá siendo o debe seguir siendo, hasta que esta emancipación se concrete, una cultura de la subversión. En Venezuela, el campo cultural no ha adquirido todavía su total autonomía. Se basa en el sentido común que el conocimiento alienado ha construido, sentido común que han generado para mantener sus privilegios ciertos grupos o individualidades.

Para construir el socialismo es necesario construir primero socialistas y, para hacerlo, es bueno recordar el papel que juega el patrimonio cultural en la gestación de una ideología cohesionadora, la identidad cultural. Asimismo, el patrimonio cultural sirve como instrumento para educar políticamente a la ciudadanía en general, dependiendo de cada particularidad y grado de complejidad, estimulando la aparición de una cultura política de carácter contracultural. El conocimiento de ese patrimonio debe servir para orientar la formación política que tiene que ser liberadora, así como útil en la batalla política.



Publicado el 10/12/2021

Mario Sanoja, Iraida Vargas

Venezuela: Carabobo hacia el futuro

La Guerra de Independencia Nacional venezolana, como hemos expresado en notas anteriores, comenzó como una sangrienta contienda civil, donde la lucha de clases estaba enmascarada por la oposición entre los criollos defensores de la monarquía española y los criollos patriotas republicanos. Los llamados pardos (mulatos/as, zambos/as, negros/as e indios/as), los criollos/as que combatían en ambos bandos y los canarios/as pusieron la mayor parte de la carne de cañón.

Hasta 1817, las fuerzas patriotas se dedicaron, particularmente, a vencer y capturar la Provincia de Guayana que fue, hasta 1818, la reserva estratégica de fuerza de trabajo, capitales dinerarios, producción agropecuaria, aurífera, artesanal y metalúrgica en la cual se apoyaba el gobierno español para mantener su presencia en el territorio venezolano.

Como ninguno de ambos ejércitos, el patriota o el realista, poseía una logística propiamente dicha, la acumulación de grandes rebaños de ganado vacuno y caballar, de sembradíos de yuca y maíz, hacían de los llanos y el pie de monte oriental andino una reserva estratégica de recursos de subsistencia disponibles todo el año y de soldados entrenados en los fundamentos de la táctica militar: excelentes jinetes con una gran



resistencia física, diestros en el manejo de las armas blancas, con rapidez de desplazamiento, capacidad para sobrevivir dentro de condiciones de extrema carencia alimenticia y lealtad a sus caudillos o jefes. Ello determinó una profunda destrucción de la población y en general del orden social, así como también de los medios de producción y los procesos de trabajo que se habían construido durante siglos.

La segunda fase de la Guerra Patria se inició en 1815, luego de la pérdida de la Segunda República cuando una poderosa expedición de tropas españolas al mando del general Morillo invadió el territorio venezolano para tratar de reponer el poder colonial de España. A partir de ese momento, el contingente militar español comenzó a jugar un papel dominante en la guerra terrestre.

Gracias a la visión política y estratégica del Libertador Simón Bolívar, los inmensos recursos capturados en Guayana en 1817 le sirvieron para motorizar el proyecto liberador de la Nueva Granada, hecho que permitió a la República obligar al ejército español a dispersar sus fuerzas

para defender sus posiciones en el norte de Venezuela, al mismo tiempo que atacaba la retaguardia de la región geoeconómica conformada por las provincias de Maracaibo y Coro, centro nodal del circuito agroexportador del occidente de la actual Venezuela. Dicho circuito había conservado hasta entonces relativamente intacta su infraestructura productiva. con la cual apoyó el esfuerzo de los colonialistas españoles hasta 1823. Luego de la gran victoria obtenida por el Ejército Libertador en Carabobo en 1821, la cual selló la Independencia de Venezuela, en aquel año de 1823 la marina patriota logró interrumpir la relación comercial de Maracaibo con el suroeste de Venezuela al derrotar a la armada colonialista en la Batalla Naval del Lago de Maracaibo sellando así –definitivamente– la Independencia política de Venezuela.

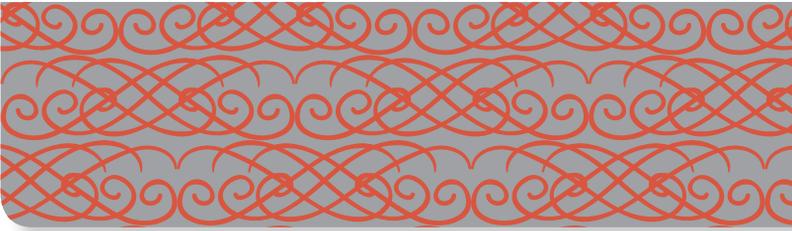
Después de la victoria de Carabobo, el Libertador Simón Bolívar comenzó una ardua batalla política contra las élites sociales que habían comenzado a definir sus estrategias de poder para sustituir las del moribundo imperio español. Como lo diría el mismo Bolívar, era la lucha de un hombre solo enfrentado a los intereses de las diversas burguesías criollas de Venezuela, Nueva Granada, Ecuador, Perú y Bolivia que aspiraban, no a integrarse en una Patria Grande sino en conquistar la total hegemonía del poder en sus respectivas repúblicas. Para tales fines contaban con el apoyo del imperio inglés y del naciente imperio de Estados Unidos, interesados estos también en impedir la formación de una nación poderosa en Suramérica, como la soñada por Bolívar, que le hiciese contrapeso a sus designios imperiales.

Chavismo y Bolivarianismo. El concepto de la integración de los pueblos latinoamericanos con base a un pasado común, a la conciencia de un futuro igualmente común que daría paso a la Patria Grande, como proponía el Comandante Hugo Chávez, alimenta los temores de las actuales potencias imperiales de Estados Unidos y la Comunidad Europea de ver surgir una unión de naciones soberanas e independientes en



América Latina y el Caribe, como la que prefigura la Celac. La fuerza de esta concepción bolivariana y chavista del mundo latinoamericano y caribeño, ha inspirado también la amistad y la colaboración por parte del mundo emergente donde figuran, entre otras, potencias alternativas como Rusia, China, Irán, la India y Turquía. La proyección histórica de la victoria de Carabobo hacia el futuro explica también las razones del rabioso bloqueo ilegal montado por el gobierno de Estados Unidos contra la pequeña Venezuela y la pequeña Cuba, las pequeñas Numancias caribeñas émulo de aquella ciudad celtibera de la península ibérica que, en el siglo II antes de Cristo, resistió durante veinte años el cerco y el asedio impuesto por el Imperio Romano.

Carabobo es una hazaña plena de significados y significantes que aluden a las luchas de nuestros pueblos por salvaguardar su soberanía y su libertad, proceso que nos muestra igualmente que los imperios son históricos, que tienen un comienzo, una etapa de expansión y una de decaimiento y desaparición como la que estamos viendo en los actuales momentos.



Publicado el 10/12/2021

Mario Sanoja, Iraida Vargas

Nueva alcaldesa para Caracas

El proceso electoral llevado a cabo recientemente por el Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV), permitirá la renovación democrática de la estructura de gobierno de la República Bolivariana de Venezuela en los distintos niveles operativos de la administración pública: gobernaciones de estados, alcaldías, y representantes ante los concejos legislativos municipales. La popularidad que goza el PSUV, el partido de Chávez, uno de los partidos que ostenta el mayor número de afiliados en América Latina, permite suponer que la mayoría de los candidatos/as seleccionados/as en las primarias será electa para ocupar los diferentes cargos a los cuales optan.

Para uno de dichos cargos, la Alcaldía del Municipio Libertador, ha sido postulada en las elecciones primarias del PSUV por una gran mayoría de los electores, la Almirante en Jefe Carmen Meléndez. Es esta una coyuntura muy importante que muestra la importancia que han alcanzado las mujeres venezolanas en las decisiones políticas del Gobierno Bolivariano, reafirmando las palabras del Comandante Hugo Chávez Frías sobre la relevancia del papel que juegan las mujeres en la Revolución Bolivariana.



Como hemos afirmado en trabajos previos, el Comandante Chávez tuvo siempre muy claro que la Revolución Bolivariana debía ser feminista, o no sería tal; este principio dejó de ser una simple retórica discursiva para convertirse en una praxis revolucionaria, de ahí que no dudara en convocarnos a la construcción del Poder Popular y del socialismo feminista.

Que las mujeres sufren especialmente la pobreza está de sobra documentado. Por eso también era importante empoderar a las mujeres y ese empoderamiento lo inició el Presidente creando el Banco de Desarrollo de la Mujer (BanMujer) dirigido también por una extraordinaria mujer, Nora Castañeda, banco que tenía y tiene como objetivo impulsar, a través de la concesión de microcréditos y apoyo técnico, una economía basada en la solidaridad y la ayuda mutua, entendiendo el desarrollo desde la proximidad, desde el diagnóstico participativo de lo que necesitan las comunidades para aportar lo más necesario y hacerlo desde la cooperación; un discurso y unos valores de fondo

que nada tienen que ver con la competitividad capitalista y que conciben la economía a partir de las necesidades humanas.

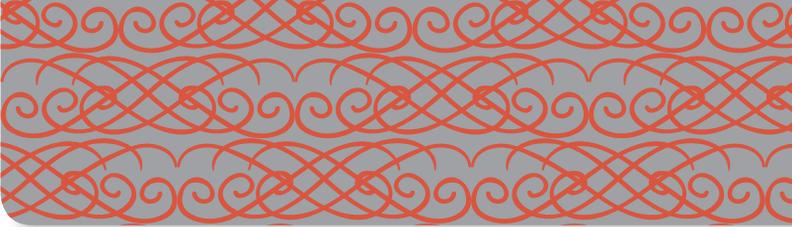
En las zonas populares, donde se aplican fundamentalmente las misiones –los programas sociales creados e impulsados por el Gobierno de Chávez–, en los consejos comunales donde la gente se autoorganiza desde abajo y en los movimientos sociales, las mujeres han tenido un papel protagónico, rol que continúa hasta nuestros días. Solo hay que visitar las comunidades populares para comprobar que mucho de lo que se ha logrado ha sido en gran parte gracias a la fuerza, obstinación y claridad ideológica de estas mujeres que no solo han visto, por primera vez en su vida, que un gobierno las ha tenido en cuenta, sino que atiende a sus demandas. La participación de las mujeres en las distintas políticas y misiones sociales en nuestro país ha sido fundamental para su éxito. Ese esfuerzo de la mujer trabajadora, campesina, obrera, la mujer que estudia, que brega para levantar a su familia, guió al presidente Chávez a crear las misiones, lo cual ha sido un esfuerzo titánico, pues las misiones sociales dieron y siguen dando en la actualidad respuestas a problemas estructurales de larga data en Venezuela.

Por lo anterior, podemos afirmar que la dimensión feminista del Socialismo del Siglo XXI en la Revolución Bolivariana es muy visible; hay que reconocer entonces asimismo que Hugo Chávez supo sumar e incorporar diversas sensibilidades para la construcción del socialismo, incluyendo también la feminista; en tal sentido, comprendió mejor que nadie que sin igualdad de clase, sin igualdad de género y sin igualdad étnica, no se puede avanzar hacia una sociedad realmente justa, una verdadera sociedad socialista. Sin duda, aún queda mucho camino por andar y una agenda pendiente de cambios profundos para acercarnos a la total igualdad.

La Revolución Bolivariana sería inexplicable sin la figura de Hugo

Chávez, quien será recordado al lado de luchadores como Salvador Allende, Fidel Castro o incluso el Che Guevara, y muchos más y de tantas mujeres como nuestra admirada y querida Nora Castañeda y muchos hombres que han dado su vida por construir un mundo más justo en América Latina. Chávez rescató el rol histórico de la mujer venezolana luchadora. Recordemos pues, al Presidente Eterno como el hombre que fue capaz, entre otras cosas, de dar esperanza a los pueblos del mundo que luchan por su dignidad –pero también y siempre– de dar voz a las mujeres dentro de esas luchas.

Las alcaldesas caraqueñas enfrentan el reto de gobernar para lograr una sociedad socialista. En la actual coyuntura venezolana, dicho proceso afronta como un reto muy importante, el proceso de construcción de la ciudad comunal, la de Caracas como Ciudad Comunal, toda vez que el socialismo bolivariano es comunal. La unidad fundamental de su estructura es la comunidad expresada en la comuna y en los consejos comunales que la componen. Dicha estructura debe articular el Poder Popular (expresado en comunas integradas por consejos comunales, consejos presidenciales de gobierno popular, consejos presidenciales productivos, consejos presidenciales de gobierno popular comunal, diversas organizaciones sociales, distritos de comunas, ciudades comunales, regiones comunales) con el poder nacional. Todo ello requiere el diseño de políticas sociales que mejoren la condición de la vida de las y los caraqueños, particularmente los que habitan en las barriadas populares. El reciente caso de la cota 905, nos indica la necesidad perentoria de promover el buen vivir a través de políticas integrales que resuelvan los niveles de seguridad pública y mejoren las condiciones para el desarrollo de la vida comunitaria. La promoción del deporte y de la creatividad son herramientas fundamentales para el logro de ese fin.



Publicado el 10/12/2021

Antonio González Antías

Bolívar, Libertador

A Simón Bolívar le fue otorgado por la Municipalidad de Caracas, en la Iglesia de San Francisco, el 14 de octubre de 1813, el título de Libertador. Fue un merecido homenaje a ese gran conductor de tropas que lideró la Campaña Admirable durante ese año. En ese trayecto, el Libertador lanzó su famosa Proclama de Guerra a Muerte.

El inicio de una gesta

A doscientos nueve años de la Campaña Admirable, Venezuela no deja de rendir homenaje a este hecho trascendental en nuestra historia. Como hazaña militar, constituyó una expresión del genio militar de Simón Bolívar, pero además puso en claro el talante político del Libertador cuando logró deslindar, por vía de la Proclama de Guerra a Muerte (Trujillo, 15 de junio de 1813), los bandos en conflicto con clara definición de patriotas y realistas como contendientes en el campo de batalla. Desde el 8 de enero de 1813, cuando Simón Bolívar ocupó la ciudad de Ocaña en Nueva Granada, hasta su entrada triunfal en Caracas el 6 de agosto de 1813, un rosario de eventos bélicos tendían a la búsqueda de la liberación de los espacios al occidente



de Venezuela, y con mucho tesón la tropa patriota se vio envuelta en una guerra implacable: desde la batalla de Cúcuta, a inicios de año, se dio la posibilidad del ingreso de las tropas patriotas en suelo de Venezuela, cuya marca quedó en los espacios de Mérida, Trujillo, Barinas, Cojedes y Caracas. Los combates fueron duros, y en ellos destacaron como vencedores ante los realistas: José Félix Ribas (Niquitao, 2 de julio de 1813), Jacinto Lara (Los Horcones, 22 de julio de 1813), Simón Bolívar (Taguanes, 31 de julio de 1813). También participaron Luciano D'Elhuyar, Rafael Urdaneta y Atanasio Girardot, que destacaron en estas acciones.

De esta forma, y con esos importantes triunfos, había que restañar las heridas que habían resultado de la pérdida de la Primera República. La política de despojo que iba a llevar adelante el español Domingo de Monteverde y sus secuaces, una vez desconocidos los términos de la capitulación acordada con Francisco de Miranda en 1812, lo llevó a instaurar los tribunales de secuestros de bienes en Valencia,

afectando a todos aquellos que seguían el bando patriota. Del mismo modo, los realistas ejecutaron la mayor crueldad contra la población practicando horribles crímenes, cometidos por Francisco Cerveriz, Pascual Martínez, Francisco Rosete y Antonio Zuazola, entre otros.

Bolívar iba a responder a estos desmanes al disponer, como venganza necesaria, una Guerra a Muerte que quedó estampada para la posteridad en su famosa proclama de ese nombre, dictada en la ciudad de Trujillo el 15 de junio de 1813 ... "nuestro odio será implacable y la guerra será a muerte" ... sentenció Bolívar en aquella oportunidad, sin dejar opción alguna para el arrepentimiento y dejando muy en claro que de un lado de la guerra estaban los ... "españoles y canarios" ... a quienes esa venganza debía alcanzar. Del otro lado, estaban los americanos, con lo cual dejaba claro el Libertador el carácter y el alcance territorial de la guerra.

El Libertador Simón Bolívar

Puede considerarse como un Acuerdo para la historia, el que rubricó la municipalidad caraqueña al otorgarle a Simón Bolívar el título de Libertador, hecho similar que ya había ocurrido en Mérida cuando la municipalidad de esa ciudad también lo honró, el 23 de mayo de 1813, con el mismo título de Libertador. Tan importante un hecho como el otro, solo que el de Caracas sucedió una vez finalizada la Campaña Admirable, en tanto que lo de Mérida fue en pleno desarrollo de la campaña, faltando algún tiempo para que concluyese.

En todo caso, esta doble honra tributada a Simón Bolívar solo dice de su grandeza, y de la gratitud del pueblo venezolano hacia uno de sus hijos que, a riesgo de su vida, luchó de manera inquebrantable por la independencia de la patria. El desarrollo y resultado de la Campaña Admirable se va dar en un ambiente de verdadera guerra sin cuartel, y el contenido de la proclama de Guerra a Muerte será



obedecido, con más o menos ímpetu, hasta 1820 con la firma de los Tratados de Armisticio y de Regularización de la Guerra.

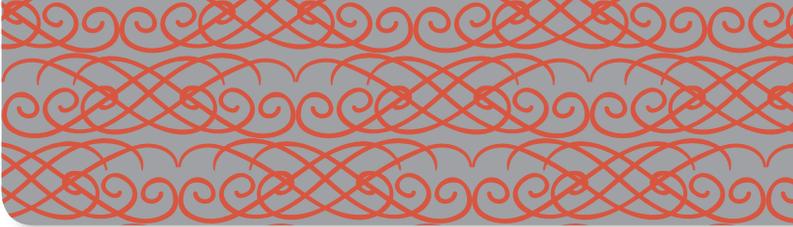
El tránsito entre Cúcuta y Caracas constituyó una verdadera hazaña de las armas patriotas, y puso de relieve el genio de estrategia militar de Simón Bolívar. Era imprescindible llevar adelante esta campaña, cuyo objetivo final era la ocupación de Caracas, pues sin este alcance el destino de la guerra era incierto. Bien lo sabía Bolívar, y hacia ello dirigió todo su esfuerzo. Uno ha de imaginarse cómo se organizó todo aquello: el alistamiento del ejército, la consecución de armas y municiones, el recorrido a caballo o lomo de bestia, la alimentación de la tropa y demás cosas, en un recorrido que por estrategia debió sortear tantos obstáculos.

Simón Bolívar llegó triunfante a Caracas el 6 de agosto de 1813. Dos meses y una semana después, el 14 de octubre, la municipalidad caraqueña le rindió un sentido homenaje, aclamándolo ... "en nombre del pueblo venezolano" ... como ... "capitán general de los ejércitos de Venezuela, vivo y efectivo, con todas las prerrogativas y preeminencias correspondientes a este grado militar. También le

aclama la asamblea con el sobrenombre de LIBERTADOR DE VENEZUELA". Esta asamblea estuvo presidida por Cristóbal Mendoza, Gobernador Político del Estado, quien fue acompañado por Juan Antonio Rodríguez Domínguez, presidente del Concejo Municipal, y del Director de Rentas Nacionales, el Prior del Consulado, dos Síndicos, cuatro corregidores y seis munícipes.

El recibimiento a Bolívar en la iglesia de San Francisco, y las vivas y aplausos fueron dados por igual por las autoridades civiles, militares y eclesiásticas ... "y de un pueblo numerosísimo que espontáneamente concurrió a recibirle vencedor y glorioso" ... El Acuerdo suscrito, según decisión de la asamblea reunida allí, debía ser transmitido a los demás estados, y que al frente de todas las municipalidades del distrito se coloque un letrero con la inscripción siguiente: BOLIVAR, LIBERTADOR DE VENEZUELA. De este modo, llegaba a conocimiento de todos la importancia y trascendencia de aquel acto, que en medio de la guerra tributaba un país a un hombre abnegado en sus principios y en sus acciones.

Luego, en un acto de desprendimiento de su parte, y también de reconocimiento al valor puesto por sus compañeros de armas en el fragor del combate, y los que en lo sucesivo ocurriesen, Simón Bolívar instituyó un Decreto el 22 de octubre de 1813, inserto en la *Gaceta de Caracas* del 27 del mismo mes, por el cual se creaba la Orden Libertadores de Venezuela, para honrar el mérito de quienes se destacasen en la lucha por la independencia del país. Casi doscientos años después, el Presidente Hugo Chávez decreta el 6 de abril de 2010 la creación de la Orden Libertadores y Libertadoras de Venezuela (*Gaceta Oficial* N° 5.990 del 29-7-2010) para enaltecer el mérito de quienes desde sus respectivos ámbitos de trabajo, han participado activamente en la defensa y construcción de la patria.



Publicado el 15/07/2022

Abilio Rangel Gil

Caracas como centro de poder de la República

*En 1830 la capital de Venezuela
se debatía entre Caracas y Valencia*

Nueva República, nuevas discusiones

Lejos de traer calma y estabilidad política, el proceso de separación de la Gran Colombia afloró conflictos internos en Venezuela en torno al centro de poder de la República. En el año 1830 se iniciaron las sesiones ordinarias del Congreso Constituyente, el cual instauró las bases de la nueva República. Estas discusiones se efectuaron en la ciudad de Valencia, uno de los principales cantones que defendió al general José Antonio Páez durante los sucesos de La Cosiata en el año 1826.

En esta ciudad tuvo una gran influencia política el diputado Miguel Peña, quien en el seno del Congreso, fue uno de los principales diputados que fomentaron las decisiones consideradas más apropiadas para la nueva Constitución, descartando aquellos regímenes ya aplicados en Venezuela como el federalismo de 1811 y el centralismo, con las constituciones de 1819 y 1821.

Para ese entonces, se inició el debate con respecto a la ubicación de la capital de Venezuela. El Congreso se encontraba dividido en dos grupos: el círculo del centro, encabezado por el diputado Miguel Peña, partidario de Valencia como capital de la República y el círculo caraqueño, liderado por el diputado Ángel Quintero, a favor de Caracas como capital de Venezuela.

Peña resolvió desde un principio establecer la ciudad de Valencia como centro del poder, a razón de la gran influencia que tenía este sobre el general Páez, pero dicha situación debía poseer un marco legal, por lo que, el Congreso Constituyente en su sesión del día 16 de septiembre de 1830, abrió la discusión sobre este asunto sin lograr la aprobación de sus miembros, ya que debía ser sancionada la Constitución para elegir la capital de la República.

Este fue el argumento esbozado por el diputado Quintero y otros diputados, reseñados en las Actas del Congreso Constituyente de 1830 (1979, Tomo IV, p. 69), por considerar este ámbito fuera de orden, situación que incomodaría al diputado Peña, contando que ya se encontraban establecidas algunas oficinas de las secretarías o ministerios del Poder Ejecutivo en Valencia, hecho que enfrentó directamente a estos dos grupos en el Congreso.

Valencia, capital provisional de la nueva República

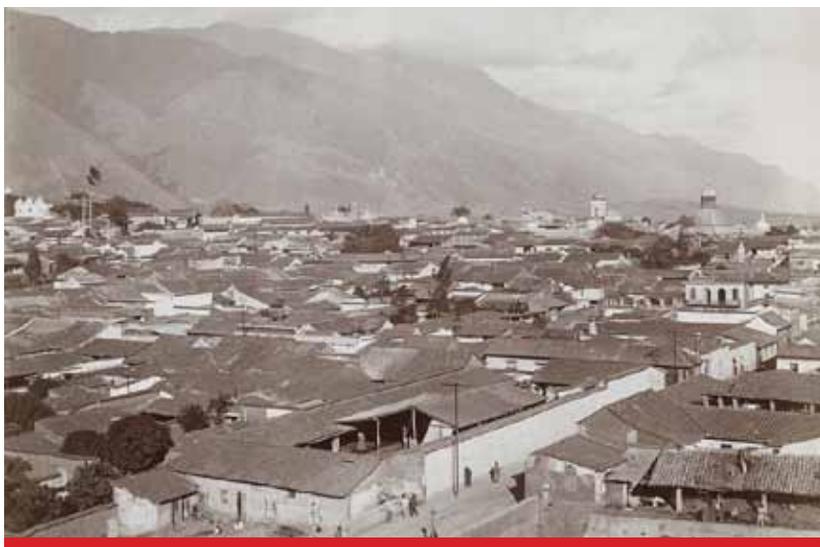
Sancionada la nueva Constitución el 22 de septiembre de 1830, bajo un sistema de gobierno centro-federal, el diputado Peña restableció las discusiones sobre la capital de la República, sin embargo, la noticia llegó a Caracas y fue tomada con desagrado. A este respecto, el diplomático Sir Robert Ker Porter calificó en su obra *Diario de un Diplomático Británico en Venezuela* (1825-1842), el cambio de ubicación en la capital de Venezuela como "...la más inaudita locura" (1997, p. 430), que manifestaba los intereses personales y partidistas de Páez y Peña, en cuyo escenario peligraba la estabilidad lograda con la Independencia.



Pese al descontento, Peña logró concretar sus aspiraciones en la sesión del día 2 de octubre de 1830, cuando el Congreso Constituyente estableció la ciudad de Valencia como capital provisional de Venezuela, donde estuviese ubicada la residencia del gobierno, de sus altos funcionarios y la sede de reunión del Congreso en los períodos correspondientes, tal como se señala en las Actas Legislativas que reposan en el Archivo Histórico de la Asamblea Nacional (Tomo III, 1830).

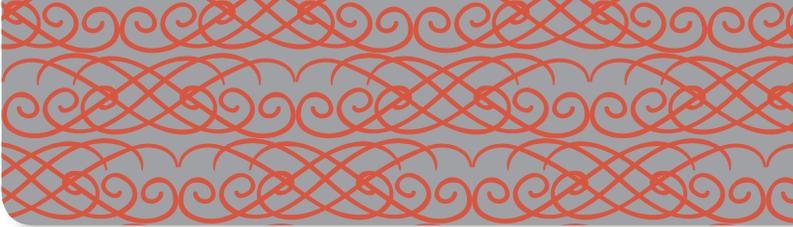
Regreso de la capital a Caracas

No obstante, este Decreto no estaría vigente por mucho tiempo. En tanto, el diputado Quintero estableció una férrea discusión en el seno del Congreso en pro de establecer a la ciudad de Caracas como centro del poder, considerando su importancia estratégica de desarrollo político y económico. Esta discusión se consolidó con la destitución del diputado Peña y con la ausencia del general Páez que se encontraba combatiendo la rebelión surgida en el oriente del país, liderada por el general Santiago Mariño, acontecimiento que es



analizado por el doctor Francisco González Guinán en su obra titulada: *Historia Contemporánea de Venezuela* (1954, Tomo II, p. 219).

Finalmente, el Decreto de fecha 25 de mayo de 1831, estableció la instalación de Caracas como capital de la República, según documento que reposa en el Archivo General de la Nación, sección Legajos de la Provincia de Caracas. La promulgación de este Decreto fue acogido con beneplácito por los caraqueños, criticando las actuaciones del diputado Miguel Peña y del general José Antonio Páez, en torno al asunto de la capital, en las cuales se evidenciaron sus intenciones e intereses privados en la consolidación de nueva República, cuyos objetivos no alcanzaron a cristalizarse.



Publicado el 15/07/2022

José Gregorio Linares

Defensa de José Francisco Bermúdez, Libertador de Caracas

Decía Bolívar (9 de febrero de 1815): “Para juzgar las revoluciones y de sus actores, es menester observarlos muy de cerca y juzgarlos de muy lejos”. Esto lo digo porque cierta historiografía de inquisición ha construido una leyenda negra en torno al prócer de la independencia José Francisco Bermúdez: lo ha observado desde lejos y lo ha juzgado implacablemente. Cuando se refiere a él, generalmente lo coloca en el banquillo de los acusados, resalta los episodios (Los Cayos y Güiría, 1816)¹ en los que tuvo diferencias con Bolívar, minimiza hechos gloriosos de su vida; y a partir de allí lanza su sentencia admonitoria contra el patriota oriental. Es momento de reivindicar su memoria. Bermúdez (1782-1831) debe ser recordado como uno de los más tesoneros libertadores de la patria y uno de los más consecuentes bolivarianos. Veamos los hechos.

¹En Los Cayos, Bermúdez se niega a aceptar la autoridad única de Bolívar, y el Libertador le excluye de la expedición que se dirige a Venezuela. En Güiría, el 22 de agosto, se produce un violento altercado entre ambos líderes y el prócer oriental desenvaina su espada contra Bolívar; una rápida intervención del coronel Manuel Isava y el Lic. Gaspar Marcano evitó un trágico desenlace.

1813. Libertador de Oriente

En enero de 1813 Santiago Mariño comanda a un grupo de patriotas orientales entre los que se encuentran Bermúdez y otros, quienes deciden “expedicionar sobre Venezuela, con el objeto de salvar esa Patria querida”. Así, mientras el ejército que conduce Bolívar desde el occidente ejecuta la Campaña Admirable y llega victorioso a Caracas, el oriente de Venezuela es independizado por los libertadores de oriente. Juntos le dan la independencia a toda Venezuela. De modo que para la época, tan libertadores eran los libertadores de occidente como los de oriente, entre los que está Bermúdez. Esto lo reconoce el propio Bolívar, quien en carta dirigida a Mariño le dice: “Ud. a la cabeza de cuarenta amigos entró por el Oriente a tiempo que yo por el Occidente hacía otro tanto. Mutuamente nos ayudamos y por nuestros propios servicios nos elevamos a una igual dignidad”. (29 de diciembre de 1816).

1815. Defensor de Cartagena de Indias

Después de la caída de la Segunda República (1814) y de la llegada del ejército invasor comandado por Pablo Morillo (1815), hay una diáspora entre los patriotas. Bolívar parte a Jamaica y Bermúdez hacia Cartagena, que al poco tiempo sufre un espantoso bloqueo que ocasiona la muerte de una tercera parte de la población, que sin embargo resiste. El líder militar de la resistencia de Cartagena es Bermúdez, quien no solo dirige la estrategia defensiva contra el invasor sino que salva de una muerte segura a cientos de cartageneros a quienes ayuda a huir rumbo a Haití, donde reciben la generosa ayuda de Alejandro Petión.



1817. Libertador de Guayana

En 1817 Bolívar comprende que la toma de Guayana es fundamental para garantizar la independencia. “Esta empresa tan sublime como importante –explica–, asegurará las anclas de la República, si nuevas tempestades vuelven a combatirla”. Convoca a todos los patriotas para que sean “vencedores y libertadores de Guayana” (1 de enero de 1817). Uno de esos “vencedores y libertadores de Guayana” es Bermúdez, quien contrariando a su antiguo jefe, Mariño, reconoce el liderazgo del Libertador y le ayuda a *asegurar las anclas de la República*. De este modo Bolívar, reforzado con las tropas de Bermúdez y de otros patriotas, libera Guayana y toman la capital. El 17 de julio de 1817 entran juntos a Angostura gritando “Viva la República”. El 10 de noviembre de 1817, al declarar instalado el Consejo de Estado, el Libertador informa que Bermúdez: “ha sido encargado por el Gobierno del doble objeto de pacificar la Provincia de Cumaná y libertar la capital”. Al día siguiente le escribe a Sucre: “Sólo Bermúdez puede

realizar los planes del Gobierno, que se dirigen todos a la libertad general y a la concordia entre todas las partes de la República”. El 21 de noviembre de 1817 señala que Bermúdez fue designado Gobernador de Cumaná, “Provincia en que ha nacido, en que es igualmente amado”.

1819. Excluido por bolivariano

Mientras Bolívar desarrollaba la Campaña Libertadora de Nueva Granada, algunos congresistas de Angostura conspiraron contra él, bajo el pretexto de que no había consultado al Congreso su expedición libertadora; y aunque esta pretensión era absurda puesto que del secreto de aquella operación dependía su éxito, varios militares se unieron a los intrigantes y le dieron un golpe de Estado al mando bolivariano. Entre otras medidas, decidieron arrebatar a Bermúdez el comando del ejército de oriente y cedérselo a Mariño. De este modo Bermúdez fue castigado por su fidelidad al Libertador. Afortunadamente, al regresar Bolívar victorioso tras la liberación de Nueva Granada, la conspiración se disolvió *como casabe en caldo caliente* y Bermúdez fue restituido a sus responsabilidades.

1821. Libertador de Caracas

Como parte de la Campaña de Carabobo, Bermúdez organiza la operación de “diversión” sobre Caracas, que le había sido ordenada por Bolívar, la cual obligó al general realista Latorre a dividir sus fuerzas, dejando el campo libre para que el ejército patriota se unificara y pudiera actuar con más efectividad. Esto ayudó decisivamente al triunfo de las armas patriotas. “No es posible informar –dice el Ministro de Guerra y Marina, Pedro Briceño Méndez– de los prodigios que este célebre general ha obrado con una pequeña División, por esta parte, en cumplimiento de las órdenes que tenía. Baste decir que

los pueblos y el enemigo están asombrados y no alcanzan a expresar toda su admiración, ni decidir si han sido mayores su valor y su audacia o su prudencia y habilidad” (29 de junio de 1821). En el *Correo del Orinoco*, el Libertador escribió: “Las glorias de la inmortal Batalla de Carabobo no me pertenecen, son glorias conquistadas por el valiente general Bermúdez en su admirable y rápida conquista de Caracas. El desmembró con ella el gran ejército De la Torre, y él me dio por consiguiente la victoria de Carabobo”.

Después del triunfo patriota en Carabobo, la situación de los realistas en Venezuela era crítica y su derrota parecía cercana. Sin embargo, tienen tomada Cumaná, el último bastión realista en el oriente venezolano. El 17 de agosto Bermúdez se encarga del asedio terrestre y naval de la ciudad, y finalmente el 16 de octubre los enemigos se rinden. Posteriormente, en 1823, logra la capitulación de los realistas en Río Hacha y Maracaibo, y también colabora con el general Páez en la toma y rendición de Puerto Cabello.

1826. Leal siempre

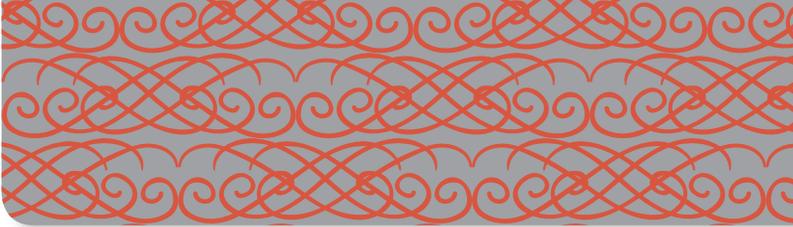
En abril de 1826 estalla la conspiración de La Cosiata, acaudillada por Páez, la cual busca el desmembramiento de la República de Colombia, creada por el Libertador. No obstante, Bermúdez y Urdaneta –jefes de oriente y Maracaibo respectivamente– se enfrentan al caudillo llanero y defienden la unidad de Colombia, integrada por Venezuela, Nueva Granada y Ecuador. Mientras otros optan por abjurar del Libertador y negociar cuotas de poder ellos se mantienen leales y, en consecuencia, son marginados y perseguidos por el gobierno paecista. Bolívar está al tanto de esta conducta y con nobleza se lo agradece en carta del 9 de julio de 1826. Bermúdez le contesta: “Se digna Ud. darme las gracias por mi heroico comportamiento en esta circunstancia y por los servicios que he hecho a la República. Ciertamente que aprecio

este rasgo sublime de gratitud; mas es muy del caso que yo diga a Ud. que la conducta que ha observado en estos tiempos de agitación y de incertidumbre, ha estado siempre en armonía con mis sentimientos de acendrado patriotismo y con la firme e ineludible amistad que profeso a Usted. Siempre de Usted muy apreciado y leal amigo”.

Sigue luchando. En Cumanacoa, el 21 de diciembre de 1827, enfrenta y vence a las fracciones que se pronuncian en contra de la autoridad del Libertador. En medio de la feroz campaña antibolivariana dirigida por Santander, quien conspira y planifica el magnicidio, el Libertador reorganiza su equipo de gobierno con hombres de su entera confianza y Bermúdez es designado (30 de agosto de 1828) Consejero de Estado, aunque no estaba en Bogotá.

Entonces, no permitamos nunca más que se denigre la memoria de Bermúdez, ese patriota ejemplar, de recia personalidad, carácter impetuoso y noble espíritu. Libertador de oriente, Jefe de la resistencia de Cartagena, Vencedor y Libertador de Guayana, Cumaná y Caracas; figura clave en la Campaña de Carabobo; hombre fervientemente leal a Bolívar.

Queda evidenciado que las diferencias ocasionales habidas entre Bolívar y Bermúdez quedaron zanjadas. A ambos hombres los unió el amor por la Patria. Hagamos como dice el Libertador: “Para juzgar de las revoluciones y de sus actores, es menester observarlos muy de cerca y juzgarlos de muy lejos”. ¡Honor y gloria a José Francisco Bermúdez!



Publicado el 15/07/2022

José Gregorio Linares

Francisco Fajardo: el malinche

Después que las autoridades bolivarianas de Caracas anunciaron que debía cambiarse el nombre de la autopista denominada Francisco Fajardo y suplantarlo por el de Guaicaipuro, los voceros de la derecha venezolana se han erigido en defensores incondicionales de la figura de Fajardo. Lo presentan poco menos que como un héroe nacional, cuya memoria debemos exaltar. Se empeñan en convertir en ícono de Caracas a un personaje nefasto: engañó, traicionó, atacó y despojó de sus tierras a sus hermanos de sangre, los pueblos indígenas que resistían al invasor europeo; fue, además, servil, entreguista y acomodaticio ante el invasor, cuyas acciones genocidas respaldó. ¿Quién fue este personaje que la derecha defiende con tanto afán?

Francisco Fajardo nace en Margarita en 1528. Su padre, Fajardo “el viejo”, originario de Galicia, fue teniente gobernador de la isla de Margarita entre 1526 y 1528; y su madre, la cacica guaiquerí Isabela, era nieta del cacique Charayma. De modo que era un criollo mestizo; pero, aunque por sus venas corría también sangre indígena, su alma estaba emponzoñada por el afán de riquezas y poder del



conquistador español. En su conducta prevaleció el espíritu servil malinche: al ofrecer su apoyo a los españoles y al convertirse él mismo en invasor, traicionó a su propio pueblo.

Fajardo no se identificó con la grandeza de los pueblos caribe, de la costa de Tierra Firme, a los que quiso arrasar; y de quienes el mismo Colón dijo en su *Diario de Viajes* que “son gente astuta y de mucho ingenio, y no cobardes” (1498). Ni mucho menos con la *Apolo-gía de los indios*, presentada por Bartolomé de las Casas en 1550, en defensa de los pueblos originarios.

Para Fajardo, los indios que se asentaban en lo que hoy es Caracas y su periferia debieron ser, como pocos años después (1578) los describe el primer gobernador de la Provincia de Venezuela, Juan de Pimentel, quien señala que “son rudos y de torpísimo entendimiento, son prontos para lo malo y nada hábiles para lo bueno. Son los indios de esta provincia inhumanos, de poca piedad y caridad.

Son atroces matadores y comedores de carne humana”. Por eso los combate a sangre y fuego destruye sus asentamientos para establecer los suyos, y los convierte en siervos de sus encomiendas.

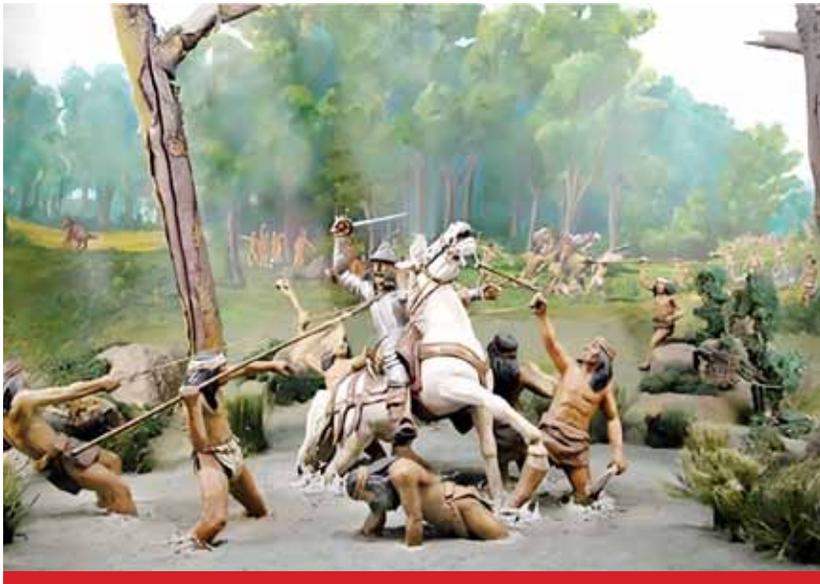
Alrededor de 1555 Fajardo sale de Margarita; emprende su campaña de manipulación y engaño destinada a ganar la confianza de los caribe de tierra firme, aprovechando los lazos de consanguinidad que él y su madre tenían con algunos caciques de gran prestigio, entre ellos Naiguatá. Cuando con el tiempo se vio descubierto, desenvainó su espada de conquistador: organizó varias expediciones punitivas contra los poblados caribe de la región centro costera de Venezuela, bajo el pretexto de que estaba fundando pueblos. En realidad, los estaba exterminando a la vez que entregaba sus tierras y pobladores a los lugartenientes que lo acompañaban. A su compañero portugués Cortés Richo le adjudica lo que hoy se conoce como Valle-Coche; y a otro de sus secuaces, Juan Jorge Quiñones, le entrega el valle de San Jorge, hoy Caricuao-Macarao-Las Adjuntas.

Cuando en 1559 funda el hato de San Francisco, núcleo hispánico de la futura Caracas (situado entre lo que hoy es Carmelitas, Santa Capilla y Veroes, según las indagaciones arqueológicas de Mario Sanoja e Iraida Vargas), en un pequeño espacio que formaba parte del territorio habitado desde ya hacia miles de años por los caribe, ya es un conquistador: usurpa tierras, contraviene pactos, violenta la autoridad y reparte encomiendas. A los indios que confían en él los traiciona, como lo hizo con el cacique Paisana a quien en 1558 mandó a ahorcar.

Fajardo no se compadece de los innumerables sufrimientos a que son sometidos sus hermanos originarios a manos del conquistador europeo. Vivió de cerca la injusticia y no se conmovió de la suerte de sus semejantes. Vio las acciones de los opresores extranjeros cuyas acciones, según relata Bartolomé de las Casas en 1542, “ni son de

cristianos ni de hombres que tienen uso de razón, sino de demonios, seres más inhumanos que crudelísimos tigres y que rabiosos lobos y leones: desde la costa de Paria hasta el golfo de Venezuela la exclusive, que habrá doscientas leguas, han sido grandes y señaladas las destrucciones que los españoles han hecho en aquellas gentes, salteándolos y tomándolos para venderlos por esclavos. No se podrían fácilmente decir ni encarecer particularizadamente cuáles y cuántas han sido las injusticias, injurias, agravios y desafueros que las gentes de aquella costa han recibido”. (*Brevísima relación de la destrucción de las Indias, 1542.*)

Siendo Fajardo oriundo de Margarita, ni siquiera se identifica con el sufrimiento de sus coterráneos, que para entonces eran sometidos a los más disímiles actos de barbarie. Pretende ignorar hechos inicuos que se desarrollaban para entonces tanto en su isla como en Cubagua, donde “la tiranía que los españoles ejercitan contra los indios en el sacar o pescar de las perlas es una de las crueles y condenadas cosas que pueden ser en el mundo. Meten a los indios en la mar en tres, en cuatro o cinco brazas de hondo. Desde la mañana hasta que se pone el sol están siempre debajo del agua nadando, sin resuello, arrancando las ostras donde se crían las perlas. Salen con unas redcillas llenas de ellas a lo alto y a resollar, donde está un verdugo español en una canoa o barquillo, y si se tardan en descansar les da de puñadas y por los cabellos los echa al agua para que tornen a pescar. Muchas veces, zambúllense y nunca tornan a salir, porque los tiburones y marrajos, que son dos especies de bestias marinas cruelísimas que tragan un hombre entero, los comen y matan”. (*Brevísima relación de la destrucción de las Indias, 1542.*) Todo esto lo presenciaba Fajardo muy de cerca y no hizo nada para evitarlo. Al contrario, con su alianza con los invasores, les hizo más penosa la vida a sus paisanos insulares.



Afortunadamente, mientras Fajardo y sus cipayos se mantenían indiferentes ante las injusticias o acosaba a sus hermanos, otros indígenas se incorporan a las luchas que contra los invasores libraban los pueblos rebeldes agrupados en una federación encabezada por Guaicaipuro, entre los que estaban caciques de gran valor y talento como Paramaconi, el gran jefe toromaima que liderizaba la lucha en los alrededores de Caracas, y la cacica Apacuana, ejemplo de coraje y lealtad, entre otros y otras.

Como lo explica el prestigioso antropólogo Gaspar Marcano (1850-1910): “durante diez años, los españoles encontraron en el país de los caracas una oposición que provenía tanto de su valor, habilidad y patriotismo como del hecho de que, constituidos como naciones independientes, prolongaban la lucha, estando separadas, o unidas entre sí. Sus caciques por lo demás, se encontraban a la altura de su noble misión. Guaicaipuro fue no solo un guerrero indomable, sino un verdadero organizador. Él no se limitó a defender

sus súbditos y aliados; organizó una guerra ofensiva que le permitió reconquistar más de una vez el terreno que los españoles creían ya poseer”. (*Etnografía precolombina de Venezuela, 1889*).

Como estamos viendo, ya desde el siglo XVI se enfrentaban dos visiones de Venezuela: una, entreguista e indigna, aliada a los proyectos de dominación de los imperios invasores, representada por Fajardo y sus huestes de malinches; la otra, decorosa y combatiente, asociada a la lucha por la resistencia y la soberanía, enarbolada por Guaicaipuro y los pueblos indígenas insurgentes. De modo que los que hoy defienden a Francisco Fajardo como emblema de Caracas son los mismos que pretenden entregar nuestra nación a la rapaz codicia del imperio del Norte: buscan en los personajes del pasado los arquetipos para cometer sus fechorías en el presente. Mientras que los que proponemos a Guaicaipuro, (Paramaconi o Apacuana) como símbolo, levantamos las banderas de la independencia, la identidad y la defensa integral de la patria. Nos inspiramos en su pensamiento y en su acción emancipadoras. Repetimos nuevamente su grito de combate caribe: ¡Ana Karina Rote, Aunicon Paparoto Mantoro Itoto Manto! “Solo nosotros somos gente libre, aquí no hay cobardes y nadie se rinde. Esta tierra es nuestra”.

Mario Sanoja, Iraida Vargas

Los referentes simbólicos de la modernidad del siglo XIX en Caracas

Existen en Caracas diversos referentes simbólicos antiguos que aluden a hechos históricos recientes: los símbolos de la ciudad son producto del proceso histórico dialéctico de fundación y refundación de la traza urbana; así podemos ver que la actual Iglesia de Santa Capilla, por ejemplo, es la última versión de una serie de iglesias caraqueñas que fueron construidas en el mismo sitio, una sobre las ruinas de las anteriores, desde el siglo XVI hasta el presente. Por ejemplo, el edificio de la Catedral es el testigo de la renovación urbana ocurrida a finales del siglo XVII que le dio a la traza de la precaria ciudad fundada por Diego de Losada su aspecto definitivo, donde se insertan luego como símbolos histórico-culturales: la estatua ecuestre de Simón Bolívar, en la plaza del mismo nombre, el arco de la Federación, la cúpula del Capitolio, el Panteón Nacional; todos ellos son componentes objetuales que dan cuenta del inicio de la modernidad guzmancista en el siglo XIX, de la misma manera que el barrio El Silencio, el Centro Simón Bolívar y la abigarrada red de autopistas y pasos a nivel que se inician a partir de 1950 dan



cuenta de los inicios de la modernidad desarrollista perezjimenista que se prolonga hasta la Caracas actual.

1

Los símbolos son imágenes, sonidos, flora, fauna, u objetos materiales que nos permiten sentirnos identificados con los componentes de la realidad que nos rodea. Un símbolo, además, siempre posee signos, que constituyen significantes que nos vinculan con contenidos ideológicos de la realidad, los cuales podemos llegar a aceptar de manera acrítica.

Tal es el caso de los símbolos que han sido creados como patrios, particularmente el escudo de la ciudad de Caracas constituye junto con las ocho estrellas los significantes de la ciudad de Santiago de León de Caracas, fundada por Diego de Losada en 1568. Las causas de esa denominación fue la dedicatoria de la ciudad al apóstol Santiago, patrón militar de España y, por otra parte, una gentileza de Don Diego hacia la persona de Pedro Ponce de León quien fungía para el momento como gobernador de la Provincia de Caracas. Es

evidente que tal denominación fue puramente coyuntural. La utilización del león en la simbologización del escudo de Caracas no tiene nada que ver con la realidad caraqueña, donde ese animal no existe ni ha existido antes. Por otro lado, el signo muestra el carácter salvaje de la bestia africana que se representa con sus garras y sus colmillos en actitud amenazante, sino con el ya nombrado Ponce de León, oriundo del Reino de Castilla y León, quien había sido designado en 1564 por los reyes de España para coordinar la guerra contra la confederación de pueblos caribes que controlaban la región centro-norte de Venezuela, en particular, el llamado Valle de los Caracas donde habitaban grupos toromaimas, caribe hablantes.

Al llegar a Venezuela, Ponce de León confirmó el grado de General a Diego de Losada y lo puso al frente de la expedición integrada por 300 soldados españoles y 1.600 guerreros y guerreras jiraharas, pertenecientes a la familia lingüística arawaka, habitantes de la región falconiana-larense, posiblemente enemigos de los caribes que habitaban para entonces la región centro-norte costera de Venezuela.

El escudo de armas de la ciudad de Santiago de León de Caracas, adornado con un león y la Cruz de Santiago, fue aprobado por cédula real de septiembre de 1591 por solicitud de Simón Bolívar el Mozo, antepasado del Libertador y oficializado por Real Cédula de Carlos III del 13 de marzo de 1766.

2

La Ceiba de San Francisco

Símbolo: la vegetación originaria del valle de Caracas

Según las investigaciones sobre la paleobotánica caraqueña, para inicios de la era cristiana la vegetación dominante en la región caraqueña estaba conformada principalmente por bosques de pinos caribe (*pinus caribaea*). En los siglos posteriores parecen haberse



producido sucesivos deslaves sobre el piedemonte sur del Waraira Repano que causaron grandes acumulaciones de sedimentos en la ladera norte que colinda con el valle. Grandes bloques erráticos, como el que se observa en la autopista del Este a la altura de La Carlota podrían ser testigos de uno de aquellos eventos. Dentro de la vegetación dominante de pinos caribe deben haber existido enclaves boscosos de otras especies vegetales como la ceiba, (*Ceiba pentandra*), relicto de los cuales sería la de San Francisco. No debemos olvidar que – según nuestras investigaciones arqueológicas– vecina a dicha ceiba se encontraba localizada para 1300 de la era una aldea toromaima caribe. La imagen de la Ceiba de San Francisco sería, pues, uno de los símbolos vegetales antiguos de la ecología natural originaria de Caracas, árbol que sirvió de cobijo a nuestros antiguos pobladores.

El Waraira Repano

Símbolo: la belleza natural del valle de Caracas

Caracas es una de las pocas ciudades del mundo que se despliega a lo largo de un piedemonte tan extenso y majestuoso como el del Waraira Repano. La imponente mole montañosa inspiró el poema *Vuelta a la Patria*, escrito por el poeta caraqueño del siglo XIX, Juan Antonio Pérez Bonalde, una figura literaria muy importante del movimiento modernista. En dicho poema nos describe la ciudad de Caracas como una figura muy romántica que exalta su carácter femenino: “Caracas allí está, vedla extendida a los pies del Ávila empinado, cual odalisca rendida a los pies del sultán enamorado...”. La figura femenina de la odalisca (del turco *odalik*) no alude a la caracterización de una mujer débil; por el contrario, las odaliscas y sobre todo la odalisca principal, inmortalizadas en las obras pictóricas de Ingres y de Matisse, eran personajes que dominaban al gobernante mediante el amor, la astucia y el encanto físico. ¿Cuáles de esos rasgos tiene nuestra Caracas actual? Caracas es una ciudad muy dura de vivir, pero con una serie de matices de ternura y encanto que la hacen muy atractiva.

A pesar del desorbitante desarrollo urbano que se inició en 1950, Caracas ha conservado una presencia vegetal importante que dulcifica la crudeza del concreto, al mismo tiempo que un cielo todavía límpido y azul que sirve de telón de fondo a la mole imponente del Waraira Repano.

La mayoría de las y los caraqueños conocen el Waraira Repano desde lejos o al menos desde la cercanía de la cota Mil, pero ignora muchas veces la diversidad de hermosos paisajes que existen al interior de aquel sistema montañoso atravesado por innumerables riachuelos de aguas límpidas y frías. En nuestros lejanos tiempos de estudiante del liceo Fermín Toro, era integrante del Centro Excursionista Codazzi (CEA), formado por jóvenes adolescentes amantes de la Naturaleza y del

ejercicio físico quienes todos los fines de semana, los carnavales y las semanas santas “subíamos al cerro”: al picacho del Ávila, la Silla de Caracas, el Pico Naiguatá o atravesábamos por una de las picas que llevaba desde Caracas al alto de Los Pericos para de allí bajar a La Guaira y Macuto donde nos dábamos un estimulante baño de mar. Cuando teníamos tiempo y ganas hacíamos la llamada “travesía”, que significaba subir por el pico Naiguatá, descender, escalar el pico oriental de la Silla de Caracas y continuar hacia el oeste, hacia el pico occidental y el Pico del Ávila para bajar, finalmente, por la Puerta de Caracas o remontar la ladera recubierta por una espesa selva tropical lluviosa, hasta llegar a la antigua hacienda de café denominada Los Venados, donde una vez existieron los venados llamados “matacanes”, desde donde bajábamos a Caracas luego de una ducha de agua helada proveniente de uno de los arroyos que existían en la montaña. ¿Cómo convertir en símbolos todas esas hermosas referencias paisajísticas? Sin duda, un buen artista podría transformarlas en imágenes, en significantes accesibles a todas y todos los caraqueños: cielos limpios, vientos frescos y vegetación sombreada.

Aquella vida excursionista implicaba dormir, como se dice en francés, a la *belle étoile*, al descampado, envueltos en una frágil cobija. Desde lo alto podíamos ver en la lejanía la ciudad de Caracas, recostada al pie de la montaña, cual odalisca rendida –como dijo el poeta Pérez Bonalde.

El Waraira Repano de nuestros aborígenes caribes es el símbolo más importante que permite la identificación con la ciudad. Desde cualquier sitio de la urbe podemos ver su perfil sinuoso y saber que es nuestro norte: no existe ninguna otra ciudad parecida a nuestra Caracas. Y ahora la torre del hotel Humboldt construida en la década de los años 50, es un nuevo símbolo que nos recuerda cómo las y los caraqueños conquistamos físicamente el disfrute de la belleza del Waraira Repano, convirtiéndola en un patrimonio natural al alcance de todas y todos.



4

Los pueblos caribe

Símbolo: el valor humano del pueblo caraqueño

Otro componente simbólico importante de la historia de la ciudad de Caracas alude al origen cultural caribe de la ciudad. Las investigaciones arqueológicas han mostrado la importancia que tienen para el conocimiento del antiguo poblamiento caribe toromaima de Caracas las figurinas femeninas excavadas en los montículos de habitación construidos por los pueblos caribe, muchos de los cuales habitaban en la cuenca del lago de Valencia y en otros sitios de la región centro-norte costera de Venezuela. La mayor parte de las representaciones humanas en arcilla que tipifican el pueblo caribe del norte del país son femeninas, muchas de ellas con manifestaciones

de estar embarazadas. Ellas simbolizan la figura de la mujer como la representación humana más importante que hacían las alfareras de las comunidades caribes, lo cual nos permite inducir el importante papel social que deben haber jugado en ella las mujeres. Muy posiblemente se trataba de una sociedad matrilineal y matrifocal similar, en su forma, a la sociedad wayúu contemporánea donde la descendencia familiar, así como la creación y la transmisión hereditaria de los bienes patrimoniales de la familia se realiza culturalmente a través de la madre y del tío materno de mayor edad.

Desde el punto de vista formal, artístico, las figuras humanas femeninas caribes conforman una simbología con mayor significación que el león del escudo de Diego de Losada, totalmente ajeno a los contenidos de la memoria histórica caraqueña. Tenemos, por otra parte, que el carácter guerrero de las mujeres caribes se encuentra simbolizado en el personaje de Apacuana, cacica de caciques, cuya figura fue reivindicada con la erección de una estatua procera de esta valiente mujer, que se encuentra ubicada en el inicio de la autopista de El Valle, espacio donde se hallaba localizada anteriormente la figura de un fiero león africano que curiosamente se suponía que simbolizaba la bienvenida que ofrecía la ciudad de Caracas a sus visitantes y habitantes. La figura guerrera de Apacuana, por el contrario, tiene relación simbólica con la gallardía revolucionaria, patriota y combatiente que caracteriza al pueblo venezolano y al caraqueño en particular, en este momento de duras pruebas a las cuales está sometido el patriotismo de nuestra nación.

5

La Santa Capilla: símbolo espacial de Caracas

Símbolo: marca el lugar donde se originó la ciudad colonial

En estos tiempos cuando se trata de reconocer los símbolos caraqueños podemos apelar referentes a la modernidad del siglo XIX, pues existen en Caracas otros referentes simbólicos que aluden a hechos históricos relativamente recientes: la Iglesia de Santa Capilla, que es la última versión de una serie de iglesias caraqueñas que desde el siglo XVI fueron construidas en un mismo sitio, cada una sobre las ruinas de la anterior, lo que sucedió hasta el presente. Igualmente, el edificio de la Catedral es el testigo de la renovación urbana que se inició a finales del siglo XVII y que le dio a la vieja ciudad su aspecto definitivo: la estatua ecuestre de Simón Bolívar, en la Plaza del mismo nombre, el Arco de la Federación, la cúpula del Capitolio, el Panteón Nacional, son componentes objetuales que dan cuenta del inicio de la modernidad guzmancista en el siglo XIX, de la misma manera que la abigarrada red de autopistas y pasos a nivel que se inician a partir de 1950 dan cuenta de la modernidad desarrollista perezjimenista que se prolonga hasta la Caracas reciente. Los símbolos de la ciudad de Caracas, es bueno recordar que estamos hablando de un proceso fundacional que es histórico y que ha dejado sus huellas materiales en el casco antiguo caraqueño. Un ejemplo de ello es la iglesia de Santa Capilla, testigo histórico de la fundación de la ciudad.

Según nuestras investigaciones arqueológicas, Caracas fue fundada en una aldea caribe conquistada por las tropas de Diego de Losada. Contrastando la fecha fundacional dada por la historia documental, 27 de julio de 1567, con el registro arqueológico obtuvimos una datación absoluta de C-14 (Beta-95015), muestra sacada de la huella del poste carbonizado de un bohío indígena que fue utilizado luego como ermita de la aldea indohispana fundada



por Losada. La datación arrojó una fecha convencional de 580 ± 70 aP. esto es 1559-1580 d.C. lo que corrobora la fecha documental. La muestra de carbón estaba asociada con alfarería indígena, hachas líticas, pendientes de jadeíta, pintaderas de arcilla, dedales metálicos y fragmentos de mayólica Columbia Plain, de uso muy difundido en el Caribe en el siglo XVI, así como con vértebras de peces de río, huesos de conejos, agutíes o lapas y, posiblemente, de venados y de báquiros o *Tayassu* sp.

La aldea caribe toromaima, ubicada en el punto más elevado de la terraza alta del río Guaire que atraviesa el valle de Caracas de oeste a este, ocupaba aproximadamente la manzana delimitada por las actuales esquinas caraqueñas de Carmelitas-Santa Capilla, Veroes y Principal, desde la cual los habitantes de la aldea tenían un ángulo de visión estratégica de 150° sobre todo el valle de Caracas.

La aldea original fue transformada posteriormente en un castro o campamento defensivo, de planta rectangular y de aproximadamente 80 x 40 mts, cuyos restos fueron localizados en la parte trasera de la Escuela de Música José Ángel Lamas, área correspondiente a la actual manzana atípica delimitada por las esquinas de Santa Capilla, Veroes, Catedral y Principal.

Secuencia arqueológica de las iglesias de la villa campamento

La primera ermita caraqueña –la ermita de San Sebastián– se instaló en un bohío de la aldea indígena de planta rectangular, orientado de este a oeste, construido según la fecha de C-14 en 1559, año cuando el conquistador Francisco Fajardo fundó la efímera villa de San Francisco, quemada posteriormente por los indios toromaimas. Tal como lo asevera el historiador Arístides Rojas, hasta 1600 esta primera iglesia caraqueña era “un miserable caney” (en Sanoja y Vargas-Arenas 2002: 93).

En 1589 el Cabildo de Caracas aprobó construir una segunda ermita, dedicada a San Sebastián-San Mauricio, construida con paredes de tapia, basamento de piedras y piso de cantos rodados, sobre la planta del antiguo bohío. Posteriormente, en 1595, dicho Cabildo dio paso a la construcción de la ermita.

Entre los cantos rodados que pavimentaban el piso de la ermita recolectamos un fragmento de una daga de acero, un fragmento de mayólica sevillana *Azul sobre Azul* y un fragmento del sistema de percusión a pedernal (*flintlock*) de un mosquete. La mayólica Sevilla *Blue on Blue* según Deagan y Goggin indicaría una fecha entre 1550 y 1630. El sistema *flintlock* comenzó a ser fabricado en Francia entre 1550 y 1634 (*Britannica Micropedia* 1979:186). Como los soldados castellanos utilizaban arcabuces de mecha, es posible que un dispositivo “moderno” como el *flintlock* hubiese provenido de un

mosquete de los filibusteros ingleses de *Amyas Preston* quienes, en 1595, tomaron y quemaron a Caracas.

Para 1595, el antiguo campamento de Losada parece haber ocupado todavía un rectángulo de 40 x 60 m. Las estructuras excavadas señalan casas de planta rectangular de alrededor 5,10 m. por lado, alineadas a lo largo del perímetro del campamento, alrededor de la plaza central. En el ángulo noreste de dicha plaza relevamos una excavación circular de 60 cm. de diámetro y 80 cm. de profundidad, posible ubicación del “rollo” o “picota” que usualmente marcaba la fundación de una ciudad. En torno a la huella del poste de otra vivienda, se recuperaron cuentas de collar tipo chevrón, conocidas también como Star o Rosette, datadas en otros sitios del Caribe entre 1550, 1565 y 1700.

La planta de la segunda ermita, dedicada a San Sebastián y San Mauricio se asentó sobre la planta de la anterior localizada en la parte media del límite oeste de la villa, elevada unos 60 cm. sobre la superficie de la plaza. Su fachada, que miraba hacia el este terminaba en un piso empedrado, especie de atrio que descendía hacia la plaza, separado de la misma por una hilera de postes que formaban al parecer parte de una barrera que delimitaba el área de la plaza donde, según las crónicas de la época, funcionaba un mercado y se hacían juegos de “toros y cañas”.

La segunda ermita era una construcción de planta rectangular de aproximadamente 5x10 m. dividida en dos ambientes mediante un muro interior de tapia. La sección delantera, el presbiterio, estaba aparentemente dedicada a los oficios públicos; la parte trasera servía al parecer como vivienda de los frailes o sacerdotes, dada la presencia en la misma de basura doméstica. A falta de un altar, parece que existía una cruz clavada en el piso del presbiterio.

El edificio de la segunda ermita fue severamente dañado por un terremoto acaecido en 1641. Las excavaciones en la estructura mostraron la fractura y la distorsión que, como consecuencia del

sismo, presentaban en su orientación los ladrillos del rellano de la puerta existente entre el presbiterio y la sacristía.

La tercera ermita o iglesia caraqueña (1641-1734) de San Sebastián y San Mauricio, levantada sobre la planta de la segunda, tenía un presbiterio de 10 x 8 m., más amplio que la anterior. El piso de guijarros de la ermita anterior fue remplazado por uno de argamasa de 2 a 3 cm. de espesor, colocado sobre una capa de tierra negra endurecida. El techo, posiblemente a dos aguas, estaba soportado por una hilera de postes de madera de sección cuadrada anclada sobre bases de ladrillo tramado que tenían una superficie de 80 x 80 cm.

La sucesión histórica de ermitas construidas en la cuadra que fue originalmente asiento de la villa-campamento de Losada, es muestra fehaciente de la continuidad de las diversas fases históricas por las cuales atravesó la construcción del espacio de la misma. La tercera ermita fue demolida hacia 1734 para construir la vecina iglesia de San Mauricio, la cuarta ermita, sobre la cual se levantó a su vez en 1870, por orden del presidente Guzmán Blanco la quinta, que es la actual iglesia de Santa Capilla, copiada de la *Sainte Chapelle* de París la cual tenía originalmente un solo cuerpo, al igual que las ermitas anteriores. Su planta fue modificada en 1921 para añadirle sendos cuerpos laterales.

En 1674 se concluyeron los trabajos de construcción de la iglesia Catedral de Caracas en su actual emplazamiento; el Cabildo decretó a su vez la construcción de la Plaza Mayor (actual Plaza Bolívar). Este hecho representó el fin de la villa-campamento fundada por Diego de Losada en 1565 y el inicio de la definitiva ciudad colonial.

Mi padre, Augusto Sanoja, allá por los años cuarenta, era telegrafista y trabajaba en el edificio de los Telégrafos Federales que se hallaba justo frente a la iglesia de Santa Capilla. Era un hombre muy devoto; todas las mañanas a la 8:00 am. hacía la ofrenda de una vela a una imagen de Cristo que se hallaba en la puerta sur de la capilla. Allí



le esperaba también un grupo de mendigos entre quienes él repartía dinero para que fuesen a desayunar. En 1948 cuando falleció mi padre, esos mismos mendigos cargaron su ataúd desde la esquina de La Ceiba, en La Pastora, donde vivíamos, hasta la Santa Capilla donde le dieron el último adiós a su “negro Sanoja”.

6

El Convento de San Jacinto, el Reducto San Pablo, el Cuartel San Carlos

Símbolo: antecedentes remotos de la unión cívico-militar

Cuando la persona entra al espacio del casco histórico de la ciudad de Caracas, viniendo del este por la avenida Universidad, se encuentra con un enorme árbol cuya presencia preside sobre la iglesia de San Francisco y el Palacio Federal Legislativo: la Ceiba de San Francisco, relicto de la formación vegetal que recubría en la antigüedad la superficie del valle de Caracas.

La ocupación temprana de nuestro valle caraqueño por pueblos

indígenas está sustentada en la secuencia palinológica elaborada por el científico de la UCV –profesor Volkmar Vareschi– en las turberas del pico Naiguatá, Sierra Oriental del Waraira Repano. Dicha secuencia de polen fósil nos indica que la geohistoria del valle de Caracas atravesó por una sucesión de fases fluctuantes que van desde una caracterizada por bosques de Podocarpus, particularmente el llamado pino caribe, entre 3080 + 1130 años antes de Cristo, asociado con vegetación de gramíneas y bosque en la era cristiana y vegetación arbustiva secundaria (*Oyedaea verbesinoides*) hacia 400 años d.C. Finalmente la vegetación sabanera de gramíneas se hizo dominante en el valle, debido tal vez a la acción antrópica, particularmente cuando habría ocurrido la ocupación caribe del valle, como lo indica la diversidad de sitios arqueológicos que representan al parecer antiguas aldeas y viviendas indígenas dispersas sobre el territorio caraqueño.

Aquel momento podría quizás relacionarse con la fecha de C14 Beta-95018 de 629 + 90, 1315-1390 después de Cristo, que estaría datando una posible intervención de la biota del valle por una numerosa población de indígenas caribes. Ello podría estar relacionado con la existencia de otro bohío indígena ubicado en el patio sur del actual Palacio de las Academias unos 200 m. al sur del campamento original de Diego de Losada, que estuvo ubicado en la actual cuadra definida por las esquinas de Veroes, Catedral, Principal y Santa Capilla, el cual está datado con la fecha calibrada de C-14 (Beta-95018) entre 1315 y 1390 después de Cristo. Los resultados calibrados indican la existencia de dos sigmas o 95 % de probabilidad de que dicha fecha se ubique entre los valores extremos de 1250 y 1459 después de Cristo, y un sigma de resultados calibrados que indica 68 % de posibilidades de que la fecha se ubique entre 1290 y 1420 después de Cristo. La intercepción de la curva de radiocarbono con la curva de calibración señala posibles fechas iniciales de 1315, 1345 o 1300 años

después de Cristo. Estos fechados corresponderían posiblemente con el inicio de la ocupación del valle de Caracas por los pueblos caribes toromaimas. Posteriormente, el lugar que había ocupado dicha aldea o bohío fue habilitado en 1578 como sede del actual convento de San Francisco.

Nuestras excavaciones arqueológicas en el patio trasero del actual Palacio de las Academias, indicaron la existencia de un contexto de basura doméstica de 2,60 m. de espesor, producto de la actividad humana que se suscitó en dicho sitio desde los siglos XIII-XIV después de Cristo, hasta, posiblemente, finales del siglo XVII, como lo indica la presencia de abundante mayólica o loza Talavera, loza poblana y olambrillas (mosaicos) polícromas con diseños zoomorfos. Dicha mayólica, en este caso, indicaría para las capas superiores del depósito arqueológico una antigüedad relativa entre mediados del siglo XVI e inicios del siglo XVII cuando en el área existió posiblemente un corral de ganado y un matadero de reses vinculado a las actividades productivas que desarrollaban los frailes del convento franciscano.

7

El Reducto San Pablo

Desde la fundación de Caracas, el Cabildo de la ciudad acordó construir –alrededor de 1590– un perímetro defensivo de la ciudad; el primer componente del mismo, estudiado arqueológicamente por nuestro proyecto de arqueología urbana, fue el Reducto San Pablo, ubicado en la actual esquina del mismo nombre, terraza baja del río Guaire, unos 600 m. al sur del campamento original de Diego de Losada. En dicho sector, ubicado a orillas del río Caroata, que corre paralelo al Guaire, existió otra aldea indígena compuesta por bohíos de planta oval, sobre cuyo emplazamiento se construyó –hacia 1600 de la era– un reducto militar integrado por una iglesia dedicada a



San Pablo, un Hospital Real y un puesto militar fortificado que vigilaba el paso del río.

El Reducto San Pablo se hallaba localizado estratégicamente en la encrucijada de caminos que, desde las actuales parroquias de Antímano, La Vega y El Valle, y posiblemente otras aldeas indígenas, conducían hacia el centro de Caracas.

Mediante cédula del 21 de septiembre de 1742 se ordenó remodelar y ampliar el hospital de San Pablo, que se hallaba en estado ruinoso, para poder atender la creciente población caraqueña. La estratigrafía arqueológica del viejo hospital revela que, para aquella fecha, se hizo un relleno con tierra y cascajo al interior del antiguo edificio subiendo el nivel de piso hasta una altura de 1,60 m. Los antiguos muros del viejo hospital sirvieron de sillares para la construcción de una nueva edificación con piso de argamasa.

La aldea de San Pablo, localizada sobre las vegas del río Carroata, es un referente importante para comprender el proceso de colonización del valle de Caracas, ya que ella –muy posiblemente–

permitía el acceso a los alimentos que producía la población aborigen (yuca, casabe, maíz, etc.) y, particularmente, a la cría de ganado vacuno y la pesca de la fauna fluvial de los ríos Caroata y Guaire, así como también a los sitios donde se manufacturaba la loza doméstica de tradición indígena y a los servicios de un posible taller de herrería que existía en la aldea de San Pablo.

Es posible que los ríos Caroata y Guaire albergasen también un tráfico comercial fluvial de bongos y canoas que permitían alcanzar hasta la desembocadura del Guaire en el mar Caribe en el área de Paparo, actual estado Miranda.

Desde el punto de vista estratégico, la aldea San Pablo protegía el acceso desde el sur al poblado central de Caracas y podía servir, en caso de emergencia, como refugio a la población del mismo. Es posible que la aldea haya servido de cobijo a la población caraqueña en 1595, durante la invasión del corsario inglés Amyas Preston. La importancia de San Pablo puede apreciarse en el aumento numérico de su población que la llevó a ser –en el primer tercio del siglo XIX– la parroquia más poblada de Caracas.

El Reducto San Pablo era, para mediados del siglo XIX, un cuartel de artillería, cuartel de milicias y, eventualmente, sede de la Presidencia de la República. En 1870, el gobierno de Guzmán Blanco construyó sobre la planta de dicho reducto el edificio del actual Teatro Municipal.

El proceso de urbanismo temprano caraqueño, como vemos, se apoyó en diferentes aldeas indígenas caribes que se hallaban localizadas en la cornisa tanto de la terraza alta como la baja del río Guaire; dichas aldeas, que revelaban la arquitectura territorial originaria del poder caribe, fueron transformadas en conventos o en puestos militares que controlaban estratégicamente los accesos hacia el castro o poblado principal caraqueño y definían su perímetro defensivo sur,

región que estuvo en manos de tribus caribes hostiles a los colonizadores castellanos hasta finales del siglo XVI.

8

El Cuartel San Carlos

En las postrimerías del siglo XVIII se construyó el Cuartel San Carlos para tropas veteranas, localizado al norte de la ciudad de Caracas, el cual fue excavado también como parte de nuestro proyecto, recuperándose valiosa información material sobre la historia militar venezolana. Destruído por el terremoto que asoló a Caracas en 1812, su estructura fue paulatinamente reconstruida, restaurada y adaptada a nuevos usos como cuartel de artillería, intendencia y prisión militar; como tal estuvo en uso hasta 1980.

La construcción del cuartel San Carlos dio respuesta, a finales del siglo XVIII, a la necesidad de proteger la parte norte de la ciudad y a su comunicación con el puerto de La Guaira. Una edificación militar urbana de las dimensiones del San Carlos, revela la importancia que adquirió la ciudad de Caracas en el plan estratégico colonial caribeño por su relevancia como enclave comercial, administrativo y portuario del conjunto conurbado Caracas-La Guaira que ya se revelaba como elemento clave del dominio imperial caribeño.

El símbolo del cuartel San Carlos entró en la memoria colectiva caraqueña en ocasión del golpe cívico-militar del 18 de octubre de 1945, por su papel protagónico en la rebelión militar apoyada en el partido Acción Democrática que derrocó al presidente constitucional Isaías Medina dando origen a una nueva fase política de la sociedad venezolana, que culminó el 4 de febrero de 1992 con la entrada de Hugo Chávez en la historia de Venezuela.

Los verdaderos símbolos urbanos de Caracas, como podemos ver, son un patrimonio más complejo y significativo, histórica y culturalmente, que el triste león que nos impusieron los colonialistas españoles.

9

El barrio San Pablo y el origen del barrio El Silencio

Símbolo: la evolución urbana de Caracas

Aunque no es muy corriente referirse a San Pablo como instalación militar, algunos mapas de Caracas hacen alusión al Reducto (De Sola 1967), un baluarte defensivo construido al interior de otra fortificación. Dicho Reducto San Pablo se hallaba localizado estratégicamente en la encrucijada de los caminos que viniendo de La Vega, Antímano y El Valle conducían al centro de Caracas luego de atravesar el río Caroata. Por ello, no es de extrañar el papel que jugó como baluarte militar para la defensa de Caracas hasta finales del siglo XIX. A partir de esa fecha, el cambio en la concepción estratégica de los militares caraqueños de acuerdo con la expansión de la ciudad determinó que era más importante fortalecer la presencia militar (cuarteles, retenes de vigilancia, etc.) en el área centro-norte de la ciudad.

La utilización del Reducto San Pablo como cuartel de artillería, cuartel de milicias y sede de la Presidencia de la República durante el siglo XIX está atestiguada por diversas fuentes. Existen también grabados que representan el asalto al Reducto, utilizando infantería y artillería, durante la batalla denominada “La Sampablera”. A raíz del golpe de Estado que derrocó al presidente Julián Castro el 1 de agosto de 1859, Level de Goda en su obra histórica, habla de la existencia en el Reducto San Pablo de un Cuartel de Milicias al mando de un Comandante de Armas, el coronel Manuel Vicente de las Casas. A partir de dicha posición militar se organizó el contragolpe de los



federalistas contra las fuerzas conservadoras. El Reducto San Pablo constituyó el pivote de una línea defensiva establecida por el general Pedro Aguado, la cual se extendía hasta el cerro El Calvario, para combatir el asedio de las tropas veteranas del Batallón Caracas que apoyaba los planes políticos de la oligarquía caraqueña.

Confirmando lo anterior, el libro autobiográfico de Tomás Ybarra, *Young Man in Caracas* refiere cómo, el año 1874, los caballos desbocados del carruaje donde viajaba su futura madre se detuvieron a la puerta del cuartel de San Pablo:

“Allí tenía sus cuarteles la artillería venezolana. En la ventana del frente se hallaba sentado su comandante, el joven general Alejandro Ibarra...”

Las instalaciones religiosas, hospitalarias y militares del Reducto, como ya dijimos, se hallaban sobre una barranca elevada de 4 m. sobre

las vegas del río Caroata. En el siglo XVI, como apuntamos anteriormente, existió al pie de la barranca un caney o palenque de forma oval que cubría el acceso a las edificaciones del hospital y a la ermita. Posteriormente fue reemplazado dicho palenque por un muro de tapia y piedras que definía el perímetro defensivo del reducto en su parte sur. Para el siglo XIX, el muro de tapia había sido forrado con piedras y ladrillos en su parte sur edificándose una fortificación armada con baterías de cañones de una libra, pozos de tiradores y garitas de vigilancia, defendidos al oeste y al este por un muro de tapia o piedra que formaba el perímetro del Reducto de 50 x 70 m. cerrado al norte por el hospital y la ermita. Según el General de Artillería, Héctor Bencomo (comunicación personal), el bajo calibre de los cañones de la fortificación indica que su objetivo era hostigar al personal de las tropas enemigas que intentasen forzar el paso del río Caroata.

El Reducto constituyó, desde el siglo XVI hasta el siglo XIX, un punto de control del paso del río. Como vimos, la aldea de San Pablo, entre 1595 y 1604, fue reforzada con dos nuevas estructuras: el Hospital Real y la Ermita San Pablo, pasando a constituir una base importante para la colonización del valle de Caracas y para su defensa. Es posible que, al inicio, hubiese sido una aldea cuyas construcciones pudiesen ser utilizadas eventualmente como fortificación o punto fuerte. El hallazgo de balas de cañón, pedernales para fusil de chispa, fragmentos de sables, herramientas de zapadores, etc., tanto en la fortificación del ángulo suroeste como en los depósitos arqueológicos del hospital mismo, son prueba material suficiente de la utilización del Reducto como instalación castrense en sus diferentes épocas: cuartel, hospital, guarnición militar; tal como lo detallan el registro arqueológico y las fuentes documentales.

Estas estructuras podrían relacionarse, también, con la fecha re-

lativa de 1630, año en el cual se habría terminado de completar la construcción del antiguo hospital. En ese sentido, podríamos hablar de una primera fase constructiva de la aldea de San Pablo que iría desde por lo menos 1580-1589 hasta 1630, fecha esta última que marcaría el inicio de la consolidación urbana del reducto San Pablo y también –quizás– los inicios del desmantelamiento de la villa-campamento fundada por Diego de Losada.

La ampliación del hospital y la consolidación del barrio San Pablo parecen haber estado también vinculadas con la reforma urbana del siglo XVII, la destrucción del poblado indígena El Tartagal y la normalización del sistema de distribución del agua que se inicia en 1645. Las aguas del vecino río Caroata eran quizás cenagosas; ello se podría inferir del topónimo Caño Amarillo, actual avenida Sucre, que aludía quizás al color que ostentaban sus aguas unos centenares de metros cauce arriba. Pero el agua apta para consumo humano tenía que ser derivada posiblemente mediante acequias desde el Catuchecua y, luego de 1675, mediante ductos de mampostería desde el río Catuche. Prueba de ello es una fuente pública que aparentemente existía frente a la iglesia San Pablo (Misle 1983) y la red de ductos de diversas épocas que relevamos en las excavaciones del jardín oeste del Teatro Municipal, sector denominado El Tanque.

Destino final del barrio San Pablo

En el lugar que ocupaban las edificaciones que integraban el Reducto San Pablo, ordenó Guzmán Blanco en 1870 construir el actual Teatro Municipal. El antiguo templo de San Pablo fue demolido y reemplazado por la actual Basílica de Santa Teresa en 1881, creándose la parroquia Santa Teresa en reemplazo de San Pablo. El barrio de El Silencio, a partir del siglo XIX se integró a la parroquia Catedral con-



vertida en una comunidad pobre donde proliferaron los prostíbulos y botiquines, hasta que fue eliminado en 1942. En su lugar se construyó la actual urbanización El Silencio y posteriormente, en 1952, el Centro Simón Bolívar que marca el auge de la transformación urbana de Caracas en una urbe moderna.

10

Del Tartagal al barrio El Silencio

El área que correspondería posteriormente al barrio San Pablo había sido adquirida por un compañero de Diego de Losada, Garci Gonzales de Silva, a mediados del siglo XVI. El nombre que se le dio a dicha área, El Tartagal, se relaciona con la abundancia de arbustos de tártago que en ella existían. Puesto que esta planta no es originaria americana sino asiática o africana, se piensa que el tártago debió haber sido introducido por los europeos debido a su gran utilidad, particularmente para la obtención de aceite y como planta medicinal.

Como hemos observado en notas anteriores, en aquella zona existió una aldea indígena hasta mediados del siglo XVI. Debido a su importancia estratégica para controlar el acceso a Caracas desde el suroeste así como también a la población indígena, se comenzó a construir en la manzana que hoy ocupa el Teatro Municipal un Reducto, una posición militar defensiva sobre la margen izquierda del río Caroata. En el espacio de la actual esquina de Reducto se hallaba una muralla con una garita, un pozo de tiradores y posiblemente una o varias piezas de artillería de pequeño calibre.

En su primera fase constructiva, la aldea estaba complementada con otras estructuras de vivienda, cuyas paredes eran posiblemente de bahareque y los pisos cubiertos con un mortero de cal y arena. Para el período 1589-1597 ya existía en San Pablo un hospital denominado De los Reies, el cual atendía las 2.000 almas que poblaban la villa de Caracas, incluyendo castellanos, mestizos e indios. Las evidencias arqueológicas nos indican que se trataba al parecer de un caney con paredes de bahareque y piso de guijarros apisonados sobre el estrato de humus original del valle, de manufactura similar al piso de la Ermita II de la villa-campamento de Losada, más al norte.

Es solo a partir de 1602 cuando comienza a mencionarse en las actas del Cabildo de Caracas al hospital de San Pablo, el cual se halla vecino a la ermita del mismo nombre, pero en un nivel más bajo. Este nuevo hospital podría corresponder con la estructura que se convirtió posteriormente en el cuarto de practicantes representado en la estructura 1 de nuestra interpretación del plano de 1757 (Archila 1961). Según dicho plano, el cuarto de practicantes u hospital de 1600-1630 parece haber sido el núcleo alrededor del cual se habrían construido los posteriores componentes estructurales del hospital Real.

La estructura 1 parece haber correspondido a una construcción de planta rectangular, de unos 6 m. de ancho por 16 de largo, con paredes de piedra, localizada por nuestro equipo a 3 metros por de-



bajo del piso del Teatro Municipal. Dicha construcción estaba conectada con la ermita de San Pablo, ubicada dos metros más arriba, mediante una corta gradería construida con tapia y piedras.

El registro arqueológico también indica, por otra parte, que la ermita de San Pablo estaba construida con paredes de tapia, al contrario del edificio del hospital que presenta muros macizos y de gran espesor, levantados con piedras naturales. Como mortero se utilizó tierra negra, posiblemente húmeda, la cual al secarse le dio gran estabilidad a la construcción. Es de notar que el espesor y la reciedumbre de los muros parecen indicar que el hospital también cumplía funciones de “casa fuerte” o fortificación.

El año de 1658 se desató una epidemia que ocasionó una gran mortandad en la población caraqueña, diezmando la población indígena de El Tartagal. Una comisión enviada por el Cabildo de Caracas solo encontró allí desolación, por lo cual lo designó como El Silencio, nombre que se conserva hasta el presente. El estudio de los numerosos restos humanos rescatados en el sitio, realizado por el

equipo de antropólogos físicos de la UCV, dictaminó que la causa probable de muerte habría sido una enfermedad infecciosa, posiblemente viruela, que habría causado la extinción de la población indígena.

Por Real Cédula del 21 de septiembre de 1742, se ordenó remodelar y ampliar el hospital San Pablo, que se hallaba en estado ruinoso, y aumentar el número de camas para atender la creciente población caraqueña. La estratigrafía arqueológica del sector suroeste del viejo hospital indica que se rellenó su interior con tierra, cascajo y basura arqueológica, subiendo el nivel del piso hasta una altura de 1,65 m., construyéndose una nueva edificación con piso de argamasa que se halla actualmente encerrada entre los elevados muros circulares de piedra que sirven de sillares del actual Teatro Municipal, técnica constructiva que permitió la preservación de las ruinas de las edificaciones anteriores a 1742.

Se construyeron nuevas edificaciones para la tropa en un plano inferior, al sur de la enfermería general. El antiguo muro del viejo hospital sirvió como sillar de estas nuevas edificaciones. Logramos excavar un piso de losetas de barro, 1,65 m. por debajo del edificio de la enfermería, que podría corresponder con las estructuras del siglo XVIII, las cuales volvieron a ser rellanadas con escombros y basura arqueológica en 1876, cuando se comenzó a construir el Teatro Municipal.

El antiguo barrio El Silencio, habitado por gente muy pobre, se convirtió en las primeras décadas del siglo XX en una zona donde imperaban la prostitución, el vicio y el crimen.



Mario Sanoja

Profesor titular jubilado, Universidad Central de Venezuela. Doctor en Antropología-UCV. Licenciatura en Etnología-Ciencias Fac. Ciencias. Diploma Cum Laude en Etnología. Fac. Letras-Universidad La Sorbona, París. Postdoctoral Research Associated de la Smithsonian Institution, U.S. Museum of National History. Profesor de la Escuela Venezolana de Planificación. Profesor invitado Escuela Robinsoniana. Investigador Nacional Emérito-Fonacit. Premio Nacional de Cultura. Premio Nacional de Historia. Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela. Orden José María Vargas al Mérito Académico en Primera Clase-UCV. Orden Nacional del Mérito al Trabajo-Conicit. Cronista de Caracas (2019- 2022).

Orden Libertadores y Libertadoras de Venezuela post mórtem en su primera clase.



Iraida Vargas

Profesora titular jubilada, Universidad Central de Venezuela. Doctora Cum Laude en Geografía e Historia de América. Universidad Complutense de Madrid. Profesora de la Escuela Venezolana de Planificación. Profesora invitada de la Escuela Robinsoniana. Predoctoral Research Associated de la Smithsonian Institution, U.S. Museum of National History. Investigadora Nacional Emérita, Fonacit, Premio Municipal de Literatura. Premio Nacional de Cultura. Premio Nacional de Historia. Orden José María Vargas al Mérito Académico en Primera Clase. Orden Nacional Libertadores y Libertadoras en segunda clase.



José Gregorio Linares

Doctorante en Historia-Centro Nacional de Historia. Profesor de la Universidad Bolivariana de Venezuela y de la Escuela Nacional Robinsoniana. Investigador de la Escuela Venezolana de Planificación.

Tutor del Sistema Nacional de Formación Caracas Caribe. Director General de la Oficina del Cronista de Caracas. Autor de: Nuestra América: Pasado Comunitario, Porvenir Socialista; La Utopía Posible. Principios que orientan el socialismo en Nuestra América; ¡Bolívar vive! Vigencia del Libertador. Maestro Honorario Unearte.



Abilio Rangel Gil

Licenciado en Historia-UCV, Diplomado en Conservación Preventiva del Patrimonio Documental-IDEA y tesista de la Maestría en Historia Republicana de Venezuela-UCV. Colaborador en investigaciones, tesis y proyectos relacionados a la historia de Caracas. Ha ejercido su labor investigativa dentro del área histórica en la Alcaldía Metropolitana de Caracas, el Gobierno del Distrito Capital y en la Oficina del Cronista de Caracas, adscrita a la Cámara del Municipio Bolivariano Libertador, donde labora actualmente.



Ailid García Francia

Licenciada en Historia-UCV. Con desempeño en Trabajo Social; Asesora en MPPC; Asistente de investigación en el Parlamento Latinoamericano; Gerente Nacional de Regiones del Idenna; Productora radial de En Reversa; Directora General de Investigación Comunal y Movimientos Sociales del MPCC; Diplomados en: Paleografía-Archivo General de la Nación, Ciencia y Tecnología del Chocolate-UCV, Análisis del Discurso-IIPJM, La Habana. Impartió clases en el Colegio La Salle, Tienda Honda. Es Investigadora en la Dirección del Cronista de Caracas.



Antonio González Antías

Egresado de la Escuela de Historia-UCV en 1982. Fue Investigador Jefe en la Academia Nacional de la Historia; Investigador en el Archivo Histórico de la UCV; Asistente al Cronista de Caracas; Investigador en el Archivo General de la Nación, donde ha impartido Cursos de Paleografía Práctica; Docente Invitado de la Cátedra de Técnicas

de Investigación III-Escuela de Historia, UCV. Docente en el PNFA, auspiciado por el CNEH y la Unearte, donde lleva la Cátedra de Paleografía. Es autor de varios libros sobre Paleografía y de Historia local.



Ninoska C. Arcila Natera

Licenciada en Historia, egresada de la Universidad Central de Venezuela. Con experiencia en paleografía. Cursante de los programas de cultura del Ministerio del Poder Popular para la Cultura. Guía en el Museo de Caracas. Actualmente es investigadora en la Dirección del Cronista de la Ciudad, Concejo Municipal de Caracas.

